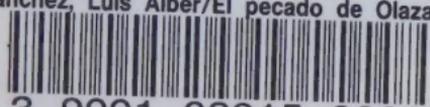
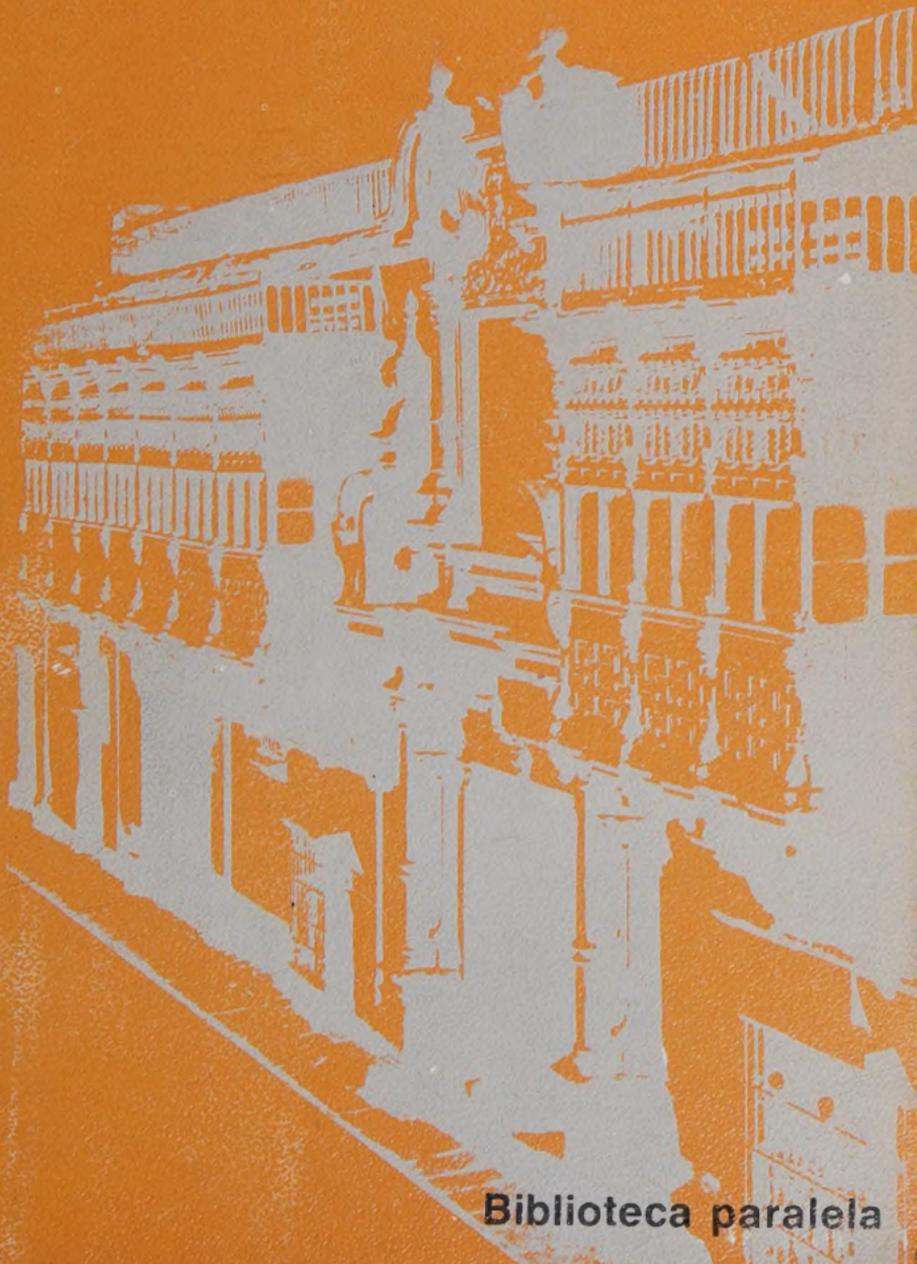


El pecado de Olazábal de Luis Sánchez

LU

UNIVERSITY OF ARIZONA
UNIV. OF ARIZONA
PQ8497.S245 P4 1977 mn
Sanchez, Luis Alber/El pecado de Olazaba

3 9001 03915 0001



Biblioteca paralela



Digitized by the Internet Archive
in 2024

El pecado de Olazábal

Biblioteca paralela



PQ
8497
S245
P4
1977

Luis Alberto Sánchez

El pecado de Olazábal

Joaquín Mortiz

Primera edición en Biblioteca paralela, 1977
D.R. © Editorial Joaquín Mortiz, S.A.
Tabasco 106, México 7, D.F.

Portada de Abel Quezada Rueda

I. DON FERNANDO

A los doce años conocí a don Fernando. Había oído hablar tanto de él, que ya era un viejo amigo.

Aunque no siempre fueron elogios lo que sobre su nombre dejara caer mi abuelo Rosendo, la verdad es que, de puro pintoresco, don Fernando tenía para mí los prestigios de una figura novelesca: especie de bandolero urbano, con pergaminos, sabiduría y espejuelos.

La primera vez que lo vi fue en el Museo, del cual era Director. Se hallaba empeñado en trasladar de una sala a otra una suntuosa y crujiente calesa colonial.

Bajo de estatura, con chaqueta de dril kaki, pantalones de casimir plomo un tanto abombachados y largos, la agilidad de su cuerpo reñía con el aire solemne de su rostro, encuadrado por una corta barba completamente gris. Se me quedó mirando cuando le anunciaron mi nombre y, rápidamente, con un gesto de gran señor, me cogió por el cuello, me hizo una rápida caricia y me dijo paternalmente: —Ajá. . . ¡con que tú eres la maravillita!

Me turbé de tal manera que no pude reprimir un estúpido movimiento afirmativo. Él soltó la risa, una risa limpia y sonora de timbres cantarinos, como ensayada en teatro para consumo de ópera. Entonces vine a darme cuenta de que don Fernando había sido

también devoto del arte escénico y hasta según se rumoraba sus gentilezas y dineros cautivaron *in illo tempore* a una de las más afamadas tiples italianas que visitaron Lima. "El tal Fernandito es un perdulario", solía rezongar mi abuela, mujer chapada a la antigua, que no se levantaba de la cama sin carraspear sonoramente veinte veces y recitar un rosario completo.

En cambio mi abuelo sonreía socarrón como siempre y, sin levantar los ojos del diario o del libro que nunca dejó de tener bajo las narices, murmuraba: "Cada cual tiene su modo de matar pulgas", lo que provocaba una explosión de protestas de su dignísima esposa, cuyo actos estaban regidos según los consejos diariamente destilados por su "director espiritual", el famoso Padre Pérez.

Don Fernando tenía, pues, para mi incipiente adolescencia, títulos indudables. Encarnaba al Don Juan ya jubilado que tanta admiración despierta en los muchachos y, por supuesto, en las muchachas. De tanto oír chismes acerca de su conducta había acabado por serme atractivo, de suerte que esa tarde, cuando después de concluir sus arreglos de celador de antigüedades vino hacia mí tendiéndome la mano, me pareció que, a su contacto, recibía un espaldarazo largo tiempo y oscuramente esperado, y me convertía en algo así como un pequeño Fausto después del pacto con Mefisto.

No puso mayor interés en mí el célebre anticuario, sino que, siguiendo el rumbo de sus ocupaciones y

preocupaciones, se consagró a examinar unas placas fotográficas y, luego, a revisar una larga lista que me pareció el inventario de algo. De manera que me hallé en cómoda postura para observarlo a mis anchas, sin despertar su reconocida vanidad ni tampoco su despierta suspicacia.

Era un hombre macizo, vital. Más bien bajo de tamaño. A pesar del cincho que apretaba su vientre, se advertía que el abdomen, algo protuberante, le molestaba más síquica que físicamente. Piernas cortas y veloces. Pecho amplio. Brazos algo cortos, gruesos, en cuyas extremidades, unas manos también anchas, pero de dedos esbeltos y ágiles, denotaban con su incansable movilidad el temperamento nervioso de su dueño. Bajo el cabello gris, cuidadosamente peinado, la frente tersa, como de niño, servía de bóveda a una nariz corta y recta, de fosas dilatadas y sensuales, sobre la que brillaban los ojos penetrantes y socarrones, parapetados tras redondas gafas de aros dorados. La boca desaparecía entre bigote y barba; a ratos, se advertía el labio grueso y el gesto burlón. Hablaba echándose un poco hacia atrás como los présbitas y los candidatos. Al hacerlo, jamás titubeaba y a menudo hasta parecía rebuscado, tal era la cantidad de vocablos y giros arcaicos que acudían a su parla. Pero lo que más atrajo mi atención fue su mirada. Definitivamente, la vida entera de don Fernando residía en sus ojos, y hasta llegué a sospechar que, sabiéndolo, ponía especial esmero en recatarlos a fin de que no denunciaran, los muy

pícaros, las intrincadas cosas que su señor llevaba hirviendo en las retortas del alma.

¿Tendría alma don Fernando?

Mi abuela decía que no —o, cuando más piadosa, agregaba que, de seguro, la tenía vendida al diablo.

—Ese hombre es un bandido... haber hecho lo que hizo con la pobre Carmencita...

Yo no conocía en detalle lo que don Fernando había hecho con “la pobre Carmencita”, pero debía ser algo muy grave porque hasta el abuelo se ponía serio y asentía:

—De veras... ese badulaque... —y añadía en voz más baja—: Pero es un gran escritor.

La abuela barbotaba, frunciendo el entrecejo, lo que por lo general anunciaba tempestad:

—¿De qué le vale su inteligencia si no tiene ni pizca de corazón?

—¿Es que también Carmencita...?

—Cállate, deslenguado, ¿no ves que aquí está oyéndonos este mocoso?

Entonces yo, “el mocoso”, me deslizaba de la “cuadra” donde conversaban tan bruscamente.

Don Fernando acabó de revisar el inventario que tenía sobre la mesa; lo guardó en un cajón del “escritorio-ministro”, corrió la cortina del armatoste, echó otra vez llave y se fue a un rincón de la pieza. Allí se cambió la chaqueta de trabajo por la de calle, muy pulcra y con un clavel en el ojal, se alisó leve-

mente la cabellera suave y canosa, se dio unos toques en la barba, y como si recién advirtiera mi presencia, me palmeó el hombro repitiendo:

—Qué tal, qué tal... y con la maravillita... Me dicen que te gusta mucho la lectura... Y la música... Y los pinceles... Muy bien, muy bien. Acier ta tu padre en darte lo que pides, y en mandarte acá. Ven conmigo, te voy a presentar a un maestro de música que te enseñará violín... Y no dejes de visitarme. Cuando tengas una duda, una curiosidad, consúltame. Sí, yo creo que llegarás a ser un artista. Quizá un violinista o un escritor... jum... Ven conmigo.

Echó a andar por entre las hileras de vitrinas, dentro de las cuales amarilleaban viejos documentos, exhibiendo pálidas escrituras próceres; momias incaicas en actitudes espeluznantes, vacías las órbitas, desencajadas las mandíbulas; pistolas coloniales; trabucos republicanos; la *maquette* de una cárcel pública; la sortija de cierto virrey; la sandalia de un mártir de la patria; unas banderas tomadas como trofeo a un país vecino; muchas balas de diversos calibres, de distinto tamaño, todas ellas reliquias de batallas más o menos desafortunadas; flechas de chonta; mantos, pellones, estriberas de plata; camafeos, pulseras; un *bric à brac* polvoriento: la historia nacional hecha pedazos, para lucirlos en vitrina.

Desde las paredes, grandes cuadros debidos a insignes pintores locales, saludaban a quien a diario los recorría pluma en mano y labia en ristre. Don

Fernando dedicaba guiños y saludos a los figurones al óleo.

—Ése es el mártir Olaya— me dijo, señalando a un personaje vestido de blanco en una gran tela, dentro de un gran marco.

—Cuando pintes no olvides esta manera de dar calidad a la seda —me observó, señalando la banda roja y blanca que cruzaba el pecho de un Presidente de la República, en un cuadro firmado por Daniel Hernández.

Yo casi no veía nada, pendiente de mi erudito cicerone. Don Fernando era el primer gran hombre que cruzaba por mi adolescencia, el primer escritor famoso con quien tropezaba en mi camino. El gran anticuario nacional. El insigne crítico de arte. ¡Oh, sin duda mi abuela exageraba, o estaba mal informada, cuando se refería a él! Y doña Carmencita debía de haber cometido alguna gravísima falta para merecer tantas durezas de parte de tan suave caballero. Sin titubear, desde aquel momento yo estaba de parte de don Fernando. Cuando volviera a casa se lo diría a mi padre lisa y llanamente. Me estaban dando ganas, recordando los usos escolares y de la política criolla, me estaban dando ganas de abrimme a medio camino y lanzar un estentóreo “Viva don Fernando”, como si fuera un candidato al Congreso.

En eso llegamos a una pequeña oficina en el otro extremo del edificio.

—Le traigo un nuevo alumno, maestro —oí que decía don Fernando, dirigiéndose a un hombrachón

grueso, de boca grande, cabellos en desorden, rostro atezado y ademanes lentos. Y volviéndose a mí, me presentó:

—Éste es tu profesor de violín, el gran maestro Kuapil.

Mi mano naufragó entre la manaza de calmuco del "gran maestro Kuapil", en tanto que don Fernando, haciendo una reverencia muy en su punto, salía de la habitación y se encaminaba a otro lado, bajo la mirada cómplice de los virreyes desde sus repujados marcos, y la tácita salutación macabra de las momias preincaicas, presas en sus desvencijadas vitrinas.

II. DOÑA CARMENCITA .

Yo no he visto nunca a una bruja; pero cuando divisé por primera vez a doña Carmencita, empecé a creer en el lado negro de Hoffmann y Perrault. Todo cuanto mi reflexiva infancia iba descartando como indeseable e imposible de los cuentos de hadas, cobró súbito relieve de realidad ese día. Doña Carmencita era como los genios malos que atemorizaban a Cenicienta y llenaban de espanto a Piel de Asno. Lástima que al mismo tiempo no descubriera la imagen viva de un hada. La torpeza que rige la vida suele presentarnos casi siempre a sus peores criaturas, antes que a las óptimas.

Estábamos probando un gramófono, uno de esos viejos aparatos que tenían un rodillo erizado de púas y encima una bocina enorme, cuando apareció en el marco de la puerta una sombra repugnante. Al principio creí que se trataba de una pordiosera audaz, que se había colado de sopetón en la casa. Pero al ver que mi tía Felisa la recibía con afecto y le brindaba asiento, me quedé como quien ve visiones. La aparición se desplomó como si hubiese hecho una larga jornada, pidió un cigarrillo, lo encendió, absorbió a fondo el humo y luego, cuando las azules espirales comenzaron a dibujar halos en torno de su cabeza, reparó en mí y, tendiéndome su mano huesuda, que me pareció espectral, dijo con voz ronca,

saturada de un punzante aroma de aguardiente:

—Ah, eres tú... Nunca te veo por aquí. ¿Estudias mucho?

Tan alelado quedé, que mi tía Felisa tuvo que animarme, dándome un empujón.

—Acércate hombre, es doña Carmencita.

La miré largamente. Bajo una manta verduzca, que alguna vez fue negra, se destacaba un rostro deshecho. Los ojillos pequeños, que debieron ser agudos, desleían su vaga mirada entre los párpados rojizos, como recocidos, sin pestañas. La nariz, rojiza también, lucía como una especie de solitaria guinda en medio de la cara. La boca desdentada, de labios delgados y sumidos, mostraba una expresión inenarrable. En el mentón se erguían unos cuantos pelos largos, como barbas de choclo.

No vi nada más; creo que tampoco era posible ver nada más. Cuando se quitó la manta surgió una cabeza gris, de cabellos espesos, peinados con raya en medio, muy aplanchados de mugre y sebo y atados en dos trenzas sobre la nuca. Del cuerpo sólo vislumbré lo que la manta permitía entrever: aquello no era cuerpo, ni vale la pena recordar sus detalles, pues sería describir un imposible: más bien, el maniquí de un traje inverosímil.

Yo había oído decir en casa que doña Carmencita había sido una de las mujeres más lindas de su época. Que su fortuna le dio medios para viajar a Europa. Que había bailado en el gran París de los días del Segundo Imperio, con Napoleón el Chico. Como mis

conocimientos históricos dejaban algo que desear, para mí el sobrino de Bonaparte estaba investido de los mismos atributos conquistadores de su ilustre tío, cuyas hazañas tratábamos de imitar los muchachos, blandiendo armas de palo, en escaramuzas de corral. Me costaba trabajo identificar en aquel andrajo humano a la seductora dama que, dicen, ostentó en sus días su tropical hermosura en los salones de Eugenia de Montijo.

Doña Carmencita fumaba incansablemente. Mi tía me hizo una seña para que no me preocupara de ella. Volví al gramófono, cohibido. Pronto recobré el ánimo al comprobar que la ilustre dama dormitaba entre ásperos ronquidos, inundando la pieza con un creciente e irrespirable olor a pisco, tabaco y mugre.

Su despertar fue una retahíla de eructos, hipos y maldiciones.

—Ayer divisé por la esquina al sinvergüenza de Fernando. Se hizo el que no me conoció. Claro, como anda tan *futre*. Condenado: lujos con mi plata; sí, mi plata. . . Creo que lo acompañaba una de esas chusquitas que a él le gustan. Me le fui encima, pero tomó un coche y me dejó gritando en la acera. Después se acercó un "cachaco" y me quiso arrastrar a la comisaría. Se amontonó la gente. Grité quién era y se rieron creyéndome loca. . . En fin, pasé la noche en Santo Tomás, tirada sobre el suelo, muriéndome de frío y de rabia. . . ¿No tienes una copita, Felisa?

Mi tía me hizo un guiño para que las dejara solas,

pero no pude apartarme muy de prisa de aquel vociferante monstruo. La vi terminarse de un sorbo el aguardiente, encender otro cigarrillo y salir medio a rastras al patio, donde un enorme ficus extendía su refrescante sombra.

Doña Carmencita se quedó mirando la pared que nos separaba de la casa vecina. La recorrió lentamente de abajo arriba, como midiendo la magnitud de sus seis metros compactos. De repente, con inusitada violencia, levantó el bastón de grueso nogal que siempre usaba y lo lanzó llena de rabia contra el muro.

Hubo un revuelo de plumas y un chillido terrible que nos paralizó a todos. Mientras doña Carmencita rompía en vociferaciones y dicterios contra don Fernando, a quien suponía viviendo en la casa vecina, donde residieron ambos en lejanos días de felicidad, la pobre y vieja lora de mi casa, desfavorida por el ademán y los gritos, se balanceaba en su frágil jaula de hojalata gritando a pulmón herido:

—¡Vieja loca! ¡Vieja loca! ¡Lorita real. . .!

Me acerqué a la jaula para detener sus bamboleos y tranquilizar al atemorizado animalito. Mi tía tomó del brazo a doña Carmencita, tratando de apaciguarla. Pero el energúmeno no quería ceder ante nadie.

—Tú sabes, tú sabes. . . Me ha quitado a mis hijos. . . Les ha inculcado odio contra mí. . . Me hacía barrer los cuartos de su querida. . . Es un miserable, un miserable, un criminal. . . Ahí donde lo ven, con tanta prosa, se hace el decente y es un

canalla, sí, un canalla... Lo he de escupir donde lo encuentre. ¡Maldito..! —Y de súbito, en repentino, alcohólico contraste, trocando en queja su furia, balbuceó:

—Por él, por él soy ahora lo que soy, un trasto humano... Borracha... Perdida... Se ríen de mí, de mí, de mí... Yo, doña Carmen de Venado... Yo, una borracha de la calle, yo. —Y otra vez, loca de ira—: Maldito seas Fernando de Mederos, maldito hasta que te pudras, maldito.

De la jaula, ya tranquila, brotó un nasal "maldito, maldito", con que la lora confirmaba las palabras de doña Carmencita.

Hubo que emplear largo tiempo y varios tragos de pisco para que la desdichada señora recuperase la calma. Cuando ello hubo ocurrido, la vi doblegarse bajo el peso, no sabría decir si de la pena o del alcohol, y empezó a roncar con el intermitente estrépito de un motor gastado. Después del chubasco volví al gramófono. Con sonido chirriante como la lora, empezó con aquello de:

Con un vestido de percal planchao
y mis zapatos bajos de charol...

Doña Carmencita oía en silencio, como si se tratara de otra persona, con indescriptible expresión de ternura en los ojos empañados por las penas, las lagañas y el alcohol. Los dedos temblorosos acariciaban su bastón y, poco a poco, el ritmo popular del chotís fue ganándola, hasta el punto de que empezó a secundarlo con los pies, que —entonces lo advertí—

calzaban enormes zapatones de manfor, con el tacón bajo.

Mi tía, a espaldas de ella, se llevó el dedo índice de la mano derecha a la sien, moviéndolo como un torniquete. En el lenguaje mímico quería significar que doña Carmencita estaba loca. La lora, ladeando la impávida cabecita para atender el gramófono, se irguió impaciente y prorrumpió en su ritual:

Lorito real
en la Veracruz crioao;
un perro, un perro
me trajo robao.

Se había pasado la tarde. La enredadera olorosa a campanillas y madre selvas que se anudaba al ficus y a las cornisas del corredor, se pobló de trinos. Las santarrositas volvían de sus andanzas en busca de abrigo. Doña Carmencita se puso de pie para despedirse. Cuando iba saliendo por la reja que cerraba el zagúan, la lora, mal enseñada por alguno de mis primos, la despidió con un estridente:

¡Vieja loca, vieja loca!

Pero doña Carmencita no la oyó, o no quiso oírla, como otras veces. Se hundió pesadamente en el crepúsculo como en una caverna, como un alma condenada al infierno.

III. LA BODA DE DON FERNANDO Y DOÑA CARMENCITA

Siempre oí hablar de la boda de don Fernando y doña Carmencita como de un acontecimiento singular. Más tarde, cuando ya metido en las letras me familiaricé con libros clásicos, no sé por qué aparecían ligadas en mi memoria esta boda con las de Camacho y las de Don Carnal y doña Cuaresma. Creo que, en parte, porque de todo ello —de lo fastuoso, de lo picaresco, etc.— había en aquellos curiosos esponsales de un varón solemne y de labia, con una damita menuda y frívola. Él era todo reciedumbre y ambición, ella, al revés, delicadeza y desprendimiento. A él le atraía la pompa, y ella, de vuelta ya del lujo, sólo quería paz. Él era hermoso, y ella más bien fea, pero fina y seductora. En él la cortesía tomaba arreos de oratoria; en ella, de sencillez y modestia. A él lo tentaba la estatua, y a ella el biombo. De haber vivido Rubén en aquellos días, habría hallado tema en él para una de sus *Letanías de Cantos de Vida y Esperanza*, y en ella para una de las lacas de *Prosas Profanas*. En verdad, Carmencita encarnaba cierta gracia alada y francesa, de pastoral de Watteau; él, en cambio, una jactancia de combates y gregüescos, un poco *Rendición de Breda*, a lo Velázquez.

Mi abuelo solía referir el episodio de cuando en

cuando, especialmente al llegar de visita doña Carmencita, o si se encontraba en algún sarao o en la calle con don Fernando. El cuento era más o menos así:

Doña Carmencita había heredado una fortuna. Sus títulos y dineros provenían de propiedades coloniales. En el testero de su salón, pugnando entre las sombras y el polvo, atisbaban al visitante el oro viejo y el azul muerto de un escudo nobiliario. Él también diz que poseía blasones. Mas no era tan fácil ubicarlo en la realidad de lo tangible, cuanto en la fantasía de lo audible. Él contaba acerca de su escudo; ella no mostraba el suyo, pero ambos descansaban en la misma ilusión, sólo que la de don Fernando se proyectaba hacia el futuro, anhelo invencible, y la de doña Carmencita se adormecía en el pretérito y adorable recuerdo.

Don Fernando había logrado un estilo de expresarse a la vez campanudo y pícaro, con algo de Quedo y de Fray Gerundio de Campazas. Su sentido práctico descubría sin dificultad el lado flaco de cada uno de sus contertulios o circunstancias. Mezclábanse en sus sabias genuflexiones la rigidez jerárquica del *junker* prusiano y la sutileza del *samurai*. Era la suya una gracia entre militar y caballeresca, más feudal que moderna; pensamiento francés vertido a sonora prosa castellana, muy Siglo de Oro. Frecuentemente aparecía su nombre en los periódicos, de suerte que se mantenía en perpetua actualidad, celando la vigencia de su prestigio con sin par denuedo.

A doña Carmencita la cautivó aquel caballero tan medido y bien hablado, que jamás cometía una falta y siempre tenía el ojo en vigilia para acechar la oportunidad de ser galante. Ella estaba un poco fatigada de mimos, de excesivas zalemas. Muy niña, sus padres la llevaron a Europa, donde aprendió, entre otras cosas, aires de libertad, coquetería y muchísima soltura. Su apogeo coincidió con el de los hispanos en Francia, puesto que la Emperatriz traía en su séquito no sólo damas de allende los Pirineos, sino toda la sal de su tierra. Y como para los europeos, española e hispanoamericana sonaban a lo mismo, doña Carmencita, considerada compatriota de Eugenia de Montijo, disfrutó de las ventajas que a tan privilegiada condición correspondían.

En Lima, la cortejaron infinidad de pisaverdes. Mozos de nombres dorados, talle de avispa o *ventruados*, corbatones *anchos y duchos o picantes*; pero ninguno como aquel hombre que frisaba ya en los treinta, comedido sin exceso, sobrio y al par amable, que la miraba con arrobó y sin blandura, desde las cuencas de sus ojos de moro, exhalando de vez en cuando un suspiro tanto más conmovedor cuanto más cóncavo era su combo pecho de enanESCO atleta.

Se lo presentaron en un sarao de doña Josefa Mendoza, en cuya casa se reunían, todos los martes, gentes de prosapia, bien fuera prosapia agraria, financiera, mercantil o intelectual. En realidad los terceros no abundaban, puesto que los que así iniciaron el camino de la fortuna se desplazaban ahora por los nego-

cios fiscales. Los más habían tenido algo que ver con el tráfico de esclavos para sus *trapiches* y algodonales, o con los célebres "consignatarios" en sus transacciones sobre guano. Doña Carmencita representaba a la vieja nobleza colonial que no trabaja en nada sino en pedir adelantos a sus administradores. Don Fernando, al contrario, trabajaba en muchas cosas, sobre todo en no rendir cuentas a sus administrados, puesto que en él se daba la saludable ecuación de hombre de letras y de números.

Fue un idilio veloz. Él le hablaba de Europa, por donde había viajado en parte con sus pies y en parte con la imaginación, devorando libros. Doña Carmencita encontraba deliciosas las sabias alusiones que don Fernando hacía de inolvidables lugares de Italia y Francia. Conocía los museos mejor que un cicerone. Alguna noche, escapando de la tertulia, en el corredor que daba al jardín de la señora Mendoza, don Fernando aceleró su ataque y hasta se puso romántico.

Fue encanto inédito para doña Carmencita descubrir el flanco sentimental de su duro, severo y hasta enamorado galán. Y así fue cómo, no bien él habló de matrimonio, desde luego entre mil circunloquios, tratando de excusarse por su atrevimiento y anticipando, con suma diplomacia, su temor de verse rechazado a causa de sus modestos medios de fortuna, ella casi estuvo a punto de arrojársele a sus pies, pidiéndole que no continuara en ese tono. Y como ya no fue posible contener el turbión que le subía del

corazón a los labios, declaró que estaba dispuesta a arrostrarlo todo con tal de hacerlo feliz.

Cumplió su palabra la enamorada Carmencita. Él realizó sus designios con la misma sobriedad y cálculo con que llevaba a cabo otras empresas.

La boda constituyó un acontecimiento memorable en los anales de la sociedad de Lima. No se omitió nada, absolutamente nada, para festejar el suceso. Misa en la mansión de los De Venado, oficiada por un Obispo *in partibus infidelium*; largo cortejo de donceles (don Fernando pensaría en los del Caballero Lanzarote del Lago, "que dueñas cuidaban del, doncellas de su rocino") y hubo profusión de blasones y buenos presagios sobre la pareja. Él, muy tieso, con mucho empaque, ceñida la levita de amplias solapas de seda, almidonada la camisa y el cuello de altas puntas; y ella, hecha un palpitante manojo de azucenas, toda de blanco: la toca, el vestido y la tez, puesto que la emoción había robado el sonrojo ritual y hasta el colorete que, con ~~sab~~ia pero inservible cautela, le sobajeó una de sus viejas tías.

Después de la fuga de los novios, aquello había ardido como ascua. Vinos y pasteles; lonjas, pavos y emparedados de gallina, jamón y queso; unos enormes aparatos de crema Saint-Honoré, almíbar, hojaldre, flanes y un gran bizcocho con una pareja de novios de alfeñique en la cima; sangría y limonada, champaña y un pisco de Ica, confidencial y único para los entendidos. En tanto la orquesta se encarnizaba con veloces polkas y lentas mazurcas, con

ciertos pecaminosos vales que ya empezaban a imponer su "saltadito", y más de una docena de veces, con la complicada y ceremoniosa cuadrilla de la que mi abuela, a pesar de su mojigatería, no hablaba jamás sin una sonrisa cómplice, como si hubiera sido una gran calaverada haber rozado la vigorosa mano del general Céspedes, un señorón empingorotado que medía el valor de los demás por el número de monteras en que hubiesen actuado, y contaba, muy suelto de huesos, anécdotas como la siguiente:

—El otro día iba yo por el Cercado, cuando se puso junto a mí un chiquillo, descalzo (él decía "pata en el suelo") y me pidió un *gordo*. Yo lo miré con curiosidad, porque me sorprendió su aplomo. Y ocurrió algo extraño: el chico se me parecía acusadoramente. —¿De dónde eres? —le pregunté—. Del barrio —me repuso—. ¿Y tu madre? ¿cómo se llama?— Casilda. Figúrense ustedes; Casilda, la mujer del cabo Quispe... No pude menos que recordar que una noche, con muchas copas adentro, estuvimos en una encerrona donde Carlitos, y ella bailó la marinera conmigo... Tal vez (y aquí reía sonoramente) de esa marinera nació el arrapiezo... Pero eso no es todo, sino que, en el Cercado, he visto después como veinte mataperros con la misma cara de aquél, es decir, con la mía. ¡Y no eran hijos de la mujer del cabo Quispe!

Mi abuela, siempre que oía algún cuento del general Céspedes, se santiguaba escandalizaba, pero, sin embargo, nunca dejaba de mencionar el detalle

de que, en aquella "cuadrilla", cuando la boda de don Fernando y doña Carmencita, le tocó de pareja el gallardo general, el cual hasta "se atrevió" a rozarle la mano, una vez, sólo una vez, en una de las complicadas figuras de la danza.

Pues, como decíamos, los novios escaparon a gozar de su luna de miel. El relato que ahora hacía doña Carmencita era absolutamente realista, y un tanto escabroso.

—Apenas estuvimos solos, Fernando se abalanzó sobre mí y me cubrió de besos. No tuve tiempo de fingir un minuto de resistencia. Impulsivo y voluntarioso en el amor, como en todo, siguiendo un plan, sí, porque ahora me doy cuenta de que todo fue obra de un propósito deliberado, ajó mis adornos, me deshizo del traje de crepé azul con que habíamos escapado, y me derribó sobre la cama. No fue una victoria difícil, ni tampoco un éxtasis como el que yo soñaba. Me tomó y me dejó, una vez satisfecho, como quien cumple un cometido. Yo había soñado otra forma. Pero la suerte estaba echada. Desde ese momento me convertí en su *cosa*; no en su mujer. Jamás, ¡oh, no!, jamás fui su compañera. Siguió tan distante de mí como hasta ese día. Sólo el brillo de sus ojos me revelaba sus designios, sus contrariedades, sus obstinaciones. Aprendí a leer en ellos como en un libro abierto. Creo que por eso no he necesitado de muchos libros y mantuve virgen su biblioteca. Sus ojos me atraían como un enigma

y un sortilegio. Fueron mi novela y mi castigo. También fueron mi vergüenza.

Pero no es posible creer en todo lo que dice una esposa despechada, contra un esposo tan brillante y pulcro como don Fernando. Él, por su parte, refería los hechos de esta otra manera:

—Traté de hacerla feliz, sin escatimar nada. Mis esfuerzos chocaron contra su mala voluntad, dura como piedra berroqueña (don Fernando era estilista, no hay que olvidarlo). A cada instancia mía, solía replicar con un desdén. En vano hube de humillarme, no sólo para mendigarle ternura, sino para que, al menos, se interesara en *nuestros* bienes. En vista de que su dejadez, digo su negligencia, amenazaba el pan de *nuestros* hijos, tuve al poco tiempo que empuñar el timón de la nave, sin exceptuar los intereses propios de Carmen, puesto que ya no eran intereses de ella tan sólo, sino también de *nuestra* prole. Eso la soliviantó de tal manera que no trepidó en insultarme de la peor manera. La dignidad me obligó entonces a mantenerla lejos de mí. Así fue cavándose el abismo que hoy —¡Dios mío, con qué melancolía lo advierto!— nos separa irremediablemente.

La boda de don Fernando y doña Carmencita fue todo un suceso inolvidable para cuantos de él disfrutaron. Pero su historia interna nunca fue relatada de igual modo por los dos cónyuges. Mucho menos por los demás protagonistas principales.

Mi abuela, por ejemplo, tomaba con fuego el par-

tido de doña Carmencita; mi abuelo meneaba la cabeza ante ambos relatos. Yo, desde el día que conocí a don Fernando, tan pulido y atento, me sentí inclinado a su bando. Pero la vida reserva infinitas sorpresas a sus transeúntes. Ya habría yo de tener la oportunidad para rectificar mi entusiasmo de la tarde en que, a los doce años, conocí a la celebridad nacional y, de contera, estreché con mi débil mano la vigorosa y peluda diestra del afamado Kuapil, "Maestro de música, violín y piano, lecciones a domicilio, a precios módicos", según la poco artística tarjeta que acompañaba a sus osescos apretones de mano.

IV. COLOQUIO DE DOÑA CIUDAD Y DOÑA TIERRA

Los caudales de doña Carmencita provenían, en su mayor parte, de "bienes inmuebles". Por línea familiar, su fortuna entroncaba con seculares latifundios medio a mal traer entonces, a causa de tantas y tan fortuitas circunstancias. Los antepasados de la señorona habían llegado a América a mediados del siglo XVII. Uno se radicó en Quito; otro se dirigió a Chile, militar aguerrido, deseoso de laureles y viñedos; el tercero se quedó en Lima, más cortesano y zahorí. El destino premió con largueza su intuición. Pronto cosechó tantos cargos y honores como hectáreas y doblones. Tuvo a su servicio negros esclavos. Consiguió, en la ceja de la sierra, un Corregimiento de indios. Dispuso de una grey humana, color ébano y cobre, y así pudo dar rienda suelta a su contenido anhelo de mando. En el Corregimiento hizo de su capricho, ley. Por un edicto suyo, los indios tuvieron que comprar, a diez veces el precio real, espejos, peines, medias y calzones que ellos no necesitaban, puesto que todo cuanto vestían era más primordial y de origen doméstico. Como el salario no les alcanzara para satisfacer las exigencias de aquellas obligadas compras, se veían compelidos a pagar con trabajo, es decir, prolongando su servidumbre o *mita*. En la familia se conservaban algu-

nas tradiciones dolorosas, al par que pintorescas. Una era la de Ño Blas; otra, la del cholo Eleuterio.

Para ser estrictamente cronológicos, empezaremos por la segunda, cuya antigüedad se remonta a un aborigen. Los negros, como Ño Blas, vinieron después en calidad de sorprendidos emigrantes.

El cholo Eleuterio sirvió a la familia hasta su muerte, acaecida a los noventa y tres años. Se produjo hacia 1890, de manera que representaba una prolongada servidumbre, de estirpe cien por ciento republicana. Su padre, el indio Secundiano, murió también de viejo, y habitó durante sus ochenta y ocho años, saturado de coca y chicha, en el mismo tambito de adobe con techo de totora, sin más muebles que los poyos de barro y palo: asiento cama, cocina y altar de la familia. Secundiano no fue el único de su camada: tuvo catorce hermanitos, de los cuales murieron nueve entre los cinco y los diez años, de "dolor de estómago"; dos cayeron acribillados a balazos en una montonera, sin saber a quién defendían; una de las hermanas parió varios hijos, sin saber cuya era la paternidad; otra conoció el nombre de los padres, pero no logró que éstos reconocieran a sus críos, a pesar de que dos de ellos lucían hermosos ojos azules, como los del patrón De Venado: otra se *acaseró* y murió también de larga edad; el decimoquinto fue, como decíamos, Secundiano, cuyo nacimiento ocurrió más o menos por el año en que se levantó Túpac Amaru contra los españoles.

El padre de Secundiano había muerto joven, a consecuencia de una paliza que uno de los antiguos De Venado le hizo propinar por negarse a que lo cambiaran de amo. Su recuerdo, en la familia, estaba rodeado de vejámenes y maldiciones. Hombre detestable, levantisco, díscolo. "Un cholo indecente", según comentaba doña Carmencita cuando le daba la guisa por recordar sus linajudas tradiciones.

Más atrás era difícil rastrear a los Eleuterios, como se les denominaba, puesto que el apellido parecía algo ficticio, aleatorio, inseguro. Lo único bien exacto era que desde que el primer De Venado se afincó en su Corregimiento, hubo por lo menos un Eleuterio en la Familia.

Ahora mismo, es decir, cuando se casó doña Carmencita, la cholita que atendía a los quehaceres hogareños, en absoluto silencio y sumisión, tenía la misma sangre de aquellos siervos ancestrales. Pero, al revés de lo que la antigüedad significaba para las gentes blasonadas, para ella, la mansa Mariacha, el recuerdo de la lealtad de sus abuelos significaba un eslabón más de la pesada cadena que arrastraba resignadamente, con pie descalzo, pasito trotador y las trenzas sueltas danzándole sobre las espaldas.

El otro, Ño Blas, tenía el prestigio de lo impenetrable, no por hierático como Eleuterio, sino por conversador y reilón.

El pedigree de Ño Blas era más difícil de precisar. El primero de sus antepasados que entró en la casa de los De Venado, llegó a mediados del siglo XVIII,

cuando la familia se hizo gente de hacienda propia y poderío económico. El trapiche no andaba bien sólo con asnos e indios. Necesitaba abono de sudor campesino y sangre congoleza para funcionar mejor. Ño Blas, según contaban las consejas de la casa, apenas hablaba el castellano, pero cantaba canciones muy lindas, llenas de nostalgia, roncas de amargura. Los Eleuterios miraron siempre mal a los Blases, porque éstos los llamaban "adulones", y aquellos les respondían tildándolos de "bocatanes".

Cuando la independendencia, uno de los Blases se enroló al lado de los patriotas y fue entusiasta del argentino Monteagudo, mientras los Eleuterios se alistaron en las tropas del Rey y el Amo, o permanecieron al margen de los acontecimientos, hieráticos y solemnes, masticando impasibles su chaccha de coca. Eso no impidió que, pasado el hervor libertario, en tanto que los Blases volvían al redil con el rabo entre las piernas, o se consagraban a salteadores de caminos, los Eleuterios, en cambio, aflojaban día a día su diligencia en el trabajo, y parecían más hoscos e impenetrables frente a los patrones. Ninguna mujer de los Eleuterios se ufanó jamás de sus perances eróticos. Las Blasas, en cambio, confiaban a viento y ola que aquellos zambitos traviesos y locuaces que metían su cuchara en todo, tenían sangre de reyes. Los De Venado, en el fondo de su orgullo, agradecían el ascenso a la realeza que otorgaba a su estirpe segundona la ingenuidad de sus criados.

Cuando doña Carmencita se casó con don Fernando aún servían en la casa un Eleuterio y una Blasa. Ya no existía la esclavitud en el Perú, porque "nuestro libertador Ramón Castilla" la había suprimido de un mandoble y con una ley, ajena y anterior, pero el hábito tenía *acaserados* a los antiguos esclavos y, además, tratándose de las hembras, ser planchadora de la "niña", haberle dado de mamar a la amita y atenderla en sus intimidades, otorgaba una autoridad más fuerte que cualquier título o nombramiento. Ña Blasa estaba orgullosa de seguir siendo servidora de los De Venado, mientras que el cholo Eleuterio jamás mostró buen contento por nada de cuanto le ocurriera. En el hondón de su alma, extrañaba la vida del campo y le molestaba aquel subsistir urbano tan poco alentador y tan brumoso.

El casorio con don Fernando ahondó los perfiles urbanos de la familia, aunque él odiaba con toda el alma lo que fuera atavío y lucimiento. A doña Carmencita, educada en Europa, le repugnaba volver a la nunca bastante bien cantada égloga de su hacienda de San Juan de Lurigancho. Fue una coincidencia feliz, pues de tal modo resultó fácil que empezaran el diálogo, concertando sus aficiones y voluntades, los flamantes cónyuges.

No era bastante. Don Fernando tenía proyectos para lo que ningún estorbo podía ser mayor que el latifundio de los De Venado, ahora felizmente sólo

en manos de la casquivana y cándida doña Carmencita.

La tierra es una hembra confusa y arbitraria. La amamos en la medida en que nos pertenece. Ancha y pródiga, nos sentimos siempre inclinados a lanzarnos en su regazo carnal y succulento, sobre todo cuando es ajena. Nadie ama la tierra menos que sus dueños. La estrujan, la utilizan, pero la desprecian. Los ricos suelen tener alma de queridos, no de esposos, tanto en las relaciones con la tierra como con sus mujeres. Viven del contrabando económico y erótico, aunque persigan con sus leyes a los contrabandistas públicos. Por un extraño avatar, se conectan espiritualmente con los fundadores de su linaje que casi siempre emplearon medios coercitivos para batir sus propias alas. Digan lo que digan los códigos, la ocupación y la accesión no constituyen medios morales ni pacíficos de adueñarse de una tierra. Y casi todos los latifundios reconocen como fundamento legal de su pertenencia, un acto de ocupación, de accesión o de reparto y adjudicación a título de botín.

Doña Carmencita, fiel a esta ley social, detestaba la tierra, de donde provenían sus títulos y sus caudales, y amaba como un novio a la ciudad, en donde gustaba derrochar los espontáneos y cuantiosos frutos de la hacienda.

Don Fernando era más bien un funcionario, mezcla de cagatintas y erudito, tipo de universidad y convivio, atesorado de silencios y sombras, de enclaustramientos y susurros, ajeno al sol, adverso al

aire, reñido con la brisa y el río, conocedor indirecto, a través de Monseñor Pergamino y Papelote, de todo cuanto ocurría en el mundo del presente y del pretérito, pero reñido absolutamente con el porvenir.

Si a doña Carmencita la repugnaban siervos y esclavos, mas no porque los compadeciera o sintiera como afrenta su situación, sino porque no eran galantes ni hermosos, pues a don Fernando le inspiraban desprecio porque eran iletrados. No trataba de desasnarlos porque ésa era tarea larga "y la vida no vale ningún esfuerzo salvo que redunde en beneficio inmediato".

Como se ve, ni el amor ni la piedad, sobre todo, ni el alma entraban para nada en las consideraciones terrestres de doña Carmencita y don Fernando. No entrando en ellas el alma, la tierra nada tenía que esperar, porque, al fin y al cabo, tierra y alma se fundan en admirable connubio apenas se hurga en su trasfondo. Nadie siente más la hermosura de la Creación ni palpita mejor con sus reflejos que el aldeano, amante de la tierra. Nube y boñiga, celaje y surco, brisa y sudor, éter y guano, trueno y arado, paraíso y choza, ángeles y bueyes: he aquí el doble marco de quien ama de veras la tierra. Ni don Fernando ni doña Carmencita pudieron mantenerse jamás dentro de tales medidas. Y como les asqueaba el sudor, no amaban la brisa; como les daba náuseas el vaho de la boñiga, carecían de ojos para apreciar la nube; y como condenaban a choza perpetua a sus

peones, no podían condenarse a sí mismos a Paraíso eterno, es decir, no podían contar con la complicidad del alma, que significaría contar con la inseparable alianza de la tierra.

Don Fernando persuadió, a poco de casado, a doña Carmencita para que convirtiera sus títulos de propiedad en bonos hipotecarios, y cobrara religiosamente el 7 u 8 por ciento que, entonces, representaba el interés o rédito de tan descansada inversión.

—¿A qué exponerse a las adversidades del proceloso destino, corriendo el riesgo de años de sequía, nubes de langostas, inundaciones implacables, sin poder ante el enojo del Arcano (entonces no se pronunciaba nunca el nombre de Dios), cuando es mucho más cómodo convertir esas fanegadas de terreno en cómodos bonos hipotecarios, que nos dan garantizadamente un nueve por ciento al año?

—Es que, señor don Fernando —arguyó un viejo administrador de la hacienda—, la tierra produce más. De ella sacamos entre el 12 y el 16 por ciento, cuando menos; por otra parte, permite incrementar el capital porque la tierra sube de precio año por año, de suerte que jamás se pierde aunque se sacrifique una cosecha; y, luego, ¿no cuenta Ud., señor don Fernando, que es tan ilustrado y poeta, no cuenta usted para nada con el goce de poseer tan hermosas tierras, a donde puede retirarse cuando necesita sosiego y tranquilidad para escribir uno de sus bellos libros?

Pero don Fernando no concebía que le contradije-

ran, mucho menos por boca de un vulgar administrador rural.

—Perdone usted, Casimiro —contestó indolentemente— pero yo no soy poeta de églogas, sino escritor de novelas y estudios históricos, y “la amenidad de los campos, el murmullo de las fuentes” y todo aquello que encantaba a Cervantes, mi maestro, merece mucho respeto, pero visto de lejos y a través de lecturas, que vienen a ser como cristales con los cuales uno puede mirar, sin oler... (el gesto fue procaz y retador).

Doña Carmencita asintió, encantada de tanta agudeza.

Don Casimiro —Casimiro a secas como le llamaba, degradándole, don Fernando—, no cejó.

—Mi respetada Misia Carmencita, es que los bonos hipotecarios son un negociado para imprevisores...

—¡Insolente! —tronó don Fernando.

—Cállese usted, Casimiro —trinó doña Carmencita.

—Discúlpenme los señores, es que yo no deseo sino el bien de ustedes. A mí ¿qué más me da trabajar para Pedro que para Pablo? Si no los quisiera a ustedes... y a la tierra donde trabajo... Yo tengo varios amigos que hicieron lo que ustedes pretenden hacer. Y el banco es el que se lo lleva todo. Con el dinero que se obtuvo de la venta de su hacienda, que siempre es menos de lo que se espera y, además, siempre es hoy menos que mañana, pues con ese di-

nero compraron bonos. El Banco les tomó prestado el dinero para darlo con garantía hipotecaria. Ellos reciben su tanto por ciento todos los años, pero el Banco obtiene el doble o triple, y, a menudo, a base de la garantía hipotecaria, se hace dueño de la hacienda, y entonces la remata a vil precio y se gana la diferencia de tasación rápidamente. O la remata para sí. . .

—Casimiro, por favor, lo dicho, dicho está; yo no entiendo nada de tantos enredos. Lo que Fernando ordene, bien ordenado está. Y no hablemos más.

—Yo no pretendo sino tu tranquilidad, tu seguridad y tu gusto —intervino don Fernando. Doña Carmencita rozó cariñosamente con su blanca mano la también suave, pero menos clara de su esposo y señor. Don Casimiro hizo un ademán como quien se rinde ante lo inevitable.

Las historiadas y seculares tierras de los De Venado, marqueses De Venado, condes de Mojarrilla, cuya ascendencia remontaba a Pelayo, quedaron convertidas en un cuaderno de cédulas hipotecarias, cuyos intereses cobraba escrupulosamente don Fernando cada 30 de junio y cada 31 de diciembre. Y así fueron las cosas, hasta que otros planes vinieron a aposentarse bajo los largos y crespos cabellos de nuestro prócer, es decir, bajo la alta bóveda de su frente *pensierosa*.

Doña Carmencita, feliz, se radicó definitivamente en Lima.

V. CASILDA, LA TRIUNFADORA

He ahí instalada la calma en el señorial hogar. Semestre a semestre los bonos hipotecarios destilaban sus canónicos réditos, que doña Carmencita transforma en cosméticos, sedas, encajes y mistelas; y don Fernando, en libros, chaqués, labia y aventurillas. Porque —y ahí culmina la habilidad socráticomaquiavélica del señor Mederos— le fatigan ya las risitas histéricas y entrecortadas de su cónyuge, demasiado frágil para su hambre de platos fuertes, y por tanto se lanza a investigar no ya papelotes de la colonia, sino morenas carnes que vistan huesos más anchos y músculos más recios que los de doña Carmencita. Entre tanto ha venido sugiriendo a su esposa las más apasionadas locuras que puedan realizarse sin mengua de la lealtad conyugal, y así, a más de avivar su sed de perfumes, pastas, polvos y trapos, le ha ido desarrollando el ansia de anestesiar sus murrias con dulces y picantes sabores, con anises, chartreuses y mentas, que dulcifican y aduermen los ímpetus y abren a los ojos de la embriaguez mundos irreales, pero consoladores.

Doña Carmencita empieza bajo el metódico entrenamiento de don Fernando a hacerse sabia en aquellas verdes mentas, esas amarillas mistelas y esos transparentes anises que, al beso del agua, se tornan opalinos. Botellas caprichosas se ocultan en

su cómoda, mientras que otros extravagantes envases, con rótulos en francés, se ostentan, desafiantes, sobre la mesa del tocador. Maceración sistemática por todas las puertas sensoriales —olfato, paladar, tacto y vista— ante cuyo estratégico y concertado empuje de nada valdrán los perjuicios ni las suspicacias de la desde entonces ya derrotada señora De Venado de Mederos.

Es que don Fernando necesita de aquella anestesia para poner en marcha un plan que alguien —no se sabe bien si el Malo en persona o bajo algún disfraz indescriptible— ha inspirado al castísimo señor.

Por una parte, semestre a semestre, una que otra cédula hipotecaria es vendida merced a los poderes de que el digno esposo disfruta desde el instante mismo en que tuvo en sus redes a la infeliz enamorada. Las arcas doradas de Don Esposo se nutren de aquellos zumos, zumos tintineantes y contantes, como que son nada menos que libras de oro, con la cabeza de un Inca al anverso y un escudo con llama, cornucopia y árbol de quina, por el reverso.

¿Avaro don Fernando, el señoril escritor? En jamás de los jamases. Lo que ocurre es que el Malo le ha soplado una mala imaginiería en la mala oreja y ha puesto ante sus ojos una llama tentadora hecha carne morena y ojos almendrados: los de doña Casilda Sarratea.

La historia empezó del siguiente modo:

Doña Casilda había sido compañera de doña Carmencita en un colegio de monjas, donde aprendieron, entre otras maravillas, a hablar francés, rezar el trisagio, el rosario, las Vísperas y el Ángelus, y a enamorarse del amor a fuerza de maceraciones en honor de la vida eterna. Como Carmencita atrapaba los galardones y homenajes a causa de su alta cuna y su gordo tesoro, Casilda —entonces Casildita— solía capear los temporales a que la condenaba a menudo su pobreza, mediante su coquetería y su ingenio. Ello fue que, poco después del casorio de don Fernando y doña Carmencita, Casilda reanudó su amistad con la antigua condiscípula, lo cual no vieron con desagrado los vigilantes ojos del amo y maestro, ya que, desde el primer día, se dieron de sopetón con una mirada ardiente y promisoría en los ojos de la amiga.

Labia no le faltó nunca a don Fernando. Al contrario; hablar era su arma, su truco, su garlito. Poseía una voz pastosa, maleable, capaz de adoptar las más opuestas inflexiones. Se deslizaba desde lo bronco hasta lo melifluo; conocía el acertado empleo de la *mezza voce*, del trémolo y del calderón sentimental. Y, ¡qué decir de las manos! Las movía con agilidad de mago. Los dedos titilaban con palpitación de estrellas, vagando por el firmamento del vacío, que se poblaba, entonces, del doble tesoro de su palabra y sus gestos. Tejían aquellas manos eruditas en ma-

tices y papelotes, halos u encajes en torno de la víctima sobre quien pensaban caer. Y, ¡cómo subrayaba aquello con los ojos grandes y sensuales y animados de una sonrisa de los labios, algo ocultos éstos bajo el bigote copioso y pulido! Era una fiesta y un peligro escuchar al prócer, y si de creer en mitos se tratara, frente él era llegada la hora de atarse al mástil de la voluntad para no ser absorbido por tan peligrosa sirena.

Casildita, la traviesa Casildita, no pudo librarse de tamaño sortilegio. Además de ser débil de voluntad, la muy boba tenía tantas ganas de oír a la Sirena... Y fue muy natural que, al cabo de pocas visitas, no tuviera ya sino mimos, coqueteos y lánguidas miradas para atestiguar ante el fauno relamiendo, su inevitable derrota, su amada derrota, su anheladísima derrota.

¿Doña Carmen se dio cuenta de lo que junto a ella acontecía, entre su íntima amiga y su muy querido esposo? Ella decía después que no, pero quien asistió a los preliminares del idilio afirmaba que, embotada de aceites, perfumes y mistelas, su egoísmo la hacía desear ardientemente que no se le exigiesen nuevos tributos, y en cuanto al tálamo, bastante era ya haber tenido que desembarazarse hasta dos veces de unos robustos rorros que su señor y marido solía depositar, cuando no había otra solicitante supletoria, en sus entrañas al principio ávidas, y, después, ahítas de aquella estrategia fecundante, a la postre dolorosa sólo para su vientre.

A su turno, don Fernando de Mederos no insistía mucho en sus derechos maritales. No sólo porque doña Carmencita se le mostraba esquiva, sino, además, porque los perfumes no alcanzaban a cubrir con sus deliquios el olor de los alcoholes que recargaban el aliento de la esposa; por otro lado, con el fruto de las cédulas hipotecarias, él se podía dar el gusto, puesto que cultivaba tan entusiastamente el arte de asistir al teatro consuetudinariamente, de invitar cenas suntuosas a las más festejadas cómicas de la temporada y, luego, poseerlas lindamente, con lo cual cumplía al pie de la letra sus imprescriptibles deberes de crítico de arte, varón de horca y cuchillo y macho en pleno celo.

Cuando conoció a Casildita, las salidas de don Fernando a la zarzuela, la ópera y el drama, se hicieron menos frecuentes. No porque encontrase a la Dulcinea a tales horas, sino porque necesitaba cumplir compromisos en complicidad con doña Carmen, para que la amada concurriese a los almuerzos y lonches caseros, y, a la vez, para sorprender a la dichosa con nuevas invenciones de caletre tan imaginativo y millonario como el del noble marido de la muy noble marquesa De Venado.

La gente empezó a murmurar, pero todo chismorreó halló como tope a la invulnerable incuria de doña Carmencita. Ausente, en su paraíso de artificiales placeres, no quiso escuchar a nadie. Ni hacer nada. Ni siquiera apartar de su casona a la amiga sospechosa. Hasta parecía que incitara al erudito

Don Juan a proseguir en sus tentativas y, según muchos dijeron, ella fue quien, de un modo u otro, preparó el asalto final, en donde caprino y diabólico, el señor de Mederos hizo suya la virtud de doña Casildita. No faltó quien asegurara que fue una fiesta para doña Carmencita adivinar el estropicio, pues desde niña le molestaba cierto aire pudibundo, falsamente pudibundo —la muy “mosquita muerta” fue el apodo de Casilda— de su excondiscípula; asistir a su caída la compensaba de algunos desplantes que, pese a su inferioridad económica y nobiliaria, aquélla había inferido a la orgullosa heredera de los De Venado.

El hecho es que, de pronto, doña Casilda casi empezó a pasar temporadas, largas temporadas, en el hogar de doña Carmencita. El hecho es que don Fernando sufrió un eclipse en sus correrías terpsicórescas. El hecho es que doña Carmencita se dio más entusiastamente aún a la bebida. Y el hecho es que, de la noche a la mañana, doña Casilda anunció que iba a vivir a pan y manteles —y cobertores— con doña Carmencita: con doña Carmencita, cuya estrella se marchitó definitivamente, y cuyas cédulas se convirtieron en títulos de propiedades urbanas, una de ellas, la más suntuosa, nido del nuevo amor y ataúd del extinto.

La imaginación de don Fernando, famosa ya por sus artículos y cuentos, se aplicó a crear entes de adobe y ladrillo. Quiso rodear su idilio de un escenario propicio. Como para romper toda amarra con

el pasado, se lanzó a un loco afán de renovación, traducido en contrata de alarifes, albañiles, mueblistas, estucadores, ebanistas y gasfiteros, pintoresco ejército que se dispuso a alterar la faz de aquel refugio, ayer de orgulloso tedio, hoy de encendido amor.

Al cabo de largos meses, durante los cuales don Fernando, por lucir su genio arquitectónico, hizo y deshizo hasta tres veces algunos aposentos, llegó el día de la inauguración. No hubo ningún alborozo público. La fiesta quedó limitada a un breve discurso del prócer ante los sudorosos operarios. Doña Carmencita, como sonámbula, subió hasta la azotea, columbró el panorama con sus ojos rojizos y parpadeantes, y se encerró en su pieza. . . Los chiquitines discurrieron un rato por los pasillos remozados, dieron unos cuantos volantines por el amplio patio de losetas, se treparon a un árbol junto a la poza de cemento, donde luciría Casilda su belleza para los morunos ojos de su amado, y ésta, la triunfadora, pasó revista a las excelencias que se le entregaban, abrió y cerró ventanas de reja recién enjalbegadas, tiró de las cuerdas de las "teatinas" como quien manejaba las velas de un velero y, luego, se fue a reposar blandamente junto a su compañera de colegio, en cuyas manos de alabastro vacilaba una copa de cristal de roca rebosante de algún alcohol perfumado.

Doña Carmencita hizo una mueca que pretendió ser sonrisa a su vencedora. Don Fernando se acercó carraspeante y ufano al grupo, después de haber

mandado a la cama a los muchachos. Doña Carmencita, estremecida al oír la voz de su marido, dejó caer una gota espesa y amarilla de licor sobre la alfombra pulquérrima.

—¡No te fijas en lo que haces, bárbara! —tronó el arrogante esposo.

Doña Carmencita, anonadada, balbuceó una excusa y, para evitar nuevos accidentes de semejante laya, apuró de un trago la mistela, y se dirigió a su alcoba.

No dijo una sola palabra ni vertió una sola lágrima. Pero su inseguro paso era peor que una acusación o un lamento.

Casilda intentó seguirla. Don Fernando la retuvo de la mano. Entonces se produjo lo inesperado: Doña Carmencita se volvió a ellos desde el dintel, y tartajeante la lengua, les escupió esta frase:

—¡Cómetela, cómetela, perro!

Tal fue la lapidaria y memorable frase, la venganza de la ilustre dama, y el comienzo del triunfo de Casilda.

VI. MI AMIGO JUAN DE DIOS

—¡Perra! ¡Esa Casilda es una perra. . .!

Muchas veces oí en boca de mi tía Felisa este dicerio y parecía como que el nombre de la nueva favorita de don Fernando le quemara la boca, porque no podía contener un escupitajo, irreprimible signo de tremenda repugnancia.

—¡Perra! Esa Casilda es una perra.

No la llamaba Casilda, a secas, sino siempre precedida del adjetivo "esa", para hacerlo más denigrante.

Mi abuelo no era tan severo. Su ingénita bondad resistía tales extremos. Se limitaba a decir.

—Pobre mujer, tan desgraciada. . .

Mi abuela, con su espíritu torquemadesco, utilizaba otro lenguaje:

—Es una hereje. . . sin conciencia. . . —y añadía, ya hinchada de cólera—: Sinvergüenza. . . hacerle eso a una señora honesta y con un hombre casado. . .

Naturalmente, hubimos de cortar las relaciones con el señor de Mederos. Doña Carmencita, en cambio, acudía a menudo a casa, todavía en su plenitud, para contar sus desventuras conyugales. Aún no bebía pisco, sino que mantenía cierta fineza, y aceptaba sólo un vasito de oporto al comienzo, y un anisado después.

—Ese anisado tan retumbante. . . ¿Cómo puedes

beberlo solo? comentaba mi abuela, mientras acompañaba de agua el suyo.

Mi abuelo mojaba su bizcocho en Oporto, y lo compartía con la insolente lora que ya sabía decir con voz de trueno: "Esa Casilda, perra, perra", coreada por las sonoras carcajadas de tía Felisa y doña Carmencita.

Fue uno de esos días, en que, a la hora del ionche, alternaban las procacidades de la irritada señora De Venado, los parlerios de la lora y los azuzamientos de tía Felisa, cuando entró por primera vez a casa Juan de Dios, mi amigo de colegio.

Yo tenía una carabina de salón con la que me adiestraba al tiro al blanco en el corral de casa, y Juan de Dios me había desafiado insistentemente a una competencia privada. Yo no podía sino aceptar. —Nunca puedo practicar tiro al blanco —me dijo, cazurro— porque mi mamá se opone diciendo que puedo matar a algunos de mis hermanos. Vas a tener que enseñarme —agregó, insinuante.

El día que hicimos el primer ensayo me di cuenta de que sus excusas eran sólo fingimiento. Juan de Dios disparaba como un maestro. Embriagado con el éxito no cuidó de guardar su palabra, y se exhibió como un perito disparando con una mano, luego con la otra, después a la media vuelta, siempre con un acierto formidable.

Cuando se dio cuenta de que yo lo observaba comprendió que había quedado descubierto.

—Oh, es que hay días que uno está de suerte:

prueba tú, a ver...

Probé sólo por cortesía, pero no era necesario: para mi fuero interno no era ningún misterio que lo que Juan de Dios había querido era demostrarme su pericia, sorprender mi buena fe y entrenarse gastando mis balas y el amado calibre de mi carabina.

Después del ensayo, salimos juntos. Yo estaba vagamente desazonado. No me sería posible precisar lo que me preocupaba, pero me parece que sentí un poco de asco ante la inútil comedia de mi amigo.

Cuando me quedé solo comencé a recapitular acontecimientos, esos enormes acontecimientos que llenan la vida del colegial. No me preocupaban ni doña Carmencita y sus extraños modales, ni los chismes acerca de la perra de "esa Casilda", ni los parloteos de la lora. Ni siquiera lograron entretenerme los cuentos del abuelo, que estaba en esos días relejendo, no sé si por vigésima vez, la historia de Francia por Guizot. Una cosa no más me obsesionaba: Juan de Dios y su mentira. ¿Por qué había hecho eso? ¿Qué fines perseguía? Y se precipitaron en mi mente imágenes inconexas que entonces comenzaron a cobrar una espantosa realidad, una desagradable correlación.

Juan de Dios, hijo de padre ilustre, era un muchacho robusto y ágil, pero de comportamiento equívoco. Frecuentemente se le veía azuzando a los compañeros para que se trompeasen por cualquier pretexto. En los cotidianos partidos de fútbol, solía

ser de los menos audaces en el ataque al gol enemigo, pero de los más eficaces en anular adversarios bien sea con un certero puntapié en la espinilla, bien con un banquito a mansalva, bien con un pelotazo cuidadosamente dirigido a la cara. No le interesaba ganar el juego, sino desbaratar al rival. Lo que no impedía que, los días de confesión, fuera el primero en llenar su papeleta, arrodillarse en el confesionario y acudir a comulgar con grandes aspavientos, que llenaban de júbilo a los frailes, encantados de tener en él una promesa de un futuro satélite.

A la hora de clase, fingía siempre una concentración enorme. No despegaba los ojos del profesor, aunque por lo bajo fuera el principal promotor de algaradas. Le gustaba sobresalir en las composiciones y pruebas. Y a ello sacrificaba cualquier cosa: amistad, lealtad, honradez... lo que fuera.

Recuerdo perfectamente que una vez estábamos los dos disputándonos el primer puesto en la clase de Castellano. Como yo tenía una innata facilidad para la redacción, nadie me ponía el pie cuando se trataba de describir un crepúsculo, cantar a la primavera, hacer un himno a los defensores de Lieja, narrar las vacaciones, cualquiera de esos habituales temas de nuestras tareas escolares. Juan de Dios quería eliminarme. Yo me sentaba en una carpeta tras de la suya. Pues un día, al sentarse, pegó un alarido terrible, que nos dejó en suspenso. Acudió el profesor, y halló que en el asiento de Juan de Dios se erguía terrible, decisiva, la punta de un

alfiler.

Juan de Dios se rascaba con grandes aspavientos las posaderas. El profesor se me quedó mirando. Sólo yo podía haber hecho aquello dado mi puesto en la clase.

—¿Por qué lo has hecho?

—Yo no he sido, Padre— contesté con firmeza.

—Y entonces ¿quién?— interrogó lleno de malicia Juan de Dios.

—Yo no sé. . . ¿Por qué no lo averiguas?

—Sí, sí —prosiguió él siempre frotándose la parte dolorida— ¿quién puede tener interés en molestar-me, sino tú?

Para la justicia expeditiva y primaria del colegio, aquello bastaba.

—¡Salga! No tiene derecho a presentarse en la prueba. ¡Le rebajaré la nota!

Los demás competidores irradiaban de contento. Los otros, los que no tenían opción al primer puesto, hacían visajes acusatorios contra Juan de Dios. Pero la suerte estaba echada: yo era el culpable.

Salí. Perdí el primer puesto. Mi padre, que supo lo ocurrido, me acarició tiernamente y me dijo: —No te aflijas, nadie impedirá que tú escribas mejor que los demás.

Me sentí confortado y olvidé el incidente. Podía ser un error de Juan de Dios. Pero más tarde supe que, en el ardor de una disputa, había declarado:

—Cuídate: porque si no te voy a hacer pasar lo mismo que a Collado (Collado soy yo, por si no

lo he dicho). Pues el aludido vino a contarme lo que Juan de Dios había dicho, pero no quise creerlo. Me parecía demasiada vileza.

De adolescentes, todos atravesamos una crisis de lujuria y misticismo. En el colegio existía una Congregación consagrada al señor de los Temblores. No recuerdo qué hazañas virtuosas hice en aquellos días, o si coincidió con la muerte de mi madre, lo cierto es que mi candidatura para presidir la Congregación no tenía rivales. Juan de Dios, que había demostrado gran pesar por mi desdicha familiar, y que me colmó de halagos en aquella ocasión, urdió otro plan. El día que tocaba confesión general, se las arregló para que yo no tuviera turno en el confesionario y perdiera mi opción a comulgar. Naturalmente, tamaña falta me arrebató la presidencia. Pero él tampoco la obtuvo, lo cual me consoló en el fondo.

Al llegar otra vez al colegio, me encontré con que varios muchachos de los mayores me tiraban del saco diciéndome:

—¡Devuélvele la chaqueta a tu papá!

Me dio rabia y me trencé a pedradas con ellos. Me costó una vigorosa reprimenda del Padre Ministro. Y tuve más "puntos" malos. Luego, supe que Juan de Dios, ante la perspectiva de que yo tuviera mejores notas en Castellano e Historia, mis cursos predilectos, había repartido la voz de que yo usaba los vestidos de mi papá, ahormados a mi talla.

Sin embargo, le perdoné.

Pero aquella treta sin público, aquella treta pri-

vada de procurar engañarme y humillarme en mi propia casa, con mi carabina, ante los míos, sin razón visible alguna, colmó mi paciencia. Y más los gritos y gestos histéricos de doña Carmencita, testigo excepcional del suceso. De modo que, al día siguiente, al llegar al colegio, conté lo ocurrido a los compañeros.

Las opiniones se dividieron. Unos, los más “decentes”, apoyaban con grandes risas el ardid de mi rival; los otros se agruparon en torno mío, confortándome con su solidaridad.

—Es un envidioso. . . Es capaz de matar a quien le haga sombra. . .

Fue la sentencia de Pedro Millanes, un mocetón recio, hijo de un italiano que comerciaba en raviolos, polenta y tallarines. Y como el rubio bachiche tenía la mano pesada y el pie ligero, nadie se atrevió a chistar. El propio Juan de Dios pareció acatar la sentencia. Estábamos muy lejos de imaginar que, más tarde, cobraría con creces, por medio de otra artimaña indecorosa, las palabras de Pedro.

—Perra. . . Esa Casilda es una perra —seguía diciendo mi tía Felisa en la mesa, cuando me senté a almorzar. Aún volvimos por el trance con Juan de Dios.

—Y ese tal Fernando es un bribón de siete suelas. Imagínense que ayer obligó a la pobre Carmencita a barrer el cuarto de su querida. Y la muy tonta, en vez de tirarle la escoba por la cabeza, le obedeció. Habráse visto descaro. Y el otro día. . .

—Felisa —reprimió con voz enérgica mi abuela, señalándome con el ojo.

—Anda, vete a tu cuarto. . . Los chicos no deben oír las cosas de los grandes —me dijo la tía volviendo a la realidad.

Yo abandoné la mesa, la sabrosa sobremesa, en que los nietos nos atacábamos con pelotillazos de pan, a espaldas de la abuela. Los demás muchachos, haciendo causa común conmigo, salieron también. Julio, el más fuerte de mis primos, se me acercó diciendo:

—Tú tienes algo escondido. . . ¿Quién te está molestando. . . ? Dímelo para romperle el alma.

No quise contarle mis cuitas, y preferí atribuir el fastidio a los chismes de doña Carmencita.

—Esa vieja lleva el veneno adonde va —afirmó él, rotundo—. Porque si don Fernando es un perro, ella no pasa de ser una borracha.

Desde ese día, únicamente la lora hacía coro a los dicterios de doña Carmencita. Los demás, no sólo la repudiábamos, sino que hasta empezábamos a sentir una secreta simpatía por el atildado y brillante señor de Mederos.

A ello contribuyó otro episodio, siempre suscitado por Juan de Dios. Después de haber disfrutado de nuestra hospitalidad, fue a contar al colegio que las amigas de mi casa eran viejas borrachas, que escupían palabrotas y llevaban zapatos raídos.

Los compañeros me recibieron con la sistemática pregunta:

—¿Cómo está doña Carmen De Venado de Mederos. . . ? Salúdala en mi nombre.

Juan de Dios gozaba lo indecible, oculto, tras de una columna. Sólo él y Pedro, pero por opuestas razones, no se sumaron a aquella humillante jauría de preguntones.

Tuve que defender a doña Carmencita, a pesar de que la odiaba. En el fondo de mi corazón crecieron al par un sentimiento de asco contra ella y algo peor que repugnancia hacia mi amigo.

Al terminar el año, Juan de Dios recibió el premio de sus conspiraciones: las medallas de conducta, de aplicación y casi todos los premios de la clase. Sólo el de Castellano le fue inaccesible, porque tuve la fortuna de publicar un artículo sobre Federico Ozanam, y eso me granjeó el unánime aplauso de los Reverendos Padres que componían el profesorado del colegio.

¡Debo confesar ahora que don Fernando, después de leerlo, me mandó decir que mi porvenir de escritor era clarísimo, que. . . qué sé yo!

Aunque me da vergüenza recordarlo, ese día volví a sentirme partidario de don Fernando. Al pasar frente a la lora, la hice torcer el cuello y poner la cara de tonta con un traidor e inesperado grito: "¡Viva el perro! ¡Abajo la borracha! ¡Abajo la borracha. . .!" La lora se me quedó mirando extática.

Aquella exclamación no figuraba en su repertorio. Definitivamente no figuraba. Me lo estaba revelando su inusitado silencio.

VII. 'A BROKEN PLEDGE'¹

Sí; por entonces había ocurrido aquel tremendo suceso que me hizo pasar bruscamente de la niñez a la adolescencia. Más aun, me atrevo a asegurarlo, ese terrible suceso me volvió adulto antes de tiempo.

Murió mi madre. En el breve espacio de una semana pude asomarme al poco y al mucho significado de la vida y de la muerte. Lo primero, a través de mi pequeña experiencia escolar, con el amigo Juan de Dios. Lo segundo, por medio de largas conversaciones de hombre a hombre con mi padre, y a causa de un episodio que no puedo omitir.

Era el primer día, después de mi duelo, que me lanzaba a la calle. Venía por la Avenida de la Colmena, solo, vestido de negro, rumiando sabe Dios qué cosa tristes, cuando divisé a dos íntimos amigos de mi edad, que venían en dirección opuesta. Me dirigí a ellos, con la confianza de siempre. Me detuvo su actitud recogida, casi respetuosa, que yo al principio creí burlona. Se quitaron el sombrero, se hicieron al lado exterior de la calzada, abriéndome paso y, con la mayor seriedad, diría con unción, me tendieron los brazos sin mediar palabra alguna.

¹ Es el título de un libro del ex gobernador de Puerto Rico acerca de la conducta de su país, Estados Unidos, con respecto a la isla. Desde luego, nada tiene que ver con esta historia. Pero el título me quedó gustando y lo aprovecho.

Me sentí conmovido hasta la raíz misma de mi ser. De pronto la tierna amistad se convertía en severo homenaje. El luto me había envejecido en el espacio de unos pocos días, ante los ojos de aquellos compañeros de mi adolescencia.

Cambiamos unas frases. Con mi inveterada costumbre de hacerlo todo trivial, hasta lo patético, me esforcé por conversar en tono ligero. Pero ellos me miraban con insistencia, con tanta compasión, que al cabo, temiendo contagiarme, sintiendo un nudo en la garganta, les dije "Hasta luego", y me perdí calle arriba, a tranco rápido, rumbo a mi casa.

Fue como el descubrimiento de que mi estado civil no era ya el de una semana atrás: ayer era un niño; hoy era un huérfano.

Mi padre se esforzó porque nada cambiase en mi vida; sustituyó con admirable abnegación las ternuras de mi madre. Pero algo se había roto dentro de mí. Por de pronto, la risa no me brotaba como antes; además; perdí algunas predilecciones de antaño, a trueque de ganar otras nuevas. Por ejemplo, en vano quise empuñar de nuevo los pinceles. Cada tubo de color me traía el recuerdo de algo: aquel cobalto, que vendían tan caro y que mi madre amaba tanto como el carmín; aquel verde inglés, tan semejante a cierta manteleta de mi madre; aquel ocre que se parecía a unas pantuflas de ella. Y ese boceto de paisaje, perpetuamente inacabado y que no concluiría nunca, representando el Salto del Fraile, con sus olas de espumas hirvientes y un puente de endebles tablas

sobre el abismo, esbozado apenas con un pincel de pelo de marta. No, no podría volver a pintar. Ni aun a escribir aquellos cuentos infantiles de ladrones y bandoleros, de santos y madres abnegadas. No podría volver a escribir.

En cambio, me aficioné a la música y, como la pubertad inquietaba ya mi sangre, una ola de burdo sentimentalismo se confundió con la definida pena que la muerte de mi madre me causara. Así empezó a fermentar en mí algo que acaso no habría nacido nunca sin aquellas marañas de amargas circunstancias, un romanticismo prematuro, un lirismo asordinado y una cavilosidad que me recluía en mi cuarto donde devoraba libros y enhebraba estúpidos sueños irrealizables.

Fue entonces cuando, según he referido, conversé por primera vez con don Fernando, mi Mentor en las lides musicales, mi numen en las admiraciones literarias, mi Cristóbal Colón en las lides de la vida.

Traté, durante un tiempo, de doblegarme a las lecciones del maestro Kuapil, cuyas exigencias magistrales hacían tan fatigante la clase de violín. Inútil empeño. Me habría gustado tocar mucho de lo que escuchaba, pero eso de permanecer horas de horas buscando una postura correcta, apretando la barbilla contra la caja de madera sonora que mi madre mandó traer de París por medio de "Aux Galeries Lafayette"; todo ese continuo ejercicio de rascar el arco, untado de pegajosa pez, sobre las tensas cuerdas de tripa de gato, y repetir las escalas diez y cien

veces, en una especie de reiterado y trunco gorjeo, resultaron superiores a mi indecisa vocación. Colgué el arco, encajé el Método y sepulté el violín en su flamante ataúd *per omnia secula seculorum*. Sobre aquella huesa, al menos, no hubo dolor, sino, al revés, alegría de serenidad devuelta, de restaurado equilibrio, sosiego de paz recuperada.

Don Fernando conversó con mi padre largamente acerca de mis aptitudes. Yo le oí sentenciar con esa voz pastosa y firme que era su temible característica:

—Tiene madera de artista... pero de artista de la pluma.

Fue un segundo espaldarazo. Miré con íntimo orgullo al erguido maestro de las letras nacionales, para quien yo ofrecía tantas expectativas, y me lancé como un naufrago a leer y escribir, pensando en alcanzar la estatura literaria de mi inesperado Mentor: don Fernando de Mederos. Tal vez a tan desaforado entusiasmo contribuyó no poco otra circunstancia: que nunca había leído yo una página entera del prócer. Mi padre me había dicho una vez: "Escribe muy bien, pero le gustan las palabras raras." Mi abuelo comentaba con esa su transparente ironía destilada entre sus bigotes llovidos, amarillentos en las puntas: "Conoce el idioma a maravilla." Mi abuela opinaba: "Es un descreído; escribe tonteras como para un viejo chocho de tu laya" (esto dirigiéndose a mi abuelo, que sonreía burlón y complacido). Mi tía Felisa decía: "Un sinvergüenza como ése no puede escribir sino mamarrachos." En una revista de la épo-

ca leí: "Don Fernando de Mederos es uno de los orgullos de nuestra intelectualidad." En un diario: "Lástima que no todos los nuevos escritores imiten a tan admirable modelo del buen decir." En otro: "Valiente hazaña la de parecer novedoso a costa de unas cuantas antiguallas mal resucitadas."

Yo estaba realmente desconcertado en cuanto a juicio, pero sentía que algo grande había rozado mi existencia. Decidí, pues, escribir y escribir. Como don Fernando. Si me hubieran dicho que tenía que ser un Dante o un Shakespeare, yo habría rechazado tales vaticinios para contentarme con no ser sino un Mederos. Ah, sí, ¡valía más!

Ingenua mocedad, naturalmente. Esto rebajó más aún mi estimación por doña Carmencita, la cual, dándose cuenta del efecto que en mí había causado su marido, solía repetir, con voz aguardentosa y ademán zafio:

—¡Jejeje!. . . ¿Con que escritor, no? Y ¿como Fernando? Valiente modelo el que tienes, zonzonazo. . . No le creas a ese sinvergüenza. Porque de todo tiene menos de hombre, y ante todo hay que ser hombre.

Tampoco concordaba yo en ese punto con doña Carmencita, pues para mí un hombre tenía que ser un personaje capaz de engendrar hijos, llevar el bigote con donaire, pisar recio, hablar con voz bronca y pensar, sí señor, pensar hondo y a menudo. Y don Fernando cumplía ese ideal.

—No hagas caso a la Carmencita —me aconsejaba mi padre—: la pobre está despechada. El que don

Fernando sea realmente lo que ella dice, un sinvergüenza, eso no quita que tenga talento. . . De todos modos, mejor es que no lo frecuentes. Es demasiado mayor, y a tu mamá no le habría gustado que lo visitases mucho.

Santa palabra: "a tu mamá no le habría gustado. . ." Pues, no quise ir a ver a don Fernando aunque mi admiración se acrecentó con la distancia, y puesto a porfía ya en compenetrarme de las excelencias de tan insigne varón, al fin topé con uno de sus libros, y me consagré a desentrañar sus voluntades, lo cual me dio no escaso o inútil trabajo y, por lo mismo, redobló mi fervorosa devoción por su estilo.

Era un libro largo y seco, de apariencia; breve y aséptico de contenido. Porque todo cuanto de ácido fingía resultaba mieles adultas, como un Don Juan añoso que trata de parecer adolescente gandul. Era un libro que arrancaba del limbo e iba a parar, en parábola perfecta, perfecta a fuerza de estilizada y barroca, iba a parar en donde comenzaba. Era un libro esferoidal, escrito en estilo cincunferente; un relato en círculo, una fábula en globo. La primera vez que tuve la sensación de que acabar no es sino una fecha de comienzo, fue aquella. Me deleitaba con el libro, con mi diccionario al lado, porque había penetrado en un idioma extraño donde la gracia consistía en parecer inaccesible. Un convento de novicios donde todos eran abades. Me había tirado de cabeza en una aventura complicada donde, en fin de cuentas, no ocurría sino nada. Y no sabía qué extraño demo-

nio me tenía sujeto al libro durante horas y horas, y al diccionario durante semanas, y al nombre de don Fernando a causa de mi inocencia sorprendida con tan diestro embeleco.

Ello fue que se me salpimentó el verbo hasta allí sencillo de aquel donaire erudito, y hasta sufrí veleidades de tornar al violín y al gritón y bullente maestro Kuapil, con tal de disfrutar de los átonos hurras *in pectore* que me lanzaba desde el silencio de sus barbas don Fernando.

—¿Te entretiene ese libro? —me preguntó papá inclinándose sobre mi hombro, en busca de una atención que había dejado de suscitar su arribo.

Yo hice un mohín indeciso, y, de repente adulto, le respondí con una frase lapidaria:

—Me interesa.

Padre no hizo sino acariciarme los cabellos. Yo volví a mi documento, pues aquel deleite tenía algo de pesquisa, y desde ese instante, una indefinible vislumbre me hizo pensar que, por la vía de diversión, me había nacido un archivero.

Días después, mi tía Felisa me sorprendió leyendo y descifrando el glorioso libro: —Que no te vea en esto doña Carmencita.

—¿Ha venido?

—Ya caerá por aquí.

Sí, doña Carmencita *caía* siempre, caía y estaba caída, y continuaba cayendo, y nunca había dejado de caer, hasta sobre mi optimismo, pues desde entonces, y a causa de ella, experimenté hacia el matri-

monio un mal oculto resentimiento, como si todos hubiesen de terminar en la misma forma que el del prócer de mi cuento y su encopetada esposa.

Menos mal que doña Carmencita no me sorprendió en la lectura de ese mamotreto que ella amara tanto y a cuyo parto asistió, sin curiosidad y con desgano. Menos mal que no tardé en olvidar la hazaña de aquel libro, y otra vez hicieron presa de mi fantasía amigos más cordiales: Sandokan, el pirata Montbars, el capitán Petrof, Lord Jackson, Jack y Francinet, Buffalo Bill y Nick Carter. Sheherazada sollozó sin duda de tan súbito exilio, pero ¿tenía yo acaso la culpa de que ni su melómano sultán supiera del hechizo de un revolver Colt, ni de la inquietud de un abordaje a sable, hacha y puñal en el mar de las Antillas?

VIII. SIC TRANSIT GLORIA MUNDI

Las glorias de don Fernando iban (¿y por qué no?) cuesta arriba. Él siempre fue adicto a las averiguaciones de lo ajeno. Tengo para mí que eso le movió a cortejar a la Historia, él, sempiterno cortejante de algo. Como andaba cercana la celebración del Centenario del Prócer Benalcázar (libertador de Orolandia), dióse nuestro gran hombre en bucear, pescar, almacenar, ordenar, desordenar, clasificar y glosar cuanto papelucho se le puso por delante —y de costado también—, a fin de tener a la vista un amplio simposio de datos con que lanzarse a la atrevida empresa de reseñar la vida del prócer. No vaciló tampoco en hacerse de toda clase de socios y auxiliares; de tal guisa, contando con el tradicional desajuste de lo nativo, pronto estuvo en situación de lanzarse a la mar, previo un anuncio a cien clangorosos clarines acerca de sus soberbias dotes de erudito y su aterradora capacidad como crítico histórico—literario.

Durante varias semanas, los diarios, bajo la dictadura, ayunos por lo general de novedades, merodearon los predios de don Fernando, le acribillaron a instantáneas, de suerte que, remozada su fama y renacido su renombre, se puso a soñar, y lo soñó sin duda, en verse trocado en el árbitro de un ayer no

muy añoso, e ineludible intérprete del alma (o lo que fuese) del Prócer Benalcázar, honra y prez de la sudamericana grey.

Cada una de estas clarinadas era recibida por doña Carmencita con un vendaval de insultos: su más suave expresión era: "Este sinvergüenza le está robando a alguien." La verdad sea dicha, don Fernando era incapaz de robar nada a nadie, pero, también sea dicho en homenaje a la verdad, que, de haberlo hecho, difícilmente le hubieran descubierto. Los grandes hombres, como el célebre General Lertzundi, son capaces de saltar de calle a calle, sin cuidarse de las esquinas. Alas le nacieron al miedo, antes que a Ícaro, y no de cera. El prócer Benalcázar era el héroe de tres repúblicas: en la una cimentó la independencia ya proclamada; en la otra la ganó en limpias batallas, y en la tercera, la inició con mensajes y balas, muy astutamente.

La obra en ciernes embargó pronto la atención de la ciudad. Luego, la del país. Tal vez, la del Continente. En consecuencia empezaron a llover misivas y, al cabo, auspiciosas Resoluciones Supremas que traducían su afecto en libramientos fiscales, convertidos en sabrosos cheques, todo lo cual constituye, a no dudarlo, imperioso acicate para la fantasía de los historiadores y la diligencia de los poetas, que tales paradojas suelen presentarse en cuanto Mecenas suelta las amarras de la bolsa, y dora, de cualquier dorado, el talento de los artistas.

El plan de don Fernando fue aclarándose rápida-

mente. Su obra consistiría en una quincena de volúmenes de texto más una veintena de apéndices documentales. Cada uno de los tomos comprendía cuatro años de la vida del Prócer Benalcázar hasta completar los sesenta que le duró el respiro, y en cuanto a los apéndices, la dificultad consistía en reducirlos a veinte, que ya le picaban manos y caletre a don Fernando para ampliarlos a cincuenta, lo cual, a más de completar la fisonomía del héroe, ensancharía considerablemente las posibilidades lucrativas de tan quiijotesca empresa de auténtica historia patria.

Lo primero que hizo don Fernando fue construir unos anaqueles monstruosos, llenos de gavetas y gavetillas; armarse de una serie de implementos mecánicos, a que era en extremo aficionado —Leonardo de Vinci lo fue, sin mengua del arte—, y asegurarse de los subsidios que le permitieran dar cima a sus propósitos. Durante meses, los obreros iban y venían por la vasta oficina, tiraban abajo tabiques, desarmaban ventanas, trincheras, rompían puertas, hasta que, al fin quedó el recinto como para recibir la gloria del Prócer convertida en harto papel y su correspondiente tinta.

Era llegada la hora de almacenar; y a ello se contrajo don Fernando, con juvenil entusiasmo.

Los escritores pueblerinos se hacían lenguas de lo que iba a salir de allí. No había uno que no asegurase, como suele suceder en donde a tales cosas se da paso —es decir ahí donde la crítica se vuelve diti-rambo—, no había uno que no asegurara muy suelto

de pluma y huesos: "La obra que preparaba don Fernando Mederos, eminente escritor nacional, será la más grande que hayan visto las generaciones, y nadie podría disputarle ya la propiedad de la fama de Benalcázar, quien jamás fue entendido hasta que éste su entendedor cabal no salió a la palestra a dár-noslo bien servido y mejor pintado."

Entre tanto, doña Carmencita languidecía a ojos vistas. Como consecuencia de dos ataques de *delirium tremens* y una creciente dolencia en el hígado, la sometieron a la vigilancia de los médicos, quienes diagnosticaron cirrosis, diabetes, reblandecimiento cerebral, nefritis, arterioesclerosis, perturbaciones psicopáticas y una cohorte de otros extraños males, cada uno de ellos suficiente como para derribar a un roble, mayormente a una débil espiga de rencor, desengaño y pisco como era ya la ilustre señora. Mi tía Felisa la visitó muchas veces. Según contaba, era la buharda de doña Carmencita algo así como el aquelarre de una bruja. En medio de un laberinto inestimable, agonizaba la pobre lentamente. Sus ojos eran de brasa, como su hígado. Tenía la lengua estropajosa, como su caletre. De las sábanas brotaban unos brazucos huesudos, llenos de pringue, remedos de asta de violín por la cordonadura que sobresalía azulenca e insolente sobre la piel lívida.

Mi abuela pegó un bote ante semejante relato:

—El Santísimo, el Santísimo... ¡Hay que llevarselo ahora mismo!

Esa noche marchamos al cansino paso del cura, entre hachones y plegarias, rumbo a la covacha de doña Carmencita. Salimos de la Parroquia apenas unos cuantos. Al centro, bajo el palio, iba el cura con la Custodia entre las manos. A sus lados, los mónagos, portadores de vistosos faroles. Atrás, la feligresía salmodiando ya consabidos rezos. Las piedras de la calle nos hacían dar traspiés. No las mirábamos, fijos los ojos del alma en la moribunda. Traspusimos el umbral en donde finalizaba sus malaventurados días la sin dicha. El cura avanzó con su sacristán hasta la alcoba. Yo también. Doña Carmencita destacaba su exangüe y deslavado perfil contra la almohada no bien limpia. Los pelos rojizos y blanquizcos, largos y ralos de su barba, le imponían un aspecto brujeril. Tenía los encarnados párpados caídos. El pobre pecho pugnaba por acompañar el aire que a duras penas conseguía filtrarse hasta los pulmones heridos, hasta el corazón deshecho. Cuando el cura le presentó la hostia, doña Carmencita hizo un esfuerzo y estiró los labios como pez para morder el anzuelo. Éste le iba a dar sosiego inacabable y asegurarle la bienaventuranza. El fraile pronunció sus latines. Yo entendía unos cuantos, por adivinanza más que por inteligencia. La agonizante hizo suyo el Cuerpo de Cristo. Salimos de nuevo, en fúnebre procesión hacia la iglesia. Ya no la acompañé. Regresé a la casa de doña Carmencita en pos de su desgarradora muerte. No tuve tiempo de observarla. Cuando llegué, la paz más absoluta se exten-

día sobre sus rasgos. Había muerto con la Eucaristía, sierva de Dios para siempre.

Me santigüé lleno de susto. Hube de caer de rodillas. Ya no recordaba los gritos y maldiciones de esa boca semiabierta en inolvidable mueca. La cerraron piadosas manos con una especie de bozal, y luego cubrieron el cuerpo con una sábana. No pude soportar el espectáculo. Tía Felisa, que adivinó, como siempre, mi intención, alcanzó a gritarme:

—Espera, espera, que voy contigo.

No la esperé.

Llegué a casa demudado. Mi abuela, rosario en mano, entendió mi cuita y me dejó pasar sin preguntarme nada. El abuelo aguardó a que me serenase:

—¿Murió Carmencita?

—Sí, tata. Comulgó y quedó muerta.

—Dios la reciba en su gloria; que su alma tenga la dicha que no logró sobre la tierra —comentó mi tía Zoila.

El abuelo dejó caer la mano sobre mi cabeza y suavemente me condujo hasta mi cuarto.

La luna iluminaba el ficus del traspatio, proyectando extrañas figuras. No obstante que era diciembre, sentí un helado viento traspasándome las espaldas. El corazón me dio un brinco. Una extraña sensación de náuseas me sacudió las entrañas. Y solté el llanto, al par que, de bruces sobre la cama, me agarré de los pilares del catre, trémulo de sollozos y bascas, como si estuviera dando a luz; sí, como si estuviera pariendo yo mismo a un hombre nuevo, un

hombre que, desde entonces, empezó a comprender la miseria humana y la dimensión inabarcable del dolor.

IX . BEATITUD

No hubo frente ni costado por donde Casilda pudiese lamentar la muerte de doña Carmencita. Aparte de las naturales razones de vieja rivalidad y sempiterno remordimiento, hubo otros motivos confluientes, emanados de aquel deceso, sin los cuales acaso nunca hubiera sido Casilda tan feliz como desde entonces principió a serlo. La verdad es que, si alguien se lo hubiese predicho, lo habría rechazado tajantemente. Porque don Fernando podía ser lo que quisieran —hipócrita, mendaz, tragalón, codicioso; pero ¿beato?, eso sí que no. Tenía muy adentro el orgullo intelectual de ser medio ateo, lo que manejaba con donosura y pulcritud, como dama experta en abanicarse bajo araña de veinticinco velas. Sin embargo, no bien hubo descansado para siempre doña Carmencita en su nicho perpetuo, don Fernando, que, después de terminadas las ceremonias, acudió al cementerio con un fragante ramo de margaritas, cayó en algo así como una letal melancolía, punteada de profundos suspiros, pesados insomnios, incomprensibles mascullaciones y, al cabo de todo eso, diola en consultar extraños libracos, se le vio sobre el velador *La imitación de Cristo* y, una tarde, ante la sorpresa de todos, anunció que al día siguiente tendría de comensal al Padre Pérez, quien había de conversar con la familia entera sobre fundamentales asuntos

del espíritu.

El Padre Pérez entró muy orondo en el comedor, donde humeaba una enorme fuente de sancochado, ornada de choclos, tachonada de garbanzos, hirviente de coles redondas como corolas, ostentando blancas yucas, dorados camotes que rejumaban miel, mórbidas papas y succulentas tajadas de carne de vaca con ribetes de tostada grasa.

Casildita ensayó una venia, lo más modesta que le fue posible.

Don Fernando garraspeó la presentación:

—El Padre Pérez, Casilda... Mi futura esposa, Padre.

A Casilda estuvo a punto de quebrársele la mandíbula ante semejante introito.

—Para servir a su Paternidad.

—¡Dios te bendiga, hija!

Así fue como Casildita supo que el magnífico don Fernando de Mederos había decidido unir su destino sacramentalmente al suyo.

A los tres meses, llenados los densos trámites curialescos, empezaron a correrse las amonestaciones. No faltó nadie de la familia a la misa dominical. Y fue un escozor de emociones el que sacudió a doña Casilda cuando, muy rebozada en su mantilla de encaje —obsequio de Eugenia de Montijo a la finada doña Carmencita—, escuchó leer desde el púlpito la primera proclama, por que si alguien tenía que alegar algo contra el compromiso de don Fernando con ella, se apresurase a hacerlo. El corazón le dio un

vuelco, la sangre se le heló en las venas. Si alguien dijera que... Pero, no. Ya no había impedimento. Con la muerte de doña Carmencita, había desaparecido todo obstáculo legal y canónico para su casorio. Otra vez se le empurpuraron las mejillas. Hincó los dedos en el brazo de don Fernando que, aquella mañana, después de muchos años, había accedido a asistir a la misa por saberse allí personaje importante, al menos tal domingo.

Se casaron. Sin mayor pompa. Una boda de esas en que suelen officiar de pajes de sus padres hijos demasiado crecidos, resulta una especie de sepelio en el que los herederos tuvieran ya hecho el reparto de la heredad del fallecido. Magra noche de bodas. Flaco lunario de miel. Parecía como que por los rincones anduviera, ahora más presente que en vida, doña Carmencita de Venado, esgrimiendo amenazadora su dedo sarmentoso, ululando cosas terribles con su voz rajada, llena de odio, imagen viva de la conciencia herida y arriscada. A don Fernando, amante de los libros y las citas clásicas, aquello le hacía evocar el espectro de Banko. Mas semejante recuerdo no servía para tranquilizar a doña Casilda, quien pasó su primera noche de esposa legal con las orejas tapadas, temblando de miedo en una pesadilla interminable: "Que así castiga Dios a sus criaturas cuando tuercen el camino de la verdad y de la luz, Amén."

Lo grave no fue el susto de doña Casilda de Mederos —se había hecho imprimir tarjetas con este rótulo muy anticipadamente—, sino la cavilación en

que entró don Fernando. Porque a él también fue a "jalarle las patas" el ánima de doña Carmencita. Y se "las jaló" tan de veras que, en adelante, el ilustre escritor buscó unos librotos raros, más de espiritismo que de historia, y se lio en un porfiado diálogo con Allan Kardec, Annie Besant y Madame Blavatski; mezcló en sus conversaciones insólitas parrafadas sobre el cuerpo astral y los desdoblamientos psíquicos, a punto de que doña Casilda cogió alarma y empezó a dudar del equilibrio mental de su amantísimo y moralizante esposo.

—Fernando, déjate de zonceras... ¡los espíritus no regresan! —¿Qué sabes tú de eso? —rezongaba áspero el hombre—. Y ¿quién, si no, te hizo sudar frío la noche de nuestra boda?; y ¿quién te cambió de sitio la camisa la otra mañana? Y ¿quién me apaga la vela cuando leo? Y ¿por qué ladra el perro a cada rato, y aúlla apenas cerramos la puerta? Y ¿quién persigue al gato negro en el dormitorio y le hace dar saltos mortales? Contesta, contesta.

—Pero, Fernando —aclaraba Casilda, llena de buen sentido—, todos los perros del mundo aúllan; todos los gatos se ponen nerviosos y hacen cabriolas; ¿a quién no se le ha apagado la vela alguna vez? El viento...

—No había viento...

—No lo sentirías; habrías encendido mal...

—Encendía bien.

—¿Quién, pues, se entretiene en molestarnos?

Don Fernando abrió mucho los ojos; abrió también

la boca para empezar a decir, pero se arrepintió en el camino y resopló un hosco "Hum" que dejó lela a Casilda, para quien el amado esposo estaba resultando un' ser incomprensible.

Lo peor fue que, contra sus más inveteradas costumbres, don Fernando empezó a salir de noche. ¿Andaría de picos pardos el señor novio? Poco admisible. Al menos los síntomas físicos indicaban que su sobriedad erótica no había sufrido alteración. Cumplía con sus deberes matrimoniales y profesionales sin mengua. No olía a alcohol. Su presupuesto andaba regularmente. ¿Gastos? No. ¿Desgaste? Tampoco. ¿Liviandades? Increíble. Pero don Fernando salía a las ocho de la noche y regresaba a las once, por lo menos dos veces a la semana. El carácter se le iba poniendo tenebroso. Hablaba menos. Y miraba a Casilda y a sus hijos con aire de enemistad.

—Puesto que te empeñas, lo sabrás —bramó cierto día don Fernando—: Asisto a las sesiones de espiritismo que se realizan en la casa del doctor Almendro, vocal de la Corte Suprema de Justicia.

—Por muy vocal que sea, es un viejo chiflado —gritó doña Casilda.

¡A qué lo dijo! Irguió cuanto pudo su modesta estatura el ilustre don Fernando, midió de arriba abajo y de abajo arriba a su cónyuge, y blandiendo los brazos como banderas, la espetó un discurso:

—Con que es un tonto el prestigioso doctor Almendro. ¡Mujer estúpida! ¿Cómo vas a entender los mis-

terios de la metapsíquica, de la trasmigración, de la alta vida espiritual? Si supieras... Pues allá concurren también el general Llosa, que es un sabio: el doctor Venegas, apoderado de don Juan Carlos de los Pinos, honra del foro; el banquero Carbajal; y yo, sí, que no soy un memo, yo, don Fernando de Mederos...

Casilda pensó refugiarse en su cuarto, pero prefirió encarar el chubasco.

—Y ¿qué me cuentas con eso, Fernando? Quiere decir que todos ustedes son unos viejos mentecatos. Tú te has vuelto idiota. No lo eras. No me habría casado contigo, no, nunca, con un espiritista, CON UN ESPIRITISTA... ¡Dios condena eso, Dios lo condena..!

Don Fernando se la quedó mirando. Nunca fue más despectivo. Hizo un esfuerzo por contestar, y ya abría la boca, cuando la sirvienta anunció:

—Señor, lo busca un joven: dice que se llama Carlos...

—¡Ah! —barbotó don Fernando—, que pase.

Doña Casilda vio entrar a un jovenzuelo magro, trigüeño, de ojos ardientes, boca ratonil. Daba con ambas manos vueltas al ala de su sombrero. Hizo una venia. Detalles notorios: cabellera revuelta, tacones gastados, vestido flamante, una sortija con un ópalo en el anular izquierdo.

—Y ¿ese tipo...?

—Calle, ignorante —repuso don Fernando—: es Carlos, nuestro médium. Un muchacho estupendo.

Está en contacto con el más allá y entra en trance como nadie.

Casilda soltó una risa conejil:

—Ah, ajá, ¿éste es el que los estafa? ¡Qué tipo...! Y tú, a tu edad, dejándote engañar por ese mequetrefe... Seguro que en él se ha aparecido tu amada costilla. Doña Carmen y Carlitos: qué linda combinación. Anda, idiota, anda con tu médium, anda a invocar a tu mujer, pero no aquí, eso sí que no: los espíritus traen mala suerte: *salan*...

Si no hubiera sido por la presencia de Carlos en la pieza vecina, don Fernando habría descargado su furia, en forma de sonora bofetada, sobre las encarnadas mejillas de Casilda. Hizo un gesto de inmenso desdén. La miró con frialdad digna de un dramón de Echegaray, y, sacudiéndose rabiosamente las solapas, entró en la sala, tirando la puerta a sus espaldas.

Doña Casilda hizo con ambas manos un ademán insultante, sacó la lengua en dirección de la sala, y empezó a dar de chillidos para desfogar su ira:

—Asunción, negra del diablo, Asunción, negra china, ¿por qué no has barrido la escalera? Te voy a arrancar las mechas... No me conoces, mojina pestífera, vas a ver, vas a ver...

Así se coló el espiritismo en casa de don Fernando, y ése fue el estreno de Carlos en la magnífica mansión. No pudo saberlo éste, pues los espesos muros y las gruesas puertas amortecieron cortésmente las no transcribibles palabras que siguió profiriendo la dulce esposa del ilustre historiador.

X. ASÍ SE ESCRIBE LA HISTORIA

Desde que Carlos, el médium, penetró en la casa de don Fernando, no hubo ya paz. Casilda no entendió al principio de qué se trataba. Cuando empezó a darse cuenta, le corrieron culebritas por el cuerpo, venteanado un escándalo de vuelo. ¿De dónde habrían sacado a ese maldito?

Se acercaba la fecha en que don Fernando se había comprometido a entregar, listos para la imprenta, los documentos acerca del Prócer Benalcázar, cuya efemérides estaba *ad portas*; había reunido ciertamente un material formidable. Entre sus papeles figuraban hasta las listas de lavandería de la esposa del héroe, dato de gran importancia, pues servía para darse cuenta del concepto de la higiene, el costo del lavado, la calidad de la ropa, etc., todo ello vital para conocer el espíritu de aquel siglo. ¡*Oh la petite histoire!*, solía decir don Fernando acariciándose el bigote.

El trabajo mancomunado de la hueste historiadora progresaba rápidamente, hasta que una noche ocurrió algo trascendental. Carlos, Carlitos, según ya le decían, el médium, hizo una pregunta inocente a don Fernando.

—Doctor Mederos, ¿por qué no consulta usted al espíritu de Benalcázar? Le aclararía las dudas que tiene usted sobre alguna palabra de sus mensajes.

Él debe conocer su propia letra mejor que nadie...
¿No le parece?

Don Fernando detuvo la marcha. Respiró hondo. Se pegó una palmada en la frente. Tornó a respirar fuerte, sacó el labio inferior como una jeta. En seguida volvióse hacia Carlitos. Se lo quedó mirando ojo a ojo... Dijo: —¡Una luminosa idea..! ¡Una formidable idea..! Voy a contársela al doctor Almendro y al general Llosa, que son hombres de confianza y conciencia. Su opinión es necesaria. Sin duda dirán que sí. Vamos a tener sesiones brillantísimas... ¡Albricias, Carlos..! Eres un muchacho muy aprovechado, sí, muy aprovechado.

Esa noche se reunieron los tres graves señores. Fue una charla copiosa y entusiasta.

—Carlitos, venga usted... Le necesitamos —asomó diciendo don Fernando.

Carlitos, que bostezaba en una silla, apenas pudo ocultar la sonrisa de triunfo y se precipitó dando saltitos hacia donde le llamaba la voz egregia.

Poco después empezaron las grandes sesiones de consulta espíritu-histórica con el Prócer Benalcázar y sus amigos, a fin de confirmar o rectificar el contenido de sus propias cartas y discursos. La historia había encontrado un nuevo sentido, una nueva dimensión, un nuevo instrumento. Los testimonios dejaban de ser letra muerta, para convertirse en palabra viva de actores nuestros: así, así se escribía la historia.

Primero fue la solución de una levísima duda. En

una de las cartas de Doña Josefina Bracamonte al Prócer Benalcázar había un manchón de tinta que no permitía leer con claridad si decía "la hoz de los siglos", "la boz (¡esa ortografía, niño!) de los siglos", o "la coz de los siglos". Grave problema histórico. Gran responsabilidad. Se reunieron los tres doctores especialistas en el más allá, rodeando a Carlitos, el cual, previamente dormido, entró en trance, y, como el espíritu quisiera manifestarse no más que a base de toques, le fueron preguntando con resultado cada vez negativo. Insistieron, y al fin, gracias a un acertado esguince del general Llosa, que descubrió la fórmula adecuada, el espíritu dio el consabido toque afirmativo cuando le preguntaron si el Prócer había querido decir "la hez de los siglos". El párrafo no cuadraba muy bien con esa interpretación, pero, ¡qué diablos...! Cada uno es dueño de decir lo que quiere y los demás de pensar lo que les viene en gana, y ya que el Prócer Benalcázar se había dignado interrumpir su ya no eterno sueño para tan menudo asunto, lo menos que se podía hacer, en aras a la cortesía trasmúndica, era tener por buena su *corrigenda* y ponerse a interpretarla de algún modo plausible.

La segunda consulta fue más importante. No se sabía bien si en cierta oportunidad en que el Prócer había descendido de su cabalgadura, a las puertas de la hacienda La Tina, a echarse entre pecho y espalda un piscolabis, no se sabía bien si tan importante suceso —el piscolabis de La Tina— se produjo

a las 7 a.m. o a las 7 p.m. Y claro, como tan trascendentes circunstancias ejercen singular influencia en la suerte de los pueblos, los historiadores y espiritistas no pudieron eludir la consulta al propio autor del relato. La sesión aquélla fue larga e infructuosa. Por más que a Carlitos le dieron vueltas y revueltas, no contestaba de ningún modo. Por fin logró comunicarse con una coima del Prócer Benalcázar, tal vez la causante de aquella parada en La Tina, la cual coima expresó su decidida voluntad de responder, pero, llegado el caso, dio respuestas afirmativas a las diversas horas, tanto a las a.m. como a las p.m., de donde los consultantes sacaron la conclusión de que lo mejor era tarjar el dato, pues el Prócer se avergonzaba de la parada aquella y prefería que no se la apuntasen en su libreta de servicios. Llenos de majestad, no exenta de alguna rabia, los señores asistentes a la sesión espiritista, con don Fernando a la cabeza, suprimieron de las "Memorias" del Prócer todo el párrafo referente a La Tina, no obstante de que ahí se mencionaba a ciertos personajes de notoria importancia mezclados a tales sucesos.

Entrados ya por las veredas de las consultas a confianza, y realizada la tarjadura por inspiración ultramúndica, Carlitos se vio compelido a trabajar como un demonio, verdad que mediante largas propinas, decretadas por los espíritus, propinas que él gastaba alegremente, después de los desvaríos, en compañía de cierta mulatica llamada Águeda, menos renuente que los espíritus y mucho más tangible,

desde luego. Y como Águeda quería cada vez mejor trato y mayores regalos, y hasta asomó, de su vientre, un vástago llamado Carlitos María, fue preciso tomar una decisión: una de dos, o Carlitos, el padre, abandonaba su oficio de Correo Mayor del difunto Prócer Benalcázar, o debería obligar al Prócer a ser más locuaz y prolongar otro tanto las reuniones. Como este último partido fue más del agrado del ánima procérica, Carlitos se dio maña para que las consultas prosperasen. Don Fernando, merced a la influencia de Carlitos y el general Llosa, gran devoto del espiritismo, decidió consultar su documentada obra y los anexos, página a página, con los espíritus contemporáneos de los acontecimientos a que se referían. Así fue cómo, noche a noche, entre los gritos y maldiciones de doña Casilda, y los rugidos de don Fernando, durante dos años se puso a consideración del Más Allá, reunido en visible asamblea, una valiosa colección de papeles del Más Acá, tocantes a acontecimientos de una gloriosa época de la nación.

El resultado, según se adivina, tuvo que ser una enmienda general de los papeles. Los sabios se pasaban los días en debates y tarjaduras. Las mecanógrafas copiaban y volvían a copiar los documentos. El médium los consultaba a sus lejanos autores, y volvía a corregir. Y esto va y eso viene, el hecho es que, de pronto, cayeron en la cuenta de que nadie en el mundo podría superar tan esforzada historia, puesto que, basada en documentos inéditos y autenticados

por las ánimas, había adquirido redoblada autenticidad al ser confrontados los textos con la voz de sus autores, traídos de Ultratumba por las artes sobrenaturales de Carlitos y la credulidad ejemplar de aquella gavilla de Allan Kardecos criollos.

Doña Casilda no era tonta ni perezosa. Había calado ya las farfuleerías del magro Carlitos, pero no le sirvió de nada, en vano quiso prevenir a don Fernando. Éste rechazó toda aquella suspicacia con aire senatorial.

—¡No son cosas de mujeres! No las entiendes. ¡No las entenderás! ¡Lo mejor es que te calles!

—Lo que no entiendes, viejo idiota —masculló Casilda—, es que te están sacando las pesetas y poniendo en ridículo.

Después de aquel diálogo Casilda cambió de tácticas y se lanzó a enredar a Carlitos, para oponerse a sus resultas.

La escena no pudo ser más elocuente y concreta. Doña Casilda abordó a Carlitos:

—Oiga, Carlitos, me han dicho esto y aquello (aquí un relato circunstanciado de peripecias privadas del médium). He hablado con su amiga Águeda y me ha contado que (otro relato largo y escabroso). Yo no diré nada de esto a mi marido, pero creo que podemos entrar en sociedad, y de esa manera usted tendrá mayor clientela, trabajará más horas y yo iré a medias con usted de las ganancias porque le enviaré clientela de esa que paga.

Carlitos tuvo que decir que sí. Casilda estaba ofuscada. Pero, esa noche, cuando, como de ordinario, se invocaba al Prócer Benalcázar, Carlitos dio un tremendo alarido y empezó a castañetear los dientes y temblar como un azogue:

—¿Qué será? —preguntó el doctor Almendro.

—¡Que hable el espíritu! —ordenó el general Llosa.

—¡Pst, Pst! —articuló don Fernando.

Carlitos empezó a decir cosas incoherentes. De pronto se volvió más concreto. “Una mujer llamada Carmen quiere conversar con alguien aquí presente”... Para que la reconocieran debía decirle que él tenía un verdugón bajo la tetilla izquierda, y ella unas barbas rubias bajo el mentón y que... Don Fernando pegó un salto: “La conozco”, murmuró. Entonces el espíritu llamado Carmen, es decir de doña Carmencita de Venado de Mederos, la difunta, empezó a escribir con letra idéntica a la que empleó en vida, letra que Carlitos había estudiado concienzudamente en cartas personales a don Fernando, empezó a escribir un mensaje a su consolado viudo.

—“¡Desconfía de Casilda..! No son celos, es que tiene mala índole. Quiere corromper a Carlitos y éste se resiste. No dejes que Casilda vea tus papeles. Que no trate a Carlitos. Le va a calumniar. Si lo hace, los espíritus no volveremos. El Prócer Benalcázar me encarga decirte que no hablará más con ustedes.”

Carlitos dio un bufido y cayó rígido al suelo,

echando suave baba por las comisuras de los labios.

Lo despertaron como pudieron:

—¿Qué ha pasado? —preguntó el muy bellaco.

Apenas le hicieron caso. Don Fernando volvió a su casa con el ceño amarrado. Casilda no le oyó decir palabra en siete días. Carlitos no puso los pies en la casa nuevamente. Y así fue como el Prócer Benalcázar siguió corrigiendo por sí solo y desde la tumba sus cartas de cien años antes, Carlitos, cobrando íntegramente lo que él llamaba sus emolumentos, y Casilda, emperrada, se vio restringida en sus gastos, maltratada por su esposo y sobre todo llena de desconcierto ante la actitud remisa y hasta agresiva de todos cuantos hasta ahí la trataron como reina y señora de su ilustre marido y eminentísimo historiador, el cual no acababa de regodearse de haber descubierto un método tan nuevo y eficaz para escribir la historia.

XI. COMPLICACIONES

Todo lo que llevo relatado en los dos últimos capítulos, me fue entonces referido por tercera persona; el resto lo supe mucho después.

Hasta que murió doña Carmencita, mantuvimos, aunque malhumoradas, relaciones corteses con don Fernando. Por angas o por mangas, nuestras familias se veían y trataban. Bien porque tía Felisa, muy dada a la cordialidad doméstica, jamás interrumpió el trato con nadie; bien porque don Fernando temiera las confidencias de doña Carmencita; bien porque Casilda quería parecer gran señora con quienes conocían tan de cerca los mil y un trapicheos de su (después) esposo, lo cierto es que todo cuanto acontecía allá en la pomposa mansión, repercutía en la modestísima nuestra y viceversa.

Había ocurrido, por otra parte, que mi abuelo, quien era el lazo vivo con los demás parientes, murió poco después de que doña Carmencita se nos marchara de la vida. Don Fernando cometió el increíble error de no presentarse a las exequias, lo cual le enajenó la ojeriza de mi casa hasta extremos deplorables. Mi abuelo había sido un hombre servicial y bonachón, todo miel y tolerancia, en quien nunca anidaron el rencor ni la malignidad. En los peores momentos de la vida conyugal de don Fernando, éste pudo confiar en la benevolencia del viejo. A la

ausencia del historiador en el sepelio, no la quisieron olvidar en casa. Tía Felisa, estoy seguro, habría dado años de su vida por resucitar a doña Carmencita y usarla como un ariete apestoso y ululante contra doña Casilda, a quien culpaba de todo cuanto de malo hiciera su esposo.

No tardó, por otra parte, en morir tía Felisa. La atormentaba, de años atrás, un tumor en el vientre, tumor que nadie sospechó pudiera ser maligno, hasta que reventó una tarde, desde la cual la infeliz no acertó a tener día bueno, sino que cada vez fue de mal en peor hasta que no halló otra salida que la muerte.

Para aquel tiempo, ya don Fernando andaba en poder de los espíritus; el ánimo de doña Carmencita torturaba al cuerpo de doña Casilda; Carlitos había firmado su lucrativa alianza con el espíritu del Prócer Benalcázar, y el general Llosa, olvidado de la milicia, se encarnizaba a tajos y mandobles con los generales fallecidos, héroes de campañas de otro tiempo, menos peligrosos que los de carne viva.

Por todas estas razones, no pude saber lo que había en el fondo de todo aquel enredo, ni cómo el "astuto" don Fernando fue a parar a las uñas del desaprensivo don Venancio Corpancho, documentista eximio, y en las de Felipito, aristocrático amateur de la historia, capaz de robarle los huevos al águila y que ésta le quedara agradecida.

Sin este par de tipos, quizá don Fernando habría resistido las artes de Carlitos, vencido las ambiciones

de Casilda y encarado con éxito su propio destino. Tal vez, el espiritismo y la beatería se hubiesen dejado poner a raya; mas el hombre propone y don Venancio y Felipito disponen, con lo que don Fernando se descompuso. Pero sigamos en orden, seamos metódicos.

Las cosas ocurrieron del siguiente modo: Yo no lo supe sino dos años después, pero debo intercalar aquí el relato para no forzar la imaginación propia ni a la ajena.

Don Venancio Corpancho, a quien sólo conocí cuando él estaba entrando en edad, era un joven estudioso de las antigüedades patrias. No era un azor: de muy discutible vuelo, incuestionable curiosidad, ganoso de dar siempre el *do* de pecho en materia de recónditas averiguaciones, de suerte que le escocía el prurito de descubrir y ofrecer documentos desconocidos, vinieran de donde vinieran. Luego cargaba con ellos de cualquier modo para formar una colección propia y sin par. Como los archivos en aquel tiempo constituían más bien almacenes de pergaminos y papelotes amarillentos, sin clasificación alguna, quienes entre ellos se aventuraban solían hacer excelente cosecha. Si honrados, dejaban las cosas como estaban para que quien viniera atrás se las llevase; si ligeros de manos, apelaban a la faltriquera voraz de sus chaquetas y gabanes, donde ocultaban el fruto de su curiosidad patriótica, el cual a veces era dado a la publicidad, en beneficio propio, y otras,

era vendido a alguna biblioteca extranjera, en donde les pagaban más o menos de acuerdo con el valor del papelote y la limpieza del procedimiento.

Don Venancio había coleccionado así un cardumen de documentos, muchos de ellos relacionados con el Prócer Benalcázar, por lo que, no bien tuvo la certeza de que el Estado ayudaría la obra de nuestro don Fernando, se presentó en la oficina de éste y le ofreció un contrato de asociación, en que él, el doctor Corpancho, tendría una buena tajada, proporcional al aporte documentista que iba a hacer. Además, Corpancho era hombre ducho en mil otros achaques administrativos e imprenteros, y tenía cierto valimiento político, cualidades en que el ilustre Mederos no era muy opulento.

Por medio de don Venancio es que don Fernando se puso en contacto con Felipito Madrid, gentilhombre de vieja prosapia, doctor de la Universidad de San Marcos, caballere te atildado, impetuoso, ágil, de mucha labia y poca paciencia, decidido a hacerse fama de intelectual a cualquier precio, catedrático *a fortiori* de una asignatura que iba a aprender con sus alumnos, y para la que, sin duda, le serviría de mucho verse asociado al prestigioso don Fernando de Mederos, y contar con la colaboración de don Venancio, siempre tan asiduo, fecundioso y bienquisto con el gobierno de turno.

A iniciativa de don Venancio se realizó una reunión en casa de don Fernando. Los tres (siempre hubo tres en toda sociedad para realizar algo sen-

sacional en el Perú, desde la de Pizarro, Almagro y Luque), los tres decidieron sacar adelante la empresa, pero a ninguno reveló don Fernando el nuevo método científico que, en conchabo con Carlitos, estaba aplicando a la historia de Benalcázar. Pensó que Felipito no lo aprobaría y que el vivaracho y socarrón de Corpancho lo apoyase de palabra, pero no de espíritu, es decir, que incurriera en una especie de simonía vejatoria para él, don Fernando, y le extrajese algunos soles.

Casilda se alegró en lo más íntimo de su corazón de las relaciones con Felipito Madrid, que la ponían en inminencia de tener amigas distinguidas en la peripuesta familia de don Felipe Madrid; o por lo menos, podría llenarse la boca ante las relaciones caseras, diciendo: "El socio de mi esposo, Madrid, ustedes saben, Felipito, íntimo amigo nuestro..." Tal contacto equivalía a una eficaz tarjeta de recomendación. Casilda siempre supo lo que hacía. Ella no había echado en saco roto cierta anécdota que achacaban a un ex presidente del Perú, muy chapado a lo virreinal, hombre de cuello duro y paso militar, aunque civil de moña y calva.

La anécdota era ésta:

El ex presidente aquél, entonces Presidente a secas, era de esos señores que saludan sólo cuando han soñado con angelitos, pero que, si necesitan ruibarbo o boldo, empiezan el tratamiento farmacéutico suprimiendo el saludo a todo Dios con quien tropiezan, seguros de que nadie lo tomaría a mal por ser

ellos quienes son o eran gente de divino derecho. Un amigo del Mandatario quiso obtener algunas ventajas, pero, conociendo el flaco de su potencial protector, acudió a él para decirle llanamente: —Oye, José: te vengo a pedir un gran servicio. Estoy mal, tú me puedes ayudar. No me des nada, bastará con que mañana cuando, a medio día, pases por el Centro camino de tu casa, me saludes con afecto, llamándome con mi nombre de pila; ojalá te detengas tres segundos para preguntarme por mi salud; y si me palmeas el hombro sería estupendo. Nada más. Yo estaré frente a la fotografía de Courret”. Dicho y hecho. Se hizo como estaba acordado: nombre de pila, palmada al hombro, sonrisa. Apenas se hubo alejado el Presidente, al ritmo isocrono de sus marciales tacones, los *habitués* del Centro rodeaban al amigo, llenos de envidia, presumiendo su influencia ante el gobierno: y cuando, por la tarde, acudió a un banco a solicitar un crédito, ya el Gerente sabía lo sucedido y no hubo obstáculo para acordarle el triple de lo que dos semanas antes le habían negado secamente.

Virtudes de un saludo presidencial.

Casilda, conocedora del episodio, se dijo para su colete: “ésta es la mía: el doctor Madrid nos va a servir con solo prestarnos su nombre”, y convenció a don Fernando para que aceptase la partida. El único que no andaba muy bien en sus cabales era Carlitos. Algo le indicaba al fantasioso médium que las cosas podían cambiar, por lo que resolvió acele-

rar sus consultas con el Más Allá y ponerse a buen recaudo, valiéndose, precisamente, del doctor Madrid.

Tía Felisa, que conocía muy bien a don Fernando, cayó por aquellos días en cama con la enfermedad que le robó la vida. Eso me dio ocasión de estar muy cerca de ella y de conversar largamente. Hacía años que no cambiábamos tan familiares impresiones. Una de ellas, acerca de don Fernando. Tía Felisa no le perdonaba (yo tampoco) su desatención cuando murió el abuelo. Conocíamos de cerca el egoísmo y las impurezas de tan famoso varón. Pero aquel desaire, era excesivo.

—Ese negocio de los documentos debe tener gato encerrado —me dijo la tía—. Por ahí anda metido el Carlitos ése, que es un truhán de siete suelas. Fernando parece muy listo, pero se ha vuelto ahora bobo con el espiritismo y además me dicen que se ha vuelto beato. Es muy capaz de conciliar a Dios y el diablo. Yo sé que va a oír misa diariamente en La Merced y que comulga los primeros Viernes. No sé si se confesará sus sesiones de espiritismo, que están prohibidas por la Iglesia, pero él tiene su Evangelio particular. Casilda, ésa sí, ésa es un demonio y sabe las de Quico y Caco. Estoy segura de que es ella quien le ha metido la Iglesia por los ojos, para dominarlo por el terror, ya que de la fe de Fernando dudo mucho. El miedo, sí, el miedo será capaz de vencerlo.

No diré que estas palabras derribaron a don Fernando del pedestal en que yo le tenía, porque ya

estaba derribado, tiempo atrás. Mas sí se me hizo luz en el cerebro, respecto a su modo de ser, y entendí mejor muchas cosas, que sólo ahora veo con claridad.

Por lo pronto, la asociación para hacer la historia del Prócer Benalcázar adquiriría perfiles insólitos: don Fernando de Mederos, ex ateo, neocatólico y espiritista; el doctor Venancio Corpancho, agnóstico, hombre de ligera mano, ligera grupa y más ligera conciencia; y el doctor Felipe Madrid, vanidoso, hueco, arrogante, apuesto e influyente, capaz de escribir sobre las bodas de Aldebarán con tal de llamar la atención del público. El cuarto socio, Carlitos, en realidad se había convertido en el propio objeto del libro; secretario *alter ego* de Benalcázar —a los cien años de la muerte de éste— no figuraba en la escritura, pero escribía lo que los demás decían. Fisgón y zahorí como era, andaba ahora escamado. Cada vez que el general Llosa le urgía a que presentase nuevas correcciones a los insignes documentos se resistía alegando que los espíritus no tenían nada que agregar, o se negaba a presentarse. El doctor Almendro, desolado, empezaba a creer que la historia iba a ser poco novedosa. Don Fernando ponía una vela a San Roque para que los espíritus acudiesen a las citas de Carlitos, y otra a San Antonio para que Dios le perdonara sus abusos de confianza con San Roque, y una a Santa Rita para que hiciera lo imposible.

Como así también suele escribirse la historia...

dorada, es decir el santoril, y don Fernando lo sabía muy bien, todo parecía tabulado, como dicen los menos sabios, para producir un fruto insólito.

XII. DRAMATIS PERSONAE

Hemos hablado con latitud y porfía, pero sin puntualidad, de un personaje fundamental en este relato, el menos ficticio de cuantos se conocen, aunque lo parezca, y el más fantástico por serlo así. Un personaje obsesionante y hasta aquí incorpóreo, decisivo a causa de la gravitación de sus actos y omisiones en toda la aventura. Conviene, pues, definir los contornos físicos y los alcances morales y políticos de tan autocontrovertido ser.

Desde luego, se trata del Prócer Benalcázar. Del sutil y terrible Benalcázar; pero, antes de hacer la descripción de su persona, debemos adelantar algo sobre otro héroe cuya vida se mezcla en esta trama, crónica verdadera de un equívoco trascendental: nos referimos al general Sanmillán. Trataremos de salir de la ineludible exigencia, a base de categorías, con el menor lastre informativo posible. Diciendo las cosas como quien cuenta las travesuras del nieto o las marrullerías del abuelo hippy. Mejor, lo segundo, dadas las antañosas circunstancias.

Benalcázar había nacido en Orolandia, a fines del siglo XVIII, o comienzos del XIX, que da lo mismo, ya que ni los oficiales de los censos contemporáneos conocen a certitud los natalicios de sus víctimas. Provenía de una familia de mucho trajín y no poco dinero. Cuando miraba hacia atrás, Benalcázar,

que era pequeñín, ágil, travieso, soberbio y audaz, no podía ocultar un calosfrío. Vivir para sí, es siempre responsabilidad seria, pero vivir para las glorias de ayer, es mucho peor. A Benalcázar le agobiaban cinco antepasados ilustres, de padre a chozno, y un par de abuelas que parecían machos por lo recias, decididas y tajantes: y princesas de Perrault por lo delicadas.

Claro que, desde niño, lo dedicaron a hombre genial, y él se las arregló para no defraudar tal esperanza. Diz que, siendo chiquilín, se las lio a trompada limpia con el hijo del Zar de Cantalia, con quien disputaba una partida de "corre que te agarro". Además era enamoradizo como palomo en celo. Se las pasaba zureando a las niñitas, atrayéndolas con el embeleco de sus finas palabras y tremendas miradotas, con que asaeteaba hasta a su nodriza.

Tuvo de maestros a una estatua y a una ardilla; es decir, a un hombre quieto y a uno inasible.

Pero, eso sí, Benalcázar poseía un empaque ejemplar. De ahí que pronto, apenas le nacieron plumones, los imaginaba alas, y se lanzó por ese mundo de Dios en viaje de conocimiento, que nadie desmentiría, ni los libros ni los caminos, ni las niñas. Joven volcán cansó a la faltriquera de pedirle proezas, y se cansó a sí mismo de ejecutorias. Lo cierto es que desembocó en parisién y hubo casorio, y tuvo amoríos, y conoció a grandes hombres, y pronunció prematuros discursos, y se gastó un infierno de dinero, en menos de un lustro, cuando no alcanzaba los

veintidós. Era un predestinado de la fortuna y la *débauche* como se dice en las novelas del señor Paul Bourget, a quien claro no leyó, ni mucho menos adivinó. Por ese mismo tiempo, aunque no se conocieron entre sí, vivía el joven Fernando Sanmillán, nacido en Trapalandia, muchachote grueso, resistente, meditativo, altote, muy dado a rumiar su pensamiento y a organizar largas empresas, entre ellas, su propia conducta. Sanmillán no tenía dinero, pero estaba resuelto a abrirse paso a fuerza de coraje. Y mientras Benalcázar quemaba su inagotable tesoro de vitalidad, Sanmillán acendrababa, como en alcancía inquebrantable, el concentrado erario de su salud y sus propósitos.

Pero, perdón, lectores: estamos atentos a Benalcázar, principalmente. Después volveremos sobre el ilustre Sanmillán.

Los azares de la vida colocaron a Benalcázar en la ineludible obligación de pronunciarse por o contra sus paisanos. Ocurría que la Revolución Francesa había puesto en hervor muchos temperamentos jóvenes, y que varias naciones se decidían a romper su marasmo colonial para lanzarse por nuevos senderos. Se hablaba de Independencia, de Libertad, de Fraternidad, de Igualdad. Las palabras eran tan del gusto de Benalcázar que las proclamó como las cifras de su evangelio. Sanmillán hacía otro tanto, por su lado, pero con mayor cautela y sin tanto esplendor. No era la elocuencia su reino: rumiaba y hacía.

La suerte fue que Benalcázar se convirtió de la noche a la mañana en capitán de insurrectos. Bajo su mando desfilaron por rutas y valles y abismos y ríos y montes y llanos, heterogéneas tropas de hombres en armas, resueltos a morir por una palabra sagrada: "Patria". Benalcázar no hurtó el cuerpo. Quien oyera hablar de Patria y Libertad, hubo de oír de él. Se identificó con sus principios. Se hizo el símbolo vivo de una idealidad. Fue un ideal *a la criolla*.

- Fueron muchos años de dispareja suerte. A veces en la cumbre, a veces en la sima. Alternó victorias y derrotas, júbilos y decepciones. Finalmente triunfó. En esos momentos, cuando todo el campo parecía ser de Benalcázar, brotando de su terco mutismo como un exabrupto, apareció en la lid el tozudo y honesto Sanmillán. Hacía lo que Benalcázar, mas desde otro extremo de su mundo; apoyaba la espalda en Trapalandia, mientras que Benalcázar la tenía al frente.

Fueron días amargos, de intensa expectativa, de batallas indecisas y cruentas. Benalcázar suplía todo con improvisaciones tan de poeta como de guerrero. Sanmillán avanzaba más lento, pero metódico y desinteresado, más político que soldado, preciso y cauto.

Diz que ambos pertenecían a un cenáculo o logia (Dios me libre de creer en diabólicas patrañas) y que ahí habían jurado ante una espada, bajo una escuadra, dentro de un compás, dar la vida por la razón, combatir por la igualdad de los hombres.

Eran hermanos sin conocerse. Y como todos los hermanos emprendedores, involuntarios rivales.

La marcha de los sucesos fue haciéndose más y más agitada y riesgosa. Llegó un momento en que nada podía progresar si los dos, Sanmillán y Benalcázar, no se ponían de acuerdo. Fue entonces cuando un capricho del Destino puso al uno cerca del otro. Se juntaron e intercambiaron planes y promesas, de que nadie supo nada, claro, por aquello de la espada, la escuadra y el compás.

Después, cada cual en su campo, los dos vencieron a plenitud, y según ocurre llegó para los dos la hora del olvido y la decepción. No sólo pervivieron sino que murieron. Pasaron físicamente, quedaron moralmente.

Al cabo de un siglo, renació el culto popular a los dos prohombres, ya convertidos, por el ardor de sus respectivos admiradores, en gigantescos e inconciliables adversarios.

Los que no habían disentido en vida, resultaban disintiendo *post mortem*: la fama suele determinar-lo así.

Con motivo de los aniversarios epónimos de cada cual, sendos grupos de estudiosos y de idólatras políticos trataban, a su turno, de reivindicar a su correspondiente héroe para dotar de abolengo a sus respectivas posiciones del presente. Al surgir la espiritista iniciativa de don Fernando de Mederos, su interés por Benalcázar y Sanmillán, y sus relaciones con el erudito Corpancho, subsistieron algunos pro-

blemas insolubles, agravados por la pasión de los hombres, la veleidad de las naciones y la contradicción de los escritos. Como sabemos, el grupo de eruditos trocados en espiritósofos invocantes del Más Allá, con don Fernando a la cabeza, cometió el desliz de dirigir una pregunta documentalmente aclaratoria al ánima del Prócer Benalcázar, la noche que éste tuvo la jugosa ocurrencia de hacerse presente en la espírita rueda invocadora, a cargo del inefable Carlitos.

Fue tanta la sorpresa de don Fernando, quien estaba convencido de que los muertos vuelven, y fueron tan desconcertantes las ratificaciones que a uno de sus propios documentos formuló, por medio del médium (digámoslo así), el Prócer, que los del círculo taumatúrgico no vacilaron en ponerse a reescribir las cartas, y como el problema más oculto, el más celado y celoso, era el de la misteriosa conversación entre Benalcázar y Sanmillán, resolvieron ultimar esfuerzos para que ambos desvelaran de una vez el secular secreto.

¡Lo que son las cosas! Carlitos García, el jactancioso médium, declaró después de no sé cuántas dormidas y una descarga de preguntas y golpes de pata de mesa, que Sanmillán permanecía mudo, lo que duplicó el crédito de que ya gozaba entre el corps spiritístico. En cambio Benalcázar se hizo presente, bravío, resuelto y locuaz.

Don Fernando murmuró: —¡Genio y figura hasta la sepultura!

Benalcázar le atajó a través de un turbión de golpes de pata de mesa y gruñidos de Carlitos: —El muerto será usted.

Don Fernando tembló de emoción, sintiendo que ése era un mensaje auténtico y transido, es decir en trance.

Y así empezó el reportaje, más que ultrasónico, en realidad ultramúndico, de Carlitos García al Prócer Benalcázar, acerca de la misteriosa entrevista que sostuviera en la frontera entre Orolandia y Trapalandia, un día de julio de 1800 y tantos, con el silencioso general Sanmillán.

La historia iba a decidir su futuro o sea a desvelar el pasado, gracias a tal hazaña de comunicación ultraterrena.

El Prócer Benalcázar, acerca de quien había reunido ya ochenta y seis volúmenes de variados documentos y papeles, debió estremecerse en su retiro al adivinar la tarea que de él esperaban.

Empezaron las preguntas. La mesa de tres patas dio una sonora patada. Don Fernando exhaló un grito. La patada le había despertado un viejo dolor, también pedestre. Mas ¿quién hace caso de una lesión física cuando nos espera una conquista espiritual tan significativa?

Desde esa noche, el médium Carlitos empezó a echar barriga; el Prócer Benalcázar a lanzar palabras, y don Fernando, monedas. Paritario reparto: "Una copia feliz del Edén".

XIII. EL HOMBRE PROPONE...

La vida tiene caprichos insospechables. Quien en ella fíe, puede estar seguro del fracaso. Los más firmes augurios caen de pronto por su base sin que nadie lo anuncie. Sin que nada lo presuma. Así ocurrió con Don Fernando. En nada puso mayor confianza que en la coparticipación de Corpancho y Madrid. Empero, ello fue la señal de partida de innumerables descalabros. Aquél, por su codicia y sus nerviosidades; éste, por su vanidad y angurria honorífica: ambos dieron al traste con la paciencia de Carlitos, lo cual produjo desaliento en el doctor Almendro y el general Llosa, y, como corolario, desilusión total en el grave señor de Mederos. La única ilesa, absolutamente intocada fue Casilda. De puro inconsciente y liviana, no se percató de lo que en realidad estaba aconteciendo. Cuando el asunto llegó a su fin, ya era tarde para lamentaciones. La muerte tiene un ritmo también irreprimible. Ella se interpuso en el camino de don Fernando y Compañía. Fue muy triste, pero así ocurrió y eso es bastante.

Habían convocado a una sesión solemne, con asistencia de Corpancho, dado también a los espíritus o a lo que fuese con tal de sacar adelante sus propósitos. El señor Madrid, de puro pacato, rechazó hasta la mera idea de cualquier contacto ultraterreno. Se reunieron, como de costumbre, en la oficina de don

Fernando. Carlitos llegó algo atrasado, cariacontecido, nervioso. Don Venancio atisbaba los manejos de los circunstantes.

—Verá usted, es algo formidable —le dijo al oído el general Llosa.

—¡Hum! —Comentó, muy poco elocuente, el ratonil Corpancho.

—De todo lo que yo he visto en la materia, nada se compara a lo que aquí sucede. Si usted hubiese oído cómo discutían, con qué sobriedad y conocimiento, los espíritus de Napoleón, Epaminondas, Benalcázar y Sarmiento... ¡Ya verá, ya verá! ¡Si el médium es de lujo! —dijo, por no quedarse atrás, el doctor Almendro.

Carlitos no daba pie en bola al responder a las indagatorias harto suspicaces de don Venancio.

Al fin, se apagaron las luces, se tomaron las últimas disposiciones y empezó la sesión. Carlitos no se ponía en trance. Se debatía en la silla, angustiado, sudoroso. Don Fernando no ocultaba su nerviosidad. ¿Qué ocurría con el acucioso y certero médium, héroe de tantas batallas hipnótico-documentales? Ni pensar en acuciarle. Los espíritus viven de su propio impulso: no olvidarlo, señores, no olvidarlo. Todos los ahí reunidos se sabían de memoria tales normas. Pero, el hecho es que esa noche Carlitos no hacía sino sudar y resudar, sin lograr la anhelada comunicación mediúmnica. En su silla, Madrid, esbozando una sonrisa, murmuró al fin.

—¿Debe haber aquí entre nosotros un hombre de

poca fe. . ? Sin duda yo.

Carlitos no supo jamás de dónde, pero le llovió un librote sobre la cabeza. Los asistentes comprendieron: ya se acercaba lo mágico, los espíritus. Iba a ser aquélla una buena batalla campal.

Carlitos se enderezó. Un ánima se había hecho presente. Entonces contestó la mesa con sus decidoras patas. Luego, Carlitos empuñó un lápiz. La manifestación astral sería escrita. Eso convenía más, porque Felipito, el agnóstico, se llevaría a casa la prueba fehaciente de lo acaecido.

Don Fernando miró a Corpancho. Éste, hundido en su asiento, no le quitaba el ojo a Carlitos. El general suspiró con alivio. Nada dijo, nada hizo el doctor Almendro. Reinaba profunda tensión. Pausa. Perplejidad. Pasaron largos minutos. Las patas de la mesa solían lanzar esporádicos mensajes, que Carlitos captaba al punto. Como quien empara una pelota de jai alai. Al fin de la sesión, se dieron a conocer los resultados, mediante el siguiente comunicado de guerra, firmado por el mismísimo Prócer Benalcázar:

—“Yo no reconozco como auténticos los documentos que no sean revisados por mí y corregidos de puño y letra por Carlitos García. . . . Los papeles que él tiene fueron muchas veces alterados por esos ladrones y (cortado por la censura) de mis secretarios. Soy el único que puede saberlo y decidirlo. En consecuencia, cualquier carta, acta, decreto, memoria o documento que lleve mi firma o que se haya firmado

en mi nombre, no debe ser tenido por íntegro y auténtico si previamente yo mismo, a través de Carlitos García, no lo refrendo, o si él no lo hace por delegación de mi ser astral. (firmado) José Manuel Benalcázar, Héroe de la Libertad." Las patas de la mesa concluyeron su baile. Terminada la sesión, todos se lanzaron sobre Carlitos, que, muy modesto y silencioso, dejaba decir y hacer en torno suyo. El papel con franqueo *special delivery* del Otro Mundo llegó a manos de Felipito Madrid. Lo leyó de punta a cabo: no pudo contenerse. Muy académicamente, como siempre, acuñó esta recia frase lapidaria:

—¡Carajo, la firma es exacta! No cabe duda, es de Benalcázar.

Don Fernando miraba lleno de ira a Carlitos. El doctor Almendro no atinaba ni a respirar ¿Qué había ocurrido en el mundo de los espíritus? ¿Por qué Benalcázar había cambiado de opinión? ¿Cómo acordar a Carlitos, al ignorante Carlitos, al emotivo Carlitos, al dudoso Carlos, la facultad de discernir acerca de la historia de un continente? No obstante, y sin lugar a dudas, Benalcázar había dicho lo que había dicho. Quien lo dudase era porque quería no creer. Y con hombres profesionalmente escépticos no se construye un mundo nuevo, ni se reedifica el que pasó.

Pero...

Corpancho, muy jacarandoso y ojiabierto, se acercó suavemente a Carlitos:

—Quisiera hablar con usted a solas... Me ha

maravillado su destreza.

Carlitos se lo quedó mirando un tanto perplejo:

—Yo no soy diestro, señor —dijo—: simplemente acato el mandato de Ultratumba.

—A mí no me las das con queso, pillastre —argumentó Corpancho muy pasito, bajando el tono hasta hacerlo sibilino.

—Señor, yo no le entiendo a usted. . . ¿Qué quiere decir?

—Me entenderás en cuanto hablemos a solas, resabio buenmozón.

—Señor, sigo sin entender lo que quiere decirme.

Pero Corpancho estaba resuelto. Miró de soslayo a don Fernando, quien se mesaba apasionadamente las nazarenas barbas, y pasando el brazo por sobre el hombro de Carlitos, le susurró al oído.

—¿Sabes? todas las firmas de Benalcázar son igualitas en tus manos, lo cual resulta inverosímil. ¿Por qué no ensayas ciertas diferencias, para que así, al menos, parezca que hubo cambios de humor? . . .

Carlitos sintió que un intenso frío le recorría el cuerpo.

—Sigo sin entenderle, señor. Si el prócer firma como firma será porque así lo tiene a bien.

Corpancho se hizo más maquiavélico, mostró los dientes, blanqueó los ojos y dando un suave pescozón a Carlitos le insistió:

—¡Contigo me voy al cielo, lindo, emblema de la sabiduría! Tenemos que conversar a solas. Te invito a almorzar mañana. En el Romito de Caprera: Hay

unos platos que levantan muertos. Ya verás, ya verás lo que vamos a hacer juntos los dos, tú y yo.

Carlitos se quedó alelado. Corpancho se alejaba tentador ondulando las caderas.

Don Fernando, súbitamente, empezó a languidecer. La deslealtad de Benalcázar y de Carlitos no podía ser, no —le había llegado al alma. ¿Cómo se atrevía el tarambana ése, por muy Prócer que fuese, a sustituirlo a él, sí, a él, un sabio, con el idiota de Carlitos? Si el desprecio de los mortales sabe a ceniza, el de los inmortales no sabe sino a infierno en llama viva. Así le escocía el alma a Don Fernando aquella noche horrenda.

Regresó a su casa mareado. Le dolía el frontal. Sentía el hígado como una bola de fuego, la boca con sabor a retama, de amargo intolerable, que le obligaba a escupir una espumilla blanquecina y rala, sumamente desagradable. Casilda, al verle entrar ce-trino y escupiente, entendió que algo malo había ocurrido. Su intuición de mujer fue como un rayo que horadó las tinieblas de rencor e impotencia que cercaban el magín de don Fernando.

—¿Qué tienes? Apostaría a que Corpancho y Carlitos te han jugado una mala pasada. . .

—No, mujer, Carlitos no ha hecho sino transmitir una orden del más allá de Benalcázar. . . Y en cuanto a Corpancho, ése quiere aprovecharse probablemente. . . a costa de las mariconadas de Carlitos.

Casilda dio un bote.

—¿Hasta cuándo serás un calzonazos, Fernando?

Tu talento no te sirve de nada. Acabarás dando lástima y con los fundillos rotos. Carlitos quizá sea un médium como tú dices, pero a mí no me la pega... Y Corpancho, ése sí, ése es un mariconazo de marca.

—Casilda, respeta a los espíritus y a los historiadores. Me pueden castigar...

—El que te está castigando, como tú dices, es Corpancho, que anda en combinación con Carlitos. Ese pillo acaso haya sido alguna vez un médium, pero ahora no es sino un pícaro, y se vale de la credulidad de ustedes, grandísimos idiotas. Cuéntame y te explicaré cosas. Seguro que Carlitos quiere hacerse de las cartas para cobrar él sólo... O ya se sabe que Corpancho no pierde la costumbre de robar papeles...

Don Fernando cerró el ceño y erizó el bigote. Aquello iba más allá de sus previsiones. ¿Qué sabría Casilda? Decidió contárselo todo y ella le escuchó entre interjecciones y vocativos nada piadosos. Cuando hubo terminado su relato don Fernando, la tarasca sentenció sin apelación posible.

—Lo dicho: ahora Corpancho quiere convencer a Carlitos. Éste empieza a cambiarlo todo para que ustedes se aburran. Corpancho se lleva los papeles tal como estaban y los publica y llamará apócrifos a los tuyos. Carlitos entonces los tergiversará a más y mejor con ayuda de los... espíritus y a costa de tu cojudez. Corpancho denuncia esta... "rectificación, o tergiversación" y tú quedas en ridículo, dueño de unos documentos falsificados, y él como un após-

tol de la verdad, con los documentos verdaderos. Total: negocio al agua; historia al diablo. ¿Te has dado cuenta, Fernandito de mi alma, de lo huevón que eres?

Otra vez ganó Casilda. No sólo era capaz de desbancar a doña Carmencita con sus encantos físicos y rítmicos, que también podía derrotar a Corpancho, a pura astucia.

Don Fernando cuchicheó con su mujer hasta el alba. Parece que, animado por tanta agudeza, se acordó de olvidados ardores. Lo cierto es que, muy de mañana, un poco ojeroso y cojitranco, se lanzó a la calle. Poco después estaba tocando a la puerta de Corpancho. Éste le recibió en coquetona bata, muy alborozado. Lo que hablaron entonces los dos historiadores es misterio tan profundo como la entrevista de Guayaquil. Pero se sabe, sí, que de ahí salió don Fernando tirando un portazo: que Corpancho se retorció el bigotillo mirándolo por la ventana, sonriendo mientras se alejaba el ilustre escritor.

Pocos días después, se firmaron unas escrituras de finiquito del contrato editorial Mederos-Corpancho. Corpancho retiraba los papeles que había aportado a la masa común de don Fernando, y se embarcaba rumbo a los Estados Unidos con el fruto de sus primeras andanzas "eruditas". Felipito Madrid se había marchado antes a la Argentina, ansioso de nuevas glorias intelectuales. De suerte que don Fernando de Mederos se quedó otra vez solo en la azarosa compañía del inefable Carlitos, a quien nadie

pudo sacar palabra acerca de sus intrigas, pues se refugiaba en la voluntad de los espíritus, de quienes él no era sino un humilde, obsecuente, veraz y leal servidor.

Sin embargo, aquel desacuerdo trajo más cola, según se verá en seguida.

XIV. TRAICIÓN

Carlitos fingió amoldarse a la nueva circunstancia creada por la ausencia del intrigante y veleidoso Corpancho. Se resignó a la nueva toma de poder de don Fernando. Casilda no se fiaba del muchacho, a quien conocía de tanto tiempo atrás. Los ojos glotones se hacían feroces cuando enfocaban al esoterista ganimedes criollo.

Nuevamente, las dilatadas sesiones de espiritismo y las fatigas para el pobre Benalcázar, a quien iban a despertar sin tregua ni piedad. Nuevamente, las conversatas con el general Llosa y el doctor Almendra. Nuevamente, las tarjaduras y escribiduras de don Fernando sobre los papiros del Prócer. Nuevamente, la confianza de Casilda... , pero sólo hasta cierto punto y muy a ojo pelado. Carlitos se había vuelto demasiado servicial y meloso para que la astuta dama confiase en él, por lo que, en vista de que el poder otorgado por el ánima de Benalcázar era irrevocable, y la credulidad de los compadres era más irrevocable aún, Casilda resolvió conchabarse con Carlitos, hacer la vista gorda sobre sus disfueros y vivezas, supuesto que, de no, las cosas andarían peor de lo que andaban.

Lo malo es que Casilda tenía veinte años menos que don Fernando y diez más que Carlitos, lo cual situaba a éste en una inequívoca posición de infante

de amor involuntario, potencial heredero del senecto tálamo. No lo convidó al suyo Casilda, aunque ganas no le faltasen. Hizo algo más positivo: lo convidó a su mesa, donde solían servirse opíparos banquetes si las necesidades se hacían más imperiosas, y entonces se hicieron a causa de la maldita sociedad celebrada, por sí y ante sí, entre Carlitos y sus amigos de Ultratumba.

Casilda razonaba como sigue: Carlitos es el amo o único oyente del espíritu de Benalcázar, es el amo de Fernando y sus amigos; a través de Fernando y sus amigos, dispone de los fondos allegados para publicar los documentos: luego Carlitos es el amo de los dineros allegados para publicar los documentos de Belancázar. Y como estos documentos eran la llave del porvenir económico de Casilda; y como Casilda no era nada loca ni tonta, trató de solucionar el asunto apoderándose de la voluntad de Carlitos que era como apoderarse de la voluntad de Benalcázar, de los documentos de Benalcázar, del dinero para publicarlos y del querer y el hacer de don Fernando y su comparsa.

Con tal razonamiento, se explica por qué Carlitos fue volviéndose más y más ligado a la mesa de don Fernando, con júbilo de su inveterada glotonería; y por qué Casilda le hacía carantoñas y hasta le buscaba novias, para que el mancebo sintiera el agujijón de Venus tan penetrante como el de Helio-gábalo.

Ya empezaban a caminar las cosas y Carlitos daba

menos guerra a Benalcázar y a las tarjaduras, cuando hete aquí que don Fernando se puso malo. Había comenzado por palidecer más de la cuenta. Luego se le rebeló una pierna. Después se le aflojaron los cachetes. En seguida se le mustió el bigote hecho una gualdrapa. Tras de eso, se le entenebreció la vista, y hasta los anteojos se le empañaron y los pies se le pusieron rastreantes, y el vientre gruñidor, y el ánimo blando, todo lo cual dio con él en la cama, de donde no se levantó sino para recibir el viático, pues no le quiso acoger irreverentemente, entre sábanas, sino de hinojos, como hombre que sabe cumplir hasta lo último las ceremonias debidas al señor del Gran Poder.

Casilda lloró lágrimas de fuego y sal, aquella aciaga noche. Aunque don Fernando conservaba la voz y el temple, se le veía en son de fuga. No más guiños con Carlitos que atendía solícito aquel véspero intempestivo. No más arrogancia ni curiosidad, ni nada. Como un sol que se desangra, así de repente, en olor de beatitud, exhaló su postrimer suspiro el grave don Fernando de Mederos, dejando tras de sí una cauda de artículos periodísticos, todos los cuales fueron tan generosos con su memoria como avarentos de elogios durante su vida. *Sic transit gloria mundi.*

No, pero no: Casilda jamás podía resignarse a aquella traición de la Vida. La muerte de don Fernando en aquel momento era peor que el beso de Judas en el Huerto de los Olivos. ¡Que no! ¿Por qué se iba

cuando era más necesario? El general Llosa asentía con rudos síes de cabeza, a las apreciaciones de Casilda: "Tiene razón, señora, tiene razón." El doctor Almendro colaboraba con enérgicos "no" en los vocativos. "No, no puede ser, no puede ser." Y entre un sí y un no, Casilda halló si no consuelo ni olvido, al menos la tregua necesaria para volver los ojos a las realidades cotidianas y revisar un poco los papeles de Benalcázar, de lo que no se sintió muy dichoso Carlitos, apoderado general de un alma ahora sí, definitivamente, en pena.

Pero no fue eso lo peor, sino que Casilda tuvo que encarar las alegres cuentas de don Fernando. Había sido este hombre ordenado y puntual, de suerte que, de primera ojeada, salieron a relucir los gastos hechos en copiar y recopilar los documentos, en conseguir algunos, en disponer la publicación, y siempre, siempre que porfiaba surgían recibos firmados por Carlitos, los unos para cancelar labores privadas (la de médium), los otros para copias y recopias de los documentos, según el dictado del espíritu de Benalcázar y sus colaboradores del Más Allá: los otros, por llevar papel a la imprenta; aquéllos, por corregir unas pruebas: en verdad, el setenta por ciento de los egresos de la empresa habían ido a parar a manos de Carlitos, cuya cara moscardona se iluminaba de santurronería cuando Casilda, un tanto sarcástica, le comentaba: —Caramba, qué trabajador ha sido usted, García.

De todo ello salía a relucir la brusca decisión que

el muy ladino tomó de la noche a la mañana:

—Tía Casilda —dijo a la viuda—, tía Casilda, tengo que proponerle algo muy serio. ¿Quisiera oírme con paciencia e indulgencia?

Casilda le miró hasta el alma ¡Si sabría ella de qué se trataba! Y, como lo sabía, le contestó muy lentamente:

—Habla, hijo mío. Aquí estoy, toda oídos para ti... Habla, Carlitos, y dímelo todo, sin reticencias...

Empezó el esperado desembuche.

XV. EL PLAN DE CARLITOS

—Usted sabe, tía Casilda —y Carlitos subrayó el parentesco, como para suavizar cualquier aspereza sobreviniente—, usted sabe que tío Fernando había depositado en mí toda su confianza. . .

(“Si lo sabré yo, desgraciadamente”, pensó doña Casilda, tragando saliva, pero sin pestañear siquiera.)

—Usted sabe, tía —suprimió el nombre para dar mayor tono de confianza a la conversa— que él descubrió en mí esta cualidad a la que *debemos* —tosió—, a la que *debemos* nuestra presente comodidad. . . Nadie sabía entonces, ni yo mismo, que yo era un receptáculo de efluvios astrales; que el Más Allá me había nombrado su Ministro Plenipotenciario ante el gran talento de tío Fernando. . . Él me lo reveló todo. Fue un milagro que transformó mi vida. . .

—¡Hum! —rezongó Casilda, como diciendo: “al grano, al grano”.

—Cuando empezamos a tratar al Prócer Benalcázar, nadie sospechaba la magnitud de la empresa. ¿Quién iba a dudar de la autenticidad de los documentos históricos tan celosamente conservados en archivos inmemoriales? Pero la vida es la vida, tía, y, de pronto, tuvimos la certeza de que era una treta que los dioses, digo que Dios juega a sus criaturas; que nadie sino Él conoce la verdad de las cosas,

y que a Él se llega por el camino de la Fe, que es el camino de la Verdad.

—Dios es grande —comentó entre conmovida y socarrona Casilda, en quien la endiablada verba de Carlitos empezaba ya a hacer sus efectos.

—Usted sabe, tía, qué trabajos hemos sobrellevado en estos últimos tres años. Ante nosotros se alzaba una montaña de más de quince mil documentos, íntegros, auténtica y aparentemente irrefragables y he aquí que, de repente, se nos manifiesta el Espíritu del Prócer para demostrar este humano error. Había mucho documento incompleto, apócrifo, tergiversado, malcopiado etc. Con paciencia ejemplar el Prócer fue zurciendo lo descosido, integrando lo roto, dando forma veraz a las atribuciones antojadizas, en suma, rehaciendo la historia. Y hoy, tía, hoy tenemos no quince, sino veinticuatro mil documentos, la mayor parte de ellos definitivamente revisados por mano de sus propios autores, que, mediante la bondad de Dios, han acudido a nuestro llamado para descorrer el velo que ocultaba el deslumbrante Sol de la Verdad. . .

—¡Hum! ¡Hum!, Carlitos, hijo mío, ya sé todo eso —interrumpió un tanto impaciente Casilda—, pero lo que no sé es adónde vas a parar. . .

—A eso voy, tía. . . —meloseó el médium—. A eso voy. Una vez que ha muerto tío Fernando, hay muchos gavilanes que se ciernen sobre nuestro tesoro. Es elemental, entonces, cautelarlos y servirse de él como lo habría cautelado el tío Fernando. A mí me

parece que ya no tendremos oportunidad de llevar a cabo la publicación que él tanto apetecía, mas en cambio podríamos interesar a alguien que disponga de medios bastantes para ello, y que compensará, aunque sea en mínima parte, nuestros afanes y desvelos. En resumen, tía, lo que yo le propongo es que acabemos de revisar lo hecho, lo ordenemos y nos lancemos a buscar el alma generosa que quiera hacer suya la tarea que nuestro amado difunto hubiese querido llevar a cabo. En otras palabras...

—Ya, ya entiendo, buscar un comprador y deshacernos del papeleo.

—Oh, no tan prosaicamente... pero algo semejante, tía.

Casilda, con los ojos entrecerrados, fisgaba las facciones del pícaro, del súbito sobrino haragán y buscabolsas. Carlitos resistía la inquisición con denuevo ejemplar.

—¿Y has pensado en algún candidato?

—No, no concretamente, tía. No sé quién podrá ser ahora; sin embargo, he pensado cómo debería ser él. Yo creo que, ante todo, debe ser un extranjero. Que debe disponer de medios para sacar la documentación a otro país, no sin pagárnosla antes. Y, si nadie se interesara por el total, ver la forma de dividir la masa de documentos y venderlas en las mejores condiciones posibles, por lotes o por partes. Sería —sonrió hipócritamente—, una especie de urbanización del archivo de Benalcázar...

Casilda iba entendiendo y admirando la perspi-

cacia de Carlitos. Oh, sin duda, pícaros como éste no abundaban. ¡Era de los más refinados y audaces, pero al mismo tiempo de los más competentes y certeros!

—Y ¿quién se encargaría de realizar las pesquisas?

—Si usted, tía, no tiene tiempo o no quiere mezclarse en asuntos tan prosaicos, podría encomendar esa misión a alguien de su confianza, el cual debería, desde luego, estar connaturalizado con la índole, cuantía y magnitud del encargo. . . Y, si no hubiese nadie en tales condiciones, quizás yo mismo podría asesorarla, y, si quisiera descansar en mí, tal vez podría encargarme yo de todo el asunto, digo, si mi querida tía se digna dispensarme su crédito.

(“¡Al fin saltó la liebre!” se dijo Casilda alborozada. “Carlitos es, pues, el dueño del tesoro. Nada se podría hacer sin él”). En efecto, García conocía el más insignificante de los detalles. Era el amo y señor de la *verdad histórica* tocante al insigne padre de tantas proezas; el recipiendario astral de uno de los más custodiados secretos de la historia de un continente.

—Mira, Carlitos, yo te estimo mucho. Sé todo lo que en ti confiaba mi amado Fernando. No tengo nada que objetar, excepto si la familia decida algo diferente. Creo que no lo hará. No obstante, sería desleal de mi parte dejar de consultarme con ellos. . .

Carlitos pegó un salto:

—No se afane, tía. Antes de hablar con usted, ya he hablado con cada uno de los parientes, y todos

ellos están de acuerdo en apoyar esta idea, que, claro, no se me ha ocurrido a mí, sino que yo he captado de los efluvios psíquicos de tío Fernando y del gran Prócer Benalcázar.

(“Con que ésas teníamos, bribón, ahora también juegas con el alma de Fernando”, pensó doña Casilda, maniatada. “Entonces ¿a qué me vienes a dar la lata? Ah, fascineroso.”)

—No dudo de lo que dices, Carlitos, mas creo que, aunque sea por fórmula, debo hacer yo la consulta. ¿Qué tal si nos reuniéramos mañana?

—Tía, como yo pensaba que podríamos llegar a una fórmula, he pedido a los parientes que estén aquí a las cuatro, dentro de media hora. . .

(“¡Diantre de mozo!” Casilda alzóse de hombros resignada). A las seis de la tarde, después de un frugal té, se dispersó la familia, toda ella puesta de acuerdo. Carlitos, conforme a la voluntad del espíritu del Prócer Benalcázar, había pasado a ser albacea y continuador de la obra de don Fernando. Así se escribiría la historia.

XVI. AVE CÉSAR

Carlitos García, muy orondo y bien vestido, rasurado torero en día de corrida de beneficio, bien trincado el cuello por detonante corbata, rejuvenecido y santurrón, inició sus tareas de "hombre-que-todo-lo-puede" en casa de la señora Doña Casilda Viuda de Mederos. Para comenzar se apropió del escritorio del finado don Fernando, utilizando sus menesteres de escribir; dando de voces a los sirvientes; regañando a los chicos, y abrumando al ama de casa con un terco y enfático "Tía" que sacaba de quicio a ésta. Mas, cuando la fortuna depende del gitano, hay que danzar al son del pandero y abrazar al oso, so pena de perder el paso, y con el paso, el peso. Casilda sabía amoldarse a las circunstancias, y, si es cierto que no dejaba de deshinchársele el pecho con porfiados suspiros, no es menos verdad que tampoco dejaban de deshincharse el alma de incómodos prejuicios a medida que Carlitos avanzaba en su plan de "liquidar" al Prócer Benalcázar, amañando, ya sin consultas espiritistas aunque sí espirituosas, los textos revisados por el difunto historiador y marido de doña Casilda, el sabio tío Fernando.

Tan seguro se sentía Carlitos, morador actual de algún meteoro de sus artes, que se atrevió a consultar por escrito (y nada más, eso sí) a don Venancio Corpancho, y dejó entrever a Felipito Madrid

la posibilidad de que, si él lo ayudaba por sus buenas relaciones, podría disfrutar de doble recompensa: el título de sabio y un poquillo de dinero, nunca mal recibido aunque no siempre tan bien ganado.

Carlitos revelaba, día a día, dotes que nunca le supieran doña Casilda, digo, la "tía" Casilda, ni el tío Fernando. Cauto y prolijo, derrochaba destreza como pendolista, rapidez como mecanógrafo, imaginación como intérprete, sensibilidad como médium, inescrupulosidad como negociante, osadía como empresario, largueza como corruptor y simpatía como amigo. Y a más, y ello tenía todos los perfiles de lo imprevisto, donaire para seducir y esmero para trajearse, lo cual le iba invistiendo de una como inesperada credencial de diplomacia pardusca, mal oliente en lo moral si se quiere, pero bien vistosa en lo económico aunque no se lo quiera reconocer.

Al cabo de seis meses de haber recibido sus credenciales de General Manager de Benalcázar, Carlitos tenía ya montado el aparato escénico, lista la red para apresar al esperado incauto.

¿Quién sería?, se preguntaba doña Casilda, vehementemente.

Adivinando sus pensamientos, Carlitos le dijo:

—Tía, usted sabe que tío Fernando me enseñó a no pensar jamás en términos de presente, sino de pasado. Él solía repetir que diariamente entran siete tontos por La Portada: la cuestión es dar con uno de ellos. Yo, digo nosotros, no necesitamos siete sino uno solo, y por un día y que además no sea

muy tonto. Nuestro candidato deberá reunir las siguientes cualidades: vanidad, riqueza, pujos intelectuales, condición de extranjero, una posición importante, que si fuese oficial, mejor que mejor, un hombre así paga y suena. Y no protesta después de pagar y proclamar su gloria. Eso es lo que necesitamos. Esperaremos semanas, meses, quizás años, pero un día, tía, descubriremos a nuestro hombre, entrando por La Portada, o después de entrado, en algún hotel, mansión o Embajada. No lo dude, tía. Y entonces el mundo se llenará con la inmensa dicha de redescubrir al verdadero Prócer Benalcázar. Se hablará del querido tío Fernando como precursor. Yo no sonaré ni tronaré. Ni lo deseo. *Disfrutaremos*, eso sí, del producto de nuestros esfuerzos, del premio a nuestra fe.

Carlitos, mientras hablaba, daba vueltas a la cadena del reloj en torno al índice de la mano derecha. Doña Casilda le escuchaba bizqueando, pues se le hacía duro reconocer, bajo tales frases, al bobo Carlitos, tan insignificante, tan pueril, tan chiquirrito antes de que el Prócer le ungiese como su confidente a través de tablitas, golpecitos de mesa y convencionales tinieblas espiritistas.

Sin darle tiempo para reponerse de su asombro, Carlitos empezó a abrir la correspondencia.

—Carta del señor Madrid —anunció con pompa, y se dispuso a leer en voz alta. “Estimado amigo Carlos:” (Doña Casilda apenas creía a sus oídos, ante semejante tratamiento) . . . “Su carta del 12 del pre-

sente me ha traído la excelente nueva de que, al fin, los papeles del Prócer Benalcázar se encuentran ordenados y listos para publicarse, y la muy lamentable de que no existe dinero para ello. Contiene, también, la noticia de que sería posible publicar separadamente el manuscrito, negociándolo, si fuese preciso, en tal forma que todos obtuviéramos ganancias. No pretendo, desde luego, recordar yo en lo menor las justas expectativas que usted y los descendientes del señor Mederos (q.e.p.d.) tienen respecto a tan importante trabajo. Sin embargo, dado el carácter unilateral de la investigación sobre el insigne Epaminondas Benalcázar, y el interés que sobre él existe en dos de los países del Continente, especialmente en Orolandia y Trapalandia, me atrevo a pensar que bastaría ofrecer los documentos sobre su nacimiento, su vida, su epistolario, etc., pero dejando aparte aquello que tenga relación con otros prohombres, como por ejemplo, la amistad de Benalcázar y el ilustre Zapata, creador de la República del Oriente, y con el general Sanmillán, su émulo y rival. Es aquí donde pienso que estaría la fuente de mayores utilidades, y la posibilidad de llevar a cabo el total de la planeada empresa. Y es aquí donde tendría yo algún beneficio, no financiero: pretendo sólo lo siguiente: primero ser el vínculo con determinados elementos que, estoy cierto, adquirirían las cartas entre Benalcázar y Sanmillán, y, segundo que se me cedieran los papeles sobre la Universidad y la iglesia, el nacimiento de Benalcázar, etc. Usted sabe que yo tengo

algunos trabajitos al respecto, y eso me sería de enorme utilidad. Además. . .”

Carlitos leía con voz monótona, inexpresiva. Así continuó hasta el fin, en que ambos, Casilda y él, exhalaban un suspiro de alivio.

—¿Qué le parece, tía, este descaro?

—No sé, Carlitos, pero entiendo que algo se podría sacar en limpio, sobre todo ahora que ya nos vamos comiendo la subvención pendiente. . .

—Vea, tía, se me figura que a usted la agarrarían de primera intención como si usted entrase por La Portada. Claro que lo que el señor Madrid pretende es bastante acertado, pero si nos rendimos a la primera propuesta, estamos perdidos. Él se retractará, u ofrecerá menos, o sabe Dios. . . No. Tenemos que contestarle que la documentación es una e indivisible, que si la parcelamos habría que hacer consultas a granel y que sería muy difícil, y que probablemente daría lugar a muchas indemnizaciones para vencer prejuicios y escrúpulos, etc. Si usted me dejara, tía, yo prepararía el terreno con todo esmero. . .

El ex rábula estaba como transfigurado. Las palabras le brotaban con abundancia y precisión. Se diría que por su boca hablaba el espíritu de Demóstenes y no el de Benalcázar ni muchísimo menos el de Carlitos García. Es lo que pensó Casilda, dándose por vencida y entregándose en uñas de su amadísimo sobrino.

La correspondencia fue y tornó. Felipito Madrid, muy disforzado y ostentoso, se retrajo, al principio,

tal como había sido previsto; se hizo dadivoso después y, por último, las negociaciones entraron en franca ruta de avenimiento, hasta que un cable anunció:

“Lt. García —Lima. Mañana sale doctor Olazábal delegado especial Trapalandia Punto Recíbalo atiéndalo convénzalo Saludos (firmado) Madrid.”

¿Será de los que entran por La Portada?, se preguntó Carlitos, mordisqueándose el meñique derecho. ¿Olazábal? ¡Olazábal, Olazábal!

Según la correspondencia cambiada, Olazábal era un distinguido profesor, diplomático, periodista, aficionado a la historia; disponía de mucho dinero y tenía muchas ganas de lucimiento; era dado a las compañías copetudas, devoto del Prócer Sanmillán, y con viva curiosidad por conocer —y adquirir si fuese posible—, documentos concernientes a misteriosas o mal investigadas andanzas de su ídolo por aquí y por allá.

“Ni pintado para *nuestro* objeto”, escribió Madrid, en una carta ya menos solemne que las anteriores.

¿Nuestro objeto? —se preguntó García—. ¿Desde cuándo es mi socio este fresco? Y, resuelto a no despertar suspicacia en Casilda, guardó la carta y sólo transmitió lo preciso para que no muriesen las esperanzas, ni crecieran más ambiciones en el corazón de su tía.

Carlitos se pasó la semana preparando los papeles pertinentes a su empresa, hecho lo cual se dispuso a conocer a Olazábal, de quien se hacía lengua ya

la prensa limeña.

Era Olazábal hombre alto, membrudo, de solemne calva, rasurado, de anteojos gruesos. Carlitos miró de hito en hito el grabado buscando algún signo. Encontráralo o no, lo cierto es que, después de su inquisición, sonrió y levantando la diestra dijo:

—¡Ave César!

Luego agregó mirando a doña Casilda:

—Esta vez el "morituri" no nos lo dirá el César sino nosotros al César. Hay que rectificar la historia, tía, hay que rectificarla.

Y soltó a reír a todo trapo.

XVII. HORTUS CLAUSUS

Yo no conozco bien los pormenores del negocio, porque en aquellos tiempos —repito— estuve ausente de mi tierra. Había dejado de ser el adolescente boquiabierto, a quien tanto impresionaba don Fernando, con sus solemnidades, sus antiguallas y su fiel amigo, el maestro Kuapil. En mi memoria no quedaba ni vestigios de la figura de doña Carmencita. Mi vieja casa, aquella donde nació el conocimiento con Mederos, fue demolida, y en su lugar se levantaba una residencia de dudoso gusto, con ventanas de hierro, puerta estrecha, cornisa de estuco y no sé cuántos garabatos arquitectónicos, de esos que convierten las fachadas en moldes de repostería. Lo más importante en todo caso, si alguna importancia tiene, es que yo era no ya un presente sino un ausente de Lima, y que, por tanto, mi testimonio debe ser considerado como de segunda mano, por muy grande que haya sido mi acuciosidad para procurarme informes de primera. Diré, pues, lo que me contaron y que, hasta donde fue posible, comprobé muy luego.

Antes de seguir adelante, bueno será notar que, en aquella época, bastaba ser extranjero en el Perú para que se otorgase al que tal fuese consideraciones de excepción. Los "gringos" significaban, real o potencialmente, gentes millonarias capaces de alcanzar

la luna y hacer parte de su disfrute a quien se les acercara. Ahora bien, si el extranjero venía munido de título oficial o de cargo financiero, la colectividad se le rendiría con uncioso respeto. Un diplomático gozaba del privilegio de infalible en lo científico, galano en lo literario, irresistible en lo amoroso y omnipotente en lo político, amén de irreprimible en materia de introducción de ciertos gratos implementos, comestibles y bebibles, con que se adornan una mesa y regocija una digestión, a costa de la partida de exención de impuestos.

El señor de Olazábal pertenecía a la envidiable casta de esas vacas sagradas, de suerte que nadie mejor que él, y en ello acertaron Felipillo y Carlitos, para adquirir los documentos cambiados entre los gigantescos Próceres Benalcázar y Sanmillán, de venerada memoria.

Carlitos se las arregló para, haciéndose el encontradizo, llegar a la intimidad del pomposo forastero.

Era entonces todavía centro de reunión en Lima el Palais Concert, vasta confitería muy *fin du siècle*, a la que concurría a ciertas horas lo más graneado de la sociedad limeña, aun cuando también se acogía al luminoso mentidero gente de todo pelaje, no muy seguros de la aceptación que les depararían los más empingorotados o famosos habitués. Porque no sólo iban los “niños bien” a quienes llamaban entonces “niños góticos”, o simplemente “gomosos”, sino que a las puertas del Palais se detenían, para “ver pasar las cosas”, escritores y periodistas, hombres

maduros y hasta colegiales metidos en ajetreos de mayoría.

Eran célebres dos horas del día en aquel centro de chismes y conquistas: las 11 y las 6. A las 11 de la mañana salían los primeros pasteles. Tenían fama los de carne, muy sabrosos, con gotas de limón, *los relámpagos* rebosantes de crema, y las "orejas de chanco", que crepitaban entre los dientes rezumando miel. A las 6 servíase el sacramental té, atrasado en una hora del clásico *five o' clock tea* británico. El local era vasto y rodeado de vidrieras transparentes. La sala central tendría unos seiscientos metros cuadrados y estaba llena de mesitas no muy elegantes, con patas de hierro y cubierta de latón esmaltado, firmadas por Minetta y Cía. Las sillas que, al principio, fueron de mimbre de dos colores, acabaron siendo de las llamadas "de Viena", esto es, con asientos de esterilla y respaldo de madera en forma oval. Al fondo, donde se bifurcaba el gran salón para dar acceso a una salita más chica, pero igualmente abierta, con vidrieras y espejos, se levantaba una especie de "mezzanine" o plataforma, a la que se ascendía por una escalera casi aérea. Desde aquel empinado lugar dejaba caer las envolventes notas de los valses de Strauss, algunas melodías de Sibelius y Grieg, y canciones de Verdi y Offenbach, de Rossini y Leoncavallo, la orquesta de Damas Vienesas. Eran éstas unas *Fraulein* y *Frauen* rubias, bastante metidas en carnes, de ojos azules e impertérritos, incansables en el mover los brazos para acariciar las cuerdas del

cello, el violín, la viola y el contrabajo, y de potentes carrillos, expertos en soplar clarinetes, flautas y saxofones, y a veces hasta trompetas y trompetines de pistón. Una de ellas, la más robusta, se encargaba de golpear los platillos y timbales, redoblar los tambores y asestar enérgicos mazazos al bombo. Los melómanos solían sentarse en la sala chica, pendientes de los acordes y las robustas piernas de las Damas Vienesas. Entre ellos un melenudo violinista alemán con nombre de cuentista, Grimm. En la sala grande, reduplicados por los espejos de las columnas y vitrinas, se reunían los gomosos y la crema de la sociedad y las letras limeñas. Era aquel Palais Concert tan importante como El Águila de Buenos Aires, como el Tortoni de París, como el Lucerna de Santiago de Chile, como el Regina de Bogotá, como La Yndie de Caracas, como el Ritz de Madrid, como el Sanborns de México.

A las seis de la tarde, sobre todo los viernes, se arremolinaba un mar humano en las cortas gradas del Palais. Pasaban las muchachas rumbo a la función de moda del Teatro Excélsior, vecino de la confitería. Las seguía una nube de piropos y murmuraciones bien y malintencionadas. En la acera del frente, los escritores del diario *La Prensa* formaban columna de honor para lo mismo. Durante una hora, aquel retazo del Jirón de la Unión estallaba de ingenio y galantería. Desde luego, no faltaban los diplomáticos, algunos de los cuales habían dejado la impalpable, pero efectiva huella de su espirituali-

dad. Se recordaba, por ejemplo, a cierto ministro brasileño, de perenne monóculo bajo la ceja derecha, talle de avispa, bastón muy elocuente y pasito menudo, a quien rendían persistente homenaje damas y damitas de diverso valor y precio; y a su secretario, iniciador en el arte de los paraísos artificiales de toda la *jeunesse dorée* de aquella Lima para la que todavía eran pecados nuevos algunas flaquezas de la carne y cierto alarde del olfato o de paladar. Se decía de aquel diplomático joven algo sensacional: que había logrado inducir a sus endiablados vicios a dos tonadilleras de postín, una de nombre Gloria y la otra María. Los escritores solían prolongar su reunión en el Palais Concert hasta las 9 de la noche, hora casi pecaminosa, pues ya habían comido todos los buenos burgueses y se iniciaba la función nocturna de los teatros. Uno de esos escritores se entretenía en escribir madrigales en las servilletas de papel de seda y enviarlos a otra mesa en que solía sentarse una mujer joven y rubia, de nariz griega y cabellos peinados en bandós, experta en interpretar al piano a Schumann y Chopin.

Aunque cuando el señor de Olazábal llegó a Lima el Palais Concert había evolucionado y ya no ostentaba los mismos timbres de años atrás, todavía conservaba su prestigio. Además, la mejor cantina de Lima, salvo la del Morris Bar, más bien bohemia y de tránsito, era la del Palais; tenían fama sus cocktails, más bien a la francesa que al modo norte-

americano. Como el barman sobresalía en las champañitas, hechas de oporto, gotas de angostura, limón, marrasquino y agua de selz; el *bitter* batido, el cocktail de fresas, el gin-cocktail, el americano, mezcla de vermouthe dulce y whisky escocés. No había cundido aún la moda del whisky, ni mucho la de los martinis, cuyo reino empezaría a continuación.

El señor de Olazábal era alto y buen mozo. Quizá demasiado erguido para ser elegante. Le sobraba tiesura, propia de militar, pero no de dandy. No tenía el cabello abundante, pero se defendía de la calvicie mediante una mecha estratégicamente cruzada sobre la coronación de la frente, alta y un poco arrugada. Enmarcaban el rostro aguileño unas patillas heráldicas, remedo de las del Prócer Sanmillán. Podían ser también de contrabandista o de algún héroe de zarzuela. No usaba bigote. Tenía el pecho combado y el vientre sumido. Largas las piernas. La voz abaritonada, algo en falsete. La boca filuda y los dientes regulares. De mentón, para perfil de medalla. Los ojos fingidamente neutros. Se advertía el esfuerzo por parecer importante y severo, lo que hacía pensar en lo contrario. Hablaba de temas intelectuales. Había sido profesor de una Universidad, de lo cual le quedaba el rito oratorio. Había publicado dos o tres monografías históricas. Una de ellas, sobre el importantísimo tema de "Por qué las campanas de la Catedral de Tunja pesaban menos que las de Tucumán", y otro sobre si "¿Fue lunes o martes, o miércoles etc., el 12 de octubre de

1492?" Asuntos tan decisivos para la historia de la Humanidad y en especial de la de América, llenaban de preocupaciones al señor Olazábal. Pronto tuvo oyentes. Le visitaban *amateurs* de cosas viejas. Anticuarios. Proveedores de ediciones raras. Los vinos en la casa del señor de Olazábal eran de buena cepa y no costaban nada. Pronto sus tertulias se llenaron de espontáneos admiradores. Uno de ellos, filtrado—claro, merced al aviso de Felipe Madrid— resultó Carlitos García.

Ya se lo había dicho él a Casilda: —Necesitamos (y había subrayado el plural con voz y guiño), necesitamos un marchante que saque de penas al pobre Prócer Benalcázar. Mientras no lo hallemos, el gran señor se morirá de rabia en el Otro Mundo, al cual, *Deo gratia*, tenemos franco acceso desde los gloriosos días, digo, noches de don Fernando.

Doña Casilda no tuvo sino que asentir. Aquello era la nata misma de la verdad. Sí, ciertamente, mientras morasen en el inédito los papeles que con tanto trabajo e ingenio habían sido arrancados a las impenetrables fauces del Más Allá, gracias a las artes del difunto señor de Mederos, nadie podría formarse idea cabal de la gloria del Prócer Benalcázar y de su amigo y rival el Prócer Sanmillán, padre de varias naciones, ni de la empresa de que salieron a la vida emancipada tantos pueblos hoy magníficos. Era preciso dar el salto, por amor a la verdad, devoción a la historia, justicia para Benalcázar, justificación de don Fernando y estipendio y gula finan-

ciera de su aliado y jamás ahíto socio Carlos. Manos a la obra, pues.

Carlitos anduvo merodeando el Palais Concert, la oficina y la casa del señor de Olazábal, las redacciones que visitaba, los clubes de su frecuentamiento, los Ministerios a donde acudía, todo, en suma, convertido en sombra fiel e ignorada de tan estupenda encina. Ah, claro, un día sombra y encina coincidirían tal como al filo del mediodía toda figura coincide con su proyección, cuando, alto el sol, cubre por igual a todas las criaturas y cosas que caen bajo su meridiano imperio.

Sin embargo, pasaban demasiados días sin éxito. Y lo peor es que los días traían sus respectivas noches. Porque de noche surgían las recriminaciones de doña Casilda que, sin cesar, le reprochaba:

—Carlitos, usted no se ocupa de nuestros intereses... ¡Los huevos, Carlitos, los huevos! —corregía doña Casilda— ya que la gallina fue mi finado Fernando.

Carlos pegaba unas “espantás” de torero en día de *contra*, y tirando un portazo, se iba muy apurado a rondar los balcones del lujoso palacete del señor Olazábal, decidido a meterle baza en cuanto se le pusiera a tiro.

Toda penitencia tiene su premio. Al fin llegó el día soñado.

Estaba el de Olazábal muy orondo, después de haber leído una conferencia en el Instituto Histórico sobre si fueron trece, catorce o quince los Trece

de la Isla del Gallo, cuando Carlos, en un raptó de audacia y un relámpago de ingenio, se le acercó y con voz secreta, casi voz sibilina, apretando la mano del conferenciante, le dijo llena de gorgoritos la voz retemblona:

—Señor, Maestro, maestro. ¡Qué magnífica erudición! ¡Qué lógica de razonamientos! ¡Qué misterio el que usted ha desvelado! ¡Ay, si usted tuviera a su alcance tanto documento como hay sobre otros misterios de tamaña importancia en nuestro pasado..! Estoy seguro de que con la luz de su talento les daría realce y aclararía casos descomunales, de cuya solución pende la atención de todos los estudiosos del continente, uno de los más humildes, el servidor que se honra una y mil veces en estrechar la poderosa mano de tan sabio maestro...

El de Olazábal no pudo hurtarse al reclamo de aquella adulonería. Volvió los ojos a Carlitos y empezó...

—Muchas gracias señor...

—Carlos García..., para servir a usted. Varias veces me he visto honrado al ser admitido en su espléndido salón y al poder escuchar las conferencias y charlas de usted.

(¡La suerte estaba echada!)

—¿Tendría inconveniente en que le acompañara unos cuantos minutos, maestro?

—De ninguna manera, señor García; caminemos.

(¡Dios mío, es mío!, pensó el pillastre, encogiéndose con más humildad que violeta en trance de ga-

nar el galardón de Miss Virtud).

Cuando llegaron, paso a paso, al Palais Concert, donde se injugaron un jicarón de chocolate del Cuzco, con tostadas, más un cognac para abrigar el pecho, Carlitos había abierto ya el apetito historio-gráfico de Olazábal. Al salir lo tenía a su merced. Había llegado al fin del esperado marchante: los manes de don Fernando no volverían a atormentar ninguna noche más a doña Casilda. Carlitos había encontrado la clave. Riéndose con su sombra se dirigió a paso alborozado hacia su covacha, poblada desde ese momento de ángeles promisoros, garridos y banqueros.

XVIII. EL GRAN HOUDINI EN ACCIÓN

Desde este punto la historia que nos ocupa adquiere un ritmo velocísimo, y se convierte en disparada de *sprinter*; naturalmente, el relato, su fiel reflejo, no puede sustraerse al acelerado compás de su tema. No culpe el *habitué* de novelas despaciosas, lentas y largas, no culpe al que esto escribe, de la vehemencia, quizás de la violencia con que se precipiten en adelante los sucesos. No, no está de prisa el Cide Hamete del presente parto, sino que el parto mismo ha empezado a tragarse meses, digo a quemar etapas: la criatura que tan regodeada y parsimoniosa anduvo, paseándose por los intrincados meandros de los preparativos y tanteos hasta llegar aquí, tiene ahora la pista abierta y la velocidad incontrolable. La vida circula a vértigo. El narrador se emborracha también de tanta prisa: resígnese el lector a padecerla.

No sabemos cómo fue la conversación entre Carlitos García y el señor de Olazábal que tuvo por comparsa una botella, dos vasos, unos bocaditos; letras, sonrisas, sonrisas y sonrisas. Conocemos no más sus resultados. No sólo salió Carlitos pitorreándose de su sombra, a cada paso, sino que el de Olazábal empezó a empinar más la cabeza, a arquear más el pecho, a mostrarse más "sobrado", y a hacerse el misterioso, con misterio visible como debe ser siempre

que de ocultar misterios se trata: la mejor manera es exhibirlos.

Carlitos, eso sí pertenece a la historia vista, llegó a casa de Casilda a la mañana siguiente del trato, y, sin más ni más, la arrinconó a sustos.

—¡Doña Casilda! ¡Tía Casildita! Creo que hemos fracasado. El tipo ese del Olazábal no suelta prenda. No dará un penique, ni un *yen*, ni un nickel, ni un cobre. Es desconfiado como una beata. Anoche le dije todo lo que había que decirle; me arrastré, imploré, amenacé, hablé de la gloria, del anonimato, de la riqueza, de la miseria, de la verdad, de la mentira, de cuanto hay, y ¡nada! El hombre quiere ver los papeles, hacerlos examinar por expertos, llevárselos a su tierra, a Trapalandia, y por poco más pretende oír la voz de nuestro amado Prócer Benalcázar y sus tenientes. Habráse visto lisura. . . ¡Ay, tía Casilda, ese hombre se nos escapa! Yo no veo otro remedio que ir con él hasta su tierra, llevando los papeles conmigo, digo consigo, o con quien sea, y resignarnos a una de dos; o a precio bajo o a una patada en. . . ¡perdone, tía Casilda, casi digo culo!

Carlitos estaba demasiado locuaz para engañar a doña Casilda. Ésta se quedó pensativa, no paró mientes en el vocabulario y sentenció:

—Ni una palabra más, Carlitos. La patada te la llevas tú. Yo, como señora de respeto, viajaré con los papeles a Trapalandia. Tú te quedas aquí reuniendo más datos. A una mujer se le regatea menos que a un hombre. Yo sacaré mejor precio que tú.

Al cabo eres hombre y no sabes pedir rebajas, ni tampoco negarlas. De eso me entiendo yo. Te convendrá, Carlitos, te convendrá.

El debate siguió como en el Parlamento: los dos tenían razón, pero no se resignaban a conceder ni un ápice el uno al otro. La hora de la decisión se retardaba. Terminaron en un *draw*, como dicen los deportistas: match nulo: un vero empate. Ninguno quedó contento.

Pasó una semana, durante la cual Carlitos visitó a diario al señor de Olazábal, llevando y trayendo cartapacios y chismes. Doña Casilda, como si ignorase todo, escuchaba las lamentaciones del ex médium, su sobrino del alma. Hasta que un día Carlitos, con los cabellos de punta, llegó hecho una tromba donde su tía.

—¡Tía, tía, nos han robado lo mejor de los papeles! Tía, nos han robado. Estamos perdidos. Falta la carta contrato del 3 de noviembre de 1819; usted sabe lo que eso vale; falta la declaración del 18 de marzo; falta el codicilo del 2 de enero... ¡Es terrible, es terrible..!

—¿Y cómo lo puedes saber, Carlitos, si yo tengo toda la documentación bajo llave y la llave está en el Banco?

—Tía Casilda, tía Casilda, es que... (se le atragantaban las palabras al aprendiz de brujo). Doña Casilda, sin inmutarse, le señaló un asiento. Carlitos se desplomó sobre él y la tía empezó a decirle:

—Mira Carlitos, entre gitanos no se dice la buena

ventura. Ésta es tu llave, digo, el duplicado que te mandaste hacer. No te ha valido de mucho porque yo había sacado antes lo principal. Tú has estado llevando y trayendo papeles falsificados por Corpancho, no los originales. Ésos los tengo yo. ¿Te acuerdas de Corpancho? Pero la comida fuerte, ésa yo sólo sé donde está. Con que si sigues haciendo trampas, se quedan tú y el señor Madrid sin lo mejor, y yo voy directamente donde tu amigo Olazábal y le cuento todo, o le vendo todo y te chafo. ¿Oíste, Carlitos, querido sobrino mío, oíste?

Ante tan feroces argumentos, Carlitos García rindió sus armas. No le quedaba otro remedio: unió nuevamente su destino al de su amada tía, doña Casilda de Mederos. Seguramente el ánimo de don Fernando les bendijo desde su huesa.

Ahorrando detalles, el hecho es que, en una sola noche, Carlos, digo el Prócer Benalcázar, tuvo que firmar como doce documentos que se le habían quedado sin rúbrica durante noventa años. Casilda, más desconfiada que Carlitos, objetó:

—Sería mejor que firmases unos con la mano derecha y otros con la izquierda; unos sin beber nada y otros con varios trinquis adentro; uno al acostarse en la cama, y otro al sentarse a la mesa, para que haya cierta variedad. La uniformidad no sirve, Benalcázar era muy saltón, muy nervioso.

—Usted se calla, señora tía. Yo sé cómo firmaba Benalcázar. No olvide que soy su albacea postmúndico. Déjeme hacer y quédese quietecita. Ya verá

qué bien sale todito.

No hubo mayor debate; apenas un rezongo nasal de doña Casilda. A la mañana siguiente estaba listo el legajo de documentos *firmados* por el inmortal Prócer Benalcázar, casi un siglo después de su irreparable deceso. De nuevo *alea jacta est*, se dijeron los muy cundas. Entre tanto el señor de Olazábal esperaba en su lujoso gabinete la visita de los dos, sí, de los dos, porque, tratándose de tan alto fin como el del toma y daca, doña Casilda insistió en revestir el acto con la solemnidad inesperada de su propia e irrevocable asistencia: estaría presente ella, la viuda del famoso escritor e historiador don Fernando de Mederos.

La ceremonia fue muy simple. El señor de Olazábal ya había examinado varios de los documentos. Tenía copia fotostática de otros. Estas copias las había hecho objeto de una pericia de los expertos paleógrafos de la Academia de Trapalandia. Todos convinieron en que el mundo estaba en vísperas de que se desvelara un gran misterio histórico de aquellos papelotes. No hubo, pues, mayores interferencias. Reinaba un silencio tenso. Durante tres horas compararon los índices con sus contenidos, se miraron al revés y al derecho los informes, trámite que fue repetido al recibir el cheque y otorgar el documento de venta, hecho a nombre de doña Casilda, aunque con una mención de Carlitos, quien fue reputado como comisionista y testigo.

La ceremonia, repito, fue muy simple. El señor

de Olazábal, alto, tieso, trémulo, tomó bajo el brazo el cartapacio, acariciando su lomo con los dedos de la mano izquierda, mientras con la diestra estrechó la de sus visitantes.

Les acompañó hasta la puerta. Hizo una venia de gladiador victorioso. Pero no pudo verles como, no bien salidos de la espaciosa mansión los dos vendedores, se metieron vertiginosamente en la bodega vecina para llamar por teléfono al banco sobre el cual había girado el señor de Olazábal, a fin de cercionarse de que llegarían a tiempo. Hubo un comentario adicional que no podríamos pasar por alto; no lo formuló Carlitos sino doña Casilda:

—Después de todo, Carlitos, tenemos otra copia exacta y firmada por la misma mano, la de Corpancho, que es como si fuera la tuya. . .

Carlitos no respondió: se miraron a los ojos e hicieron un gesto no muy cortés para el comprador. Había concluído una parte de la jornada.

Desde este momento es casi necesario olvidar, por lo menos durante un buen trecho, a doña Casilda y a Carlitos, a Felipe Madrid y a Corpancho, para concentrar nuestro interés en el señor de Olazábal, nuevo albacea de la remota versión concerniente al Prócer Benalcázar y al ilustre, célebre y genial Sanmillán, es decir, a los representantes de dos países beneméritos: Orolandia y Trapalandia.

Aparte de los datos físicos que hemos dado acerca del señor de Olazábal, conviene establecer las causas

y razones de su interés por los dictados de ultratumba (para él meros dictados de aqueste mundo) hechos por el Prócer Benalcázar y su cofradía de héroes, capitanes y legistas.

Manuel de Olazábal era vástago de una familia con cuatro generaciones en América. Sus abuelos más antiguos habían llegado del país vasco. *A fuer de tal*, el señor de Olazábal era dinámico y tozudo: profesaba un ardiente catolicismo y creía en la historia como en un Quinto Evangelio. Había estudiado Derecho en la Universidad de Trapalandia. Esta circunstancia le había imbuído del espíritu nacionalista del país trapalandés, que en aquel tiempo se hallaba en plena efervescencia patriótica. Sus mejores amigos reconocían en el flamante abogado ciertas dotes de perspicacia y constancia, no siempre fáciles de hallar. No contento con su título de abogado trapalandés, el de Olazábal fue a estudiar en la Sorbona Derecho Internacional Comparado. En París, *mon Dieu*, gastó parte de su fortuna y perdió a ratos su proverbial seriedad. Hizo también una corta estada en la Universidad de Madrid de que egresó re-abogado. Los días en que todo eso ocurría eran los inmediatamente posteriores a la Guerra Mundial Número Uno. La aparición del fascismo, a continuación de la Revolución Rusa, hirieron profundamente la imaginación y la sensibilidad del joven jurisperito. Como contraposición a las actitudes e ideas bolcheviques, se alzaba la reacción ultranacionalista encabezada por el Duce Mussolini, por Primo de Rivera y después por

Hitler. En Trapalandia se esbozaba un grupo belicoso para derrocar la Democracia. Un frenesí patriótico sacudía a las diversas naciones de América del Sur. En Madrid, a la sombra del desastre de Annual, se había establecido —repiteámoslo— la dictadura del Marqués de Estella, seguida por la reacción democrática que encumbró a la Segunda República, previa la alegre evaporación del Rey.

La idea de formar un movimiento nacional había echado a volar bajo diversos marbetes. Uno de sus puntales más vigorosos era la pesquisa histórica. Ésta se bifurcaba en dos tendencias muy señaladas: la de la tradición monárquica, virreinal y española, y la nueva tradición de los movimientos emancipadores de principios del siglo XIX. Don Manuel de Olazábal titubeó mucho entre ambas. Al fin, por un azar y más que todo a causa de la coyuntura que le brindaba la calaverada de Carlitos y doña Casilda, optó por la tradición independiente, y se sumergió resueltamente en ella. Fue como tirarse al mar: de cabeza y vestido.

Sí, sí. ¡Fue el más perfecto *plongeon* de la temporada historicista del siglo XX en este lado del mundo! Mas don Manuel de Olazábal no pretendía sólo narrar un capítulo del pasado, ni resaltar sólo como perito en él. Otros propósitos alentaba: alcanzar fama en su patria y, si no era imposible, obtener algunas ganancias monetarias, paralelas a las que deparan la celebridad y el prestigio. Por eso la noche misma del día en que perfeccionó la compraventa

de las cartas de Benalcázar, antes que nada, procedió por su cuenta a inventariar los documentos y redactó el borrador de una carta dirigida a su superior jerárquico en la capital de su país, dándole cuenta de su adquisición y, al par, ofreciéndosela en el triple del precio en que la había comprado.

Hasta muy alta noche estuvo el señor de Olazábal metido en un grueso saco de fumar, bajo la detonante luz de una lámpara de quinientos voltios, pasando lista a los papeles, llenando libretas de apuntes, comparando cheques y facturas, haciendo sumas y contrasumas, echando en una palabra las bases del "descubrimiento" y del negocio. Con eficacia de mago sacaba de cada papeleta una fecha, un dato y una cifra. Luego alineaba los tres en columnas separadas. Volvió a sumar y contrasumar. Por último, ya mediada la madrugada, entre un perfumado sabor de cognac y un sólido bostezo, agarrándose la cabeza con ambas manos, se tiró sobre un sofá exclamando:

—Ahora sí. ¡Eureka!, ahora sí, ahora seré famoso.

El loro que dormitaba dentro de su jaula de hierro, colocado en difícil equilibrio sobre sus chuecas patas, dio un salto al escuchar la intempestiva carcajada del pulquérrimo señor de Olazábal. Abrió un ojo y cerró el pico. Si hubiera podido leer, habría comprobado que con grandes caracteres, su amo había escrito en una de las páginas de la libreta estos extraños guarismos:

Entrega Cheque 18743. Banco Providencia a C. García a Cta.	\$ 5,000.00
Entrega Cheque 21456. Banco Providencia a C. García a Cta.	2,500.00
Entrega Cheque 23798. Banco Providencia a Da. Casilda de Mederos	7,500.00
Entrega Cheque 45235. Banco Providencia a Da. Casilda de Mederos (cancelación)	10,000.00
	<hr/>
TOTAL	\$ 25,000.00

Gastos proyectados:

Oferta al Dr. Raúl Leyva: por peritaje . . .	\$ 15,000.00
Total gastos reales posibles	40,000.00

Ingresos presupuestados:

Por venta de los documentos a S. G.	\$ 50,000.00
Por derecho a usarlos en libros y publica- ciones	10,000.00
Por derecho de Radiodifusión en serie . . .	10,000.00
Por copia adelantada al Archivo	10,000.00
	<hr/>
Total de ingresos proyectados	80,000.00
Saldo a favor	\$ 40,000.00

*Plus honores, conferencias, títulos universitarios, propagan-
das periodísticas, ascenso profesional, etc.*

Releído este proyecto financiero-histórico-literario, teosófico, el señor de Olazábal se entregó a la perpetración de la correspondiente carta-oferta de que hemos hablado. El prodigio se hallaba en marcha. La varita mágica de la audacia se aprestaba a convertir en monedas actuales las imaginaciones de un

médium inescrupuloso nacido a la sombra augusta del sabio don Fernando de Mederos y la más ilustre aún del Prócer Benalcázar, salvador de un puñado de naciones, todavía jóvenes.

¡Ay!

Los espejos reduplicaron en ese punto la extraña imagen de un grave y erguido señor, muy bien aderezado, bailándose un garrotín de los más pintureros, combinado con lentos y largos pasos de tango, de un tango compadrito, de esos de los tiempos de *El choco* y *Pejerrey con papas*.

Ni más ni menos. Sí, señor.

XIX. HISTÓRICA CORRESPONDENCIA

El señor de Olazábal acababa de dictar su carta. Se repantigó solemnemente en la butaca y estuvo a punto de cortar un cigarro puro y fumárselo en señal de majestuoso regocijo. Algo detuvo la mano que ya rascaba un fósforo. ¡Huy!: esa vieja arritmia cardíaca. Aunque el médico le había asegurado que no era funcional, sino emotiva, él no se las traía todas consigo y prefirió escuchar al temor, disfrazado de prudencia. Dio una lenta vuelta por la biblioteca y no pudo evitar detenerse ante el escritorio en una de cuyas gavetas yacía el glorioso mamotreto adquirido en las perdulerías de Carlitos y doña Casilda. ¡Ah! Ahora poseía el más profundo secreto del pasado histórico del Continente. Era suya la verdad verdadera. El Prócer Benalcázar. Nadie le discutiría la pertenencia del trascendental secreto. Estaba en aptitud —¡qué linda la expresión oficialesca!— en aptitud de revelar por qué el muy ilustre general trapalandés Sanmillán se puso de lado y prefirió perder sus preeminencias ante la santidad de una causa cuyo patrimonio y comando le disputaba el orolandés Benalcázar. ¡Oh! ¡Oh! ¡Ah! ¡Uh! Aquello significaba echar por tierra una montaña de infundios y majaderías, de soñaciones y vanidades. Y él, sí, él, Manuel de Olazábal, por la gracia de Dios y

de Carlitos, había sido señalado por el destino para abrir las compuertas de la luz.

Seguía soñando despierto, sin abrir el legajo, cuando el secretario, joven de nudo en pecho y cuello de almidón, anunció desde la puerta:

—Señor, aquí está la carta. ¿Me hace el honor de revisarla?

El señor de Olazábal se volvió lentamente hacia el secretario y le dijo, casi con paternalidad:

—Lea, señor secretario, hágame el favor de leer.

El secretario leyó:

“Lima, 12 de agosto de 1939

“Señor doctor don

Raúl Leyva

Presidente de la Academia de la Historia Numismática.

Trapalandia.

“Distinguido amigo y muy señor mío:

“Como tuve la fortuna de escribir a usted hace dos meses, al fin he culminado la investigación en que me hallaba interesado y de que surgirán nuevas luces para la historia de la Patria y formidable prestigio para nuestra tradición gloriosa: tengo en mi poder el legajo de cartas inéditas que el ilustre Prócer Benalcázar dirigiera a su secretario el general Godínez, relatándole las conversaciones que mantuvo con nuestro benemérito Prócer, el general Sanmillán.

“No tiene usted idea de con qué fruición patriótica leo y releo ese formidable texto, y cómo

doy gracias al cielo por haber iluminado mis pasos hasta hacerme dar, después de ímprobos trabajos y exhaustivas indagaciones, con el paradero de los papeles, permitiéndome descifrar su contenido y enhebrar sus correlaciones.

“Premiado está mi desvelo. Me siento satisfecho. Pero, como considero que se trata de un tesoro nacional, lo único que deseo es ponerlo a disposición de la República, previo, naturalmente, el dictamen y el asentamiento de la insigne Academia de su Presidencia, la cual, una vez establecida la autenticidad, integridad e idoneidad de los textos, podrá aconsejar lo que le pareciere conveniente y comunicarme el resultado.

“Sí, como espero, el fruto de la alta consideración de Ud. es favorable, me permito adelantar desde ahora, las condiciones a que sometería mi voluntario y desgarrador despojo:

“He pagado por gastos de viaje, ayudantes, derecho de copias (lea usted esto mejor como le dicte su perspicacia), copistas, etc. la suma de SETENTA MIL SOLES. No pido sino que me sea reembolsada contra la entrega de los documentos.

“Me reservo, sí, un pequeño derecho, o, mejor, una satisfacción íntima: ser el primero en publicar los documentos, precedidos de un estudio y acompañados de unas notas, por lo que tendría plenos derechos de autor así como a la correspondiente difusión radial, si fuere del caso.

“No dudo de que dados los altos conocimien-

tos de Ud. que nadie disputa en el mundo, su buena voluntad y su reconocida diligencia, todo quedará bien arreglado para honra del país, y tendré su respuesta con la celeridad requerida, por lo que le reitero mis más vivos agradecimientos.

“Renueva a Ud. su cordialísima amistad y respeto, su affmo. amigo y S. S.

M. de Olazábal.”

“P. D. —Olvidaba algo: no tendría ningún inconveniente en que Usted si lo tuviere a bien, diera la noticia de este hallazgo por la prensa y la radio, uniendo su nombre al mío, con lo que me sentiré sumamente honrado.”

Vale.”

El señor de Olazábal entrecerró un rato los ojos y, luego, firmó lentamente, al pie de la página: Manuel de Olazábal.

—Despáchelo por avión, certificado —agregó con voz extrañamente dulce.

El secretario desapareció como una sombra.

De nuevo a solas, el señor de Olazábal se dedicó a escribir otras cartas, sin perder de vista al adorado legajo, especie de Santo Graal de sus sueños actuales.

Una de las nuevas cartas decía:

“Señor

Reynaldo Campos

Trapalandia

"Estimado amigo:

"Seguramente, cuando reciba usted esta carta ya el doctor Leyva le habrá comunicado el estu-
pendo descubrimiento histórico que me ha sido
dado realizar. Él le dirá también, pues le cable-
grafiaré oportunamente, lo que le he propuesto
para bien de la Patria y prestigio de nuestra Aca-
demia. Si, como espero, usted estuviere de acuerdo
con ellos, me permito pedirle un señalado favor:
nadie como Ud. para escribir el prólogo del vo-
lumen que me propongo editar con los documen-
tos descubiertos y mis notas, a la vez que me atre-
vería a pedir su ayuda para reunir y coordinar
un número de referencias necesarias cuya urgencia
es notoria.

"Desde luego, estos servicios importan empleo
de tiempo y gasto de materiales etc., por lo que
me permito ofrecerle, salvo mejor parecer (*aquí
se detuvo el señor de Olazábal, se rascó la lumi-
nosa frente, hizo lo propio con la enérgica barbilla,
y siguió*).

... cinco mil soles más los gastos de amanuen-
se. ¿Le parece bien? Debo decirle que he gastado
mucho y que no soy hombre de las posibilidades
financieras que se supone. Pero, se trata de la
Patria y de la Historia, y usted siempre trabajó
para ellas.

Otra firma solemne y otro envío aéreo.

El señor de Olazábal dio cuerda a su reloj, como quien mueve el rodillo de la Historia.

Ahora sí encendió el cigarro habano; exhaló una densa humarada, y abandonó la sala, no sin echar doble llave a la gaveta que guardaba los famosos papeles.

Dos semanas después (ya jugueteaba el tibio sol de la próxima primavera limeña), llegaron casi juntas las respuestas. Primero, naturalmente, la de Reynaldo Campos. Contenía un párrafo delicioso que hizo sonreír con aire inefable y cómplice a su docto recipiendario. El párrafo decía así:

“Aprecio en todo lo que vale su desinterés y generosidad. De sobra se conoce cuál es la forma de proceder de Ud., digno descendiente de los Olazábal de Andarria, uno de los cuales se distinguió por su heroísmo en la batalla de Bailén. Yo, mi señor y respetado amigo, no tengo sino aceptar su obligante oferta, aunque, si me lo permite, para ser más cabal, me atrevería a decirle que convendría alterar levemente las cifras, de suerte que el trabajo todo significaría diez mil soles (10,000.00) de los cuales sólo tocaría el suscrito los cinco mil de su ofrecimiento; pero hay que considerar los servicios de algunos auxiliares, uno de ellos, quizá, el señor Gómez Trejo, de alguna monta y de indiscutible utilidad, pues es hombre al par de archivo y de imaginación, mez-

cla en este caso necesaria y hasta imprescindible.”

—Muy bien, muy bien. Era lo calculado, murmuró el de Olazábal guardando con sumo cuidado la prometedora misiva.

La segunda en llegar, respondiendo a la primera escrita, traía el membrete de don Raúl Leyva, en azul oscuro sobre papel azul celeste dentado.

El señor de Olazábal se acomodó en su escritorio para leerla a sabor. Era un modelo de cortesía y sagacidad, de sapiencia, claro está.

Transcribámoslo tal cual por ser documento que, acaso, un día sea sujeto a experimento análogo al que Carlitos utilizó con el Prócer Benalcázar.

“Muy querido y recordado amigo Olazábal:

“He leído con verdadero interés su carta de fecha 12 del pasado agosto, a cuyos afectuosos términos correspondo de todo corazón, y, después de pensar en ella y de consultar en términos generales su contenido, llego a las conclusiones que siguen, y cuya aceptación por usted me daría mucho gusto saber, tanto que hasta le rogaría dármele por cable.

“El descubrimiento, no diga hallazgo con indebida modestia, mi querido maestro, que usted ha realizado, debe tenerlo lleno de orgullo, a la vez que darle asidero para una recompensación digna del servicio que Ud. rinde a la Patria al sacar de errores a quienes, por algún momento, corto y

desgraciado momento, pudieron pensar mal de nuestro venerado Prócer Sanmillán.

“Me explayaría en este tema, pero sé que usted es hombre ocupado y práctico, de suerte que prefiero concretarme a los rasgos esenciales de su carta, de que paso a hablarle con una enumeración prosaica, pero útil.

“Tratándose de usted, el examen de la academia es innecesario. Mi opinión está formada y se la daré por escrito, por radio o como quiera y cuando lo desee. No tiene sino que mandarme los documentos debidamente asegurados, o, mejor, traerlos usted mismo, y yo haré lo que sea menester.

“Acepto entusiasmado el introductor en acto público de esos documentos al conocimiento de nuestros paisanos. Usted recibirá SETENTA MIL PESOS, que es cantidad ligeramente mayor a la que usted me dice haber desembolsado, y en la que quedarían incluidos algunos gastos imprevistos locales. Usted percibirá los derechos de autor por la publicación (bien sea impresa, por radio, en periódicos, o como sea durante un periodo que podríamos fijar en diez años, o vitalicios, sin alcance a herederos, ya que se trata de una concesión especial y personal). Usted recibiría una copia fotostática debidamente legalizada. El nombre de usted figuraría siempre —siempre, querido amigo— en toda mención de tales descubrimientos.

“He consultado con quienes debo, sobre este asunto, y le escribo en nombre de tan altas autoridades, quienes se unen a mí en la sugestión para que traiga usted EN PERSONA, los documentos y haga aquí los arreglos pertinentes.

“Si este arreglo, que es el propuesto por usted, mereciera su aceptación, no dude en ponerme en su cable con la palabra aceptada y anunciarnos el día de su viaje.

“Lo abraza con todo afecto su viejo amigo y estimado,

Raúl Leyva.”

El señor de Olazábal respiró a fondo: aquello era el triunfo. Volvería vencedor con el escudo, como los grandes guerreros espartanos.

Pensó de soslayo en sus émulos y rivales de allende la montaña. ¡Qué cara pondrían al saber que él, el mimado de la fortuna material, también lo era de la del espíritu! ¡Bah!, eso valía una pequeña calaverada. Pidiendo perdón a sus arterias y a su hígado maltrecho, no de penas sino de excesivos júbilos, llamó a su ayuda de cámara. La orden que dio fue como de Leónidas el día de las Termópilas.

—*Germain, apportez moi un cognac*

—*Le quel, Son Excellence?*

—*Un Napoleón, bien sur, espèce de crétin.*

Llegó la majestuosa botella de cognac Napoleón, junto con la ritual fragilísima y tinajuda copa. No permitió Su Excelencia que Germán la escanciara.

Se atendió él mismo. Y, luego, levantando la copa en que rutilaba el rubio licor, se dirigió a un retrato del Prócer Sanmillán pendiente de una de las paredes, y con un guiño picaresco, le dijo:

—Por ti, Procerito, este brindis es absolutamente tuyo. ¡Salud, por los dos! —y se la echó de un trago al colete, como si fuera un principiante.

¡Había triunfado!

XX. PASIÓN Y FUGA DE CORPANCHO

Hallábanse en lo mejor de sus coloquios e intercambios económicos-eruditos el de Olazábal con Carlitos, y desde luego, con la eficaz intervención de doña Casilda, cuando el ingenioso Corpancho, harto de esperar al consabido tonto que debía ingresar un día por La Portada de Lima, resolvió apartarse de una vez de la hasta ahí ilusoria empresa. Corpancho no era hombre de melindres ni fantasmagorías; no era hombre. . . (doña Casilda habría exhalado una risita maliciosa de haberse alguien interrumpido en ese punto; pero nosotros, historiadores imparciales de los sucesos, nos limitaremos a toser para seguir adelante. . .) —no era hombre de mucho aguardar. Además algo le daba en las narices que no se anunciaban cosas muy limpias. Aquel Carlitos se las traía, y a doña Casilda le había dado en abanicarse con excesivo desgano, como quien vive en mundo superior, inalcanzable para un fulano corriente. El hecho es que a Corpancho le empezaron a salir raíces en lugar de alas. Hundiéndolas en la tierra cortó el circuito de las apariciones celestes, y se consagró a no dar paso que no estuviera medido y muy remedido sobre la haz del suelo.

Uno de esos pasos fue solicitar una audiencia de la ahora pimpante y joyante doña Casilda. Corpan-

cho rogó que Carlitos estuviera presente.

Carlitos no tenía minuto de reposo, absorto en la tarea de pasar en limpio las confidencias astrales, las firmas ultramúndicas y demás enredos pre y post mortales del Prócer Benalcázar, para quien el sepulcro se había convertido (si creyéramos a Carlitos) en bufete y tribuna. ¡Así andan ahora los cadáveres, cuando ilustres! Carlitos había tropezado con algunos escollos de orden grafológico y caligráfico, lo que hacía urgentísimas y continuas las convocatorias a los espíritus heroicos del séquito benalcazariano.

—¡Cómo está usted, Don Corpancho, don Corpanchito, tan lindo y precioso como lo ven! No se azore; ya estamos llegando a puerto con la reiterada ayuda de nuestro Prócer a quien Dios premie.

Pero Carlitos no poseía los mágicos dones suasorios de don Fernando. Corpancho, entre jipíos y morisquetas coquetonas, le respondía:

—¡Que no, que no, Carlitos! ¡Yo me llevo mis papeles, yo me llevo mis papeles ahorita mismo! A mí no me la pegas; yo no soy zonzo. Los muertos no hablan, encanto mío. Los muertos lo más que hacen es dejar que hablen por ellos los ladrones... como tú, cielo de mis cielos.

Carlitos se encrespaba con los suaves dichos y remilgadas maneras de Corpancho, pero, obligado a tragar saliva a fin de no descompletar el cuadro guerrero de su papelería, se veía obligado a insistir:

—¡Corpanchito, por Dios, nene rebrujo: qué gracia tienes, salao, como dice el Pacorro..! Este to-

rerazo, te acuerdas, ¿eh? Este mozote con sus brazos y sus piernas y su modo de hablar tan macho y recontramacho. Pues, como le decía, don Corpanchito: usted no puede cometer el feo pecado del suicidio, porque eso sería separar sus papeles de los de don Fernando, a quien Dios tenga en su Santa Gloria (Amén, Amén), pues en ese caso todo se viene abajo, con Prócer y todo. Fíjese, Corpanchito rico, que el Prócer Benalcázar dice que el Acta de la Capitulación de la batalla de Sunqios, la de usted es "más auténtica" que la que tiene don Fernando, y ésta lo es más que la del Museo de Lima. No, don Corpanchito, en esto de autenticidades hay sus grados, como en la milicia. La cuestión es mantenerse dentro de los límites convenientes. Además...

—¡Pierdes tu tiempo, alhaja! Yo me llevo mis papeles. Y si no me los quieren dar, te demando ju-di-cial-men-te.

Doña Casilda sentía el asedio de Corpancho, y lo temía. No en vano don Fernando, que fuera intrépido y astuto como pocos, nunca dejó de considerar con muchísimo cuidado a su erudito y encontrado socio. Solía repetir: Corpancho, como todos los de su laya, es sutil como una maja y tenaz como un hombre.

Lo dicho: Una tarde, a eso de las tres, cuando más sueño llenaba sus párpados, después de una opípara manducación de especialidades criollas (seviche, sancochado, chancho en adobo, frijoles con tocino, arroz zambito, chicha morada), alguien tiró

de la campanilla de la puerta, con porfía de náufrago. Vibró por toda la casa el feroz campanillazo. La negra Julia, que ya había empezado a moler el choclo para el pipián de la noche, se refregó las manos en el delantal y fue a abrir la puerta:

—¡Una notificación, *señorita* Casilda! Dice que es escribano. . . que viene de parte del Juez Tellería. . .

—¡Corpancho!, ¡ese condenado, sin duda! —barbotó doña Casilda, mirando sin pestañear a Carlitos que había pedido un café de Chanchamayo.

—No puede ser, títa, no puede ser. Corpancho será lo que usted quiera pero no tiene un pelo de zonzo. Y demandada sería como matar a la gallina de los huevos de oro.

—Pues ese maricón odia tanto a las gallinas de cualquier clase que es capaz de matar a la de los huevos que tú dices. . .

La negra Julia gritaba desde la puerta.

—Este señor dice que hay que firmar, y usted sabe, *señorita*, que a mí no me gusta meterme en enredos.

—Negra bruta: dile la verdad; lo que pasa es que eres analfabeta y no sabes ni garabatear tu nombre.

Hubo que firmar la notificación. Doña Casilda empezó a leer:

“En la diligencia preparatoria incoada por V. Corpancho contra Casilda viuda de Mederos y Carlos García Mederos, sobre reconocimiento de documentos, el Juez que suscribe ha decretado. . .”

—¡Se nos cayó la quinchá! —bramó el médium.

—¡Me muero, Carlitos, me muero!; ¡este hombre qué caray, es maricón, es un canalla, digo que digo, este adefesio es un vil..!

—¡Ya se lo había prevenido, títa! ¡Ahora tendremos que adelantar el golpe, no sea que Corpancho vaya con el soplo donde el Excelentísimo Olazábal..!

A Dios gracias, la sangre no llegó al río. Corpancho hizo saber a sus colitigantes que si le devolvían su parte de papeles, podían quedarse con las copias fotostáticas y usarlas y que lo único que exigía era una parte del dinero a recibir, pero no mucha. A él le interesaba más recuperar los documentos auténticos y marcharse con la música a otra parte —para otra compraventa. El resto le tenía sin ningún cuidado.

—¿No ha hablado usted con el señor Olazábal, señor Corpancho? —indagó prudentemente doña Casilda.

—Mire, señora Casildita, ni se me hubiera ocurrido si no es que el propio Excelentísimo señor no se digna llamarme. Fue para una consulta *técnica de mi es-pe-cia-li-dad*, ¿oyó? Hablamos un par de horas; me convidó unos cocteles y una bebida rara, que yo cambié por menta; me ofreció unos puros enormes de La Habana misma. Es un caballero muy culto y agradable. Tiene muy lindos ojos, todavía. Se ríe como un chantre, con gracia. Se le ve fuerte y saludable. ¡Muy simpático! Y claro, muy instruido. Hablamos tres horas. Tenía deseo de saber del Prócer Benalcázar. Hablamos cuatro horas, tal vez cinco.

Doña Casilda se aguantaba a duras penas las ganas de saltar al cuello de Corpancho y sacarle la verdad a estrangulaciones. Carlitos los miraba con los ojos pelados, como gato.

Al final, Corpancho anunció su viaje a otro país, al "extranjero", como decía con cursi énfasis. Ordenó que le trajesen un automóvil; hizo meter en él los cajones con sus papeles y se fue muy sonriente, meneando cadenciosamente las espaciosas caderas.

—¡Maricón de..!

—¡Tía, por favor! ¡qué diría mi tío Fernando que de Dios goce, si la oyera terminar esa frase! ¡No la termine, tía! Déjela así como la *Sinfonía Inconclusa*, para que la concluyan los demás.

Esa misma noche, el de Olazábal recibía una llamada urgente de Carlitos:

—Excelencia, qué gusto oírle... Pero, es el caso que ha surgido un nuevo cliente y desea definir el asunto en el día. Es ciudadano de Orolandia, donde, usted sabe, tienen idolatría por el Prócer Benalcázar. Son capaces de cualquier gasto por poseer todo lo que a él se refiere. Usted sabe, el año pasado, la Sociedad de Numismática de Cangas pagó algo así como cincuenta mil dólares por una carta de Benalcázar en que aceptaba un banquete. ¡Oh, ahora están locos con la noticia de nuestro tesoro! —Carlitos subrayó muy bien las palabras "*nuestro tesoro*".

El señor de Olazábal le escuchaba con el ceño ligeramente fruncido. Había un patético fulgor en sus ojos. Los labios le temblaban levemente.

—Señor García —empezó a decirle con su voz más dulce—, no tenga usted temor alguno por "*nuestro tesoro*"; seguirá siendo nuestro, sí, señor. Por nada del mundo dejaré que se lo lleven los Numismáticos esos. Usted me ha indicado un precio y yo le digo que sí. Prepare usted, pues, los documentos pertinentes y yo haré lo mismo con el cheque que corresponda. Si usted y la señora de Mederos no tienen inconveniente, mañana mismo podríamos dejar terminada la operación.

Carlitos, a punto de desmayarse de gusto, inclinó la cabeza asintiendo, y pidió permiso para retirarse y regresar con "*nuestro tesoro*" en regla.

Cuando llegó donde doña Casilda con la noticia, ésta no hizo un gesto siquiera mientras escuchaba el relato. Dejó que Carlitos se despachara a su entero sabor. Después de que hubo acabado, se limitó a decirle:

—Ya estuve donde el Notario Riasco, quien me ha preparado casi todos los papeles convenientes. Además, he abierto una cuenta número dos en el Banco del Rimac, en la que depositaremos el precio y sobre la que giraremos las comisiones. Creo que la de Corpancho hay que reducirla a la mitad. Quien pestañea pierde, hijo mío, y Corpancho no sólo ha pestañeado, sino que ha cerrado los ojos. El muy despechugado se nos fue: no se debe confiar en pelagatos. Tenemos que enfrentar al de Olazábal con lo que nos queda.

Carlitos, sin salir de su asombro, afirmaba ma-

quinalmente:

—Sí tía; sí, tía; sí tía.

Doña Casilda, dueña del campo, dispuso los pormenores del negocio. Veinticuatro horas después, Germán transmitía a su señor la alegre nueva.

—Excelencia, la señora de Mederos y el señor García solicitan audiencia.

—¿Ya están ahí? ¡Pues, que pasen! Cuando toque la campanilla nos traes *champagne*.

Doña Casilda y Carlitos entraron haciendo sendas venias. El señor de Olazábal les brindó asiento. No tardó en abrirse el diálogo pertinente. Terminó en un dos por tres, sin muchos subterfugios. Las cosas estaban tan claras que sólo la inesperada aparición del Prócer Benalcázar reclamando contra alguna nueva "desautenticidad", habría podido romper aquel idilio crematístico.

Entregaron solemnemente los papeles, en dos legajos, atados con sendas cintas bicolor, rojo y blanco, como era de protocolo. Se produjo la entrega del cheque. Doña Casilda se cuidó mucho de leerlo bien, mientras Carlitos desataba el nudo de la atadura para mostrar su documentación.

—No, señora; no, señor —dijo el de Olazábal, poniéndose la diestra sobre el corazón—. Yo no desconfío, ¡qué digo! yo no podría discutir siquiera sobre el particular. Por favor deje los papeles como están. Hago de cuenta que los he visto, contado y remirado. Todo está en orden. Y ahora, permítame ofrecerles una copa por nuestra amistad, por el fi-

nado y eminente señor don Fernando de Mederos, descubridor de tal tesoro, y por el Prócer Benalcázar, cuya gloria "crece como la sombra cuando el sol declina".

—Amén— balbuceó *sotto voce* Carlitos, entre asustado e irónico.

—¡Dios se lo pague! —dijo doña Casilda como si se tratara de una limosna.

La despedida fue en extremo cortés y hasta afectuosa. Las dos partes ardían en el deseo de verse a solas. La una para regodearse con sus documentos; los otros, para cobrar el cheque.

Por desgracia eran ya las cuatro de la tarde. Los Bancos habían cerrado.

—*¡Qué mala suerte!* —exclamó doña Casilda—; me había hecho la idea de mirar hoy los billetitos, uno por uno.

—Lo mismo estarán mañana, tía: esperándonos como abre bocas.

Se metieron en un auto de aquiler rumbo a la casa de los Mederos. Sólo entonces se dieron cuenta de que el día era hermoso y de que brillaba un suave sol de primavera. Las perennes nieblas del cielo dejaban entrever flecos azules, ahítos de luz solar. Un vendedor callejero voceaba su mercancía a todo pulmón: "¡Pan de Guatemala calentito..! ¡Encimadas calientes..! ¡Chancay sabroso, Come-y-calla de hoy..!"

Carlitos no pudo con su genio: acercóse velozmente al bizcochero y le compró un *chancay* doble,

que olía a clavo, almendras y azafrán.

—¡Come, come, sobrino, come cosas criollas, que mañana querrás manjares franceses! ¡Ay, y ese pobre Corpancho tan lejos, sin saber que al fin resultó el negocio del Prócer! Da pena cuando los hombres pierden el sexo. Son muy desgraciados.

Doña Casilda se hizo dos cruces sobre la frente con la misma mano en que empuñaba el cheque del señor de Olazábal. Agregó con voz temblona:

—¡Dios mío, no dejes de velar por el alma del Prócer Benalcázar ni de llevar la contabilidad de los velones de cera que le tengo dedicados! Era un magnífico sujeto, sin duda, y, además muy cooperante. ¿No es verdad, Carlitos?

Carlitos sacudió la cabeza de abajo arriba dos veces. Después exhaló un suspiro hondo, tan hondo, que partía el alma.

—Cualquiera diría que tienes algún remordimiento, sobrino querido.

—¿Remordimiento, tía? ¿Y por qué había de ser, si todo lo que hago se lo tengo contado a usted, y usted no deja de preguntarlo, a su turno, al padre Garmendia, ese santo varón que la confiesa?

—Así no más es, sobrinito. Vámonos ahora a decirnos hasta mañana. A mediodía iremos al Banco, o mejor tempranito, y en la tarde veremos qué hacer con el dinero. Hasta mañana, Carlitos, mi mejor sobrino.

Carlitos se quedó con la mano estirada, después de haber estrechado en despedida la de doña Casilda. Temía comprender; temía...

XXI. EL HIJO PRÓDIGO

Germán ondeó la mano cordial y respetuosamente, mientras Su Excelencia, erguido, lleno de juventud, subía al automóvil en cuyo asiento delantero, junto al chofer, no se veía sino una pequeña maleta, una *suit case*, al parecer muy sólida y flamante.

—No olvides mis encargos, Germán; si llama la señora Casilda de Mederos, ya te he dicho que no debe saber a dónde voy. Para el señor García no hay secretos. Le puedes decir mi itinerario, pero... con dos días de retraso.

Germán asintió haciendo una venia muy bien medida.

—Sí, Excelencia.

Súbitamente humanizado, el mayordomo agregó:

—No olvide Su Excelencia tomar la receta del doctor Rodríguez. Por favor.

El señor de Olazábal asintió con cierta paternalidad. En seguida hizo una señal rara. El chofer hundió el pie en el acelerador, y el pesado Mercedes Benz se movió suavemente. Como si se hiciera a la mar. Empezaba ¿Qué? ¿La odisea? No: la era de Benalcázar o la "hégira" del Prócer orolandés.

El de Olazábal había organizado aquel viaje casi como una fuga. Una corazonada le había impulsado a proceder así. ¿Por qué? No sabía la razón pero pensó que debía ir a Trapalandia él mismo, con los

documentos, no obstante de que cuatro semanas antes había enviado al eminente doctor Raúl Leyva una copia fotostática de su "hallazgo". Mas de pronto, faltando a elementales reglas de cortesía y a las no menos exigentes de gratitud, el doctor Leyva no le había enviado el convenido cable de acuse de recibo; además, no le había escrito contestando a una carta anterior; por último, alguien, recién llegado, le había contado que se andaba diciendo en los ambientes universitarios de Trapalandia que el doctor Leyva no salía a ninguna parte y hasta había cancelado sus compromisos sociales e intelectuales, ocupado en un descomunal "descubrimiento" . . .

La palabra le supo a cicuta al de Olazábal. Aunque tenía mucha fe en la seriedad y consecuencia de su amigo Leyva, el procedimiento resultaba por lo menos extraño. No era el usado entre los de su clase, ni en relación con asuntos como aquél. Después de meditarlo un poco, resolvió Olazábal que la mejor solución era viajar, pero sin decírselo a nadie; caer de sopetón en la capital de la patria, Trapalópolis, y llamar a la puerta de Leyva cuando menos lo esperase.

Además, durante la travesía podría ordenar mejor sus pensamientos. Aunque muy corto, el viaje le permitiría, después de salir de las exigencias cotidianas, dedicar mayor tiempo, libre de necios pormenores, al asunto central que ya era "el foco de todas sus vivencias", como decía un amigo pedante de quien Olazábal, no sin razón, solía hacer a menudo mofa.

El viaje de ida le significaba apenas dos días. El de vuelta ya se vería. . . Pensaba permanecer en Trapalópolis una semana. Era lo dispuesto por. . . él, aunque podría ser que el diablo viniese a descomponer tan súbito programa.

No dejaba Olazábal de considerar un hecho inquietante: era la primera vez que iba a viajar en aeroplano. Nunca lo hiciera antes, cegado por el prejuicio que le crearon ciertas frases especiosas, así como, en parte, por sus propios temores. Pero era el caso que, hasta ahí, el señor de Olazábal sólo se había movido a través del mundo a lomo de barco o melena de tren y, muy de tarde en tarde, y sólo para distancias cortas, en su ya legendario Mercedes Benz, que rugía a su servicio desde hacía tres años.

De ahí que, el poner pie en la escala del avión, después de haber considerado cuidadosamente la silueta y volumen del aparato, le temblaron las carnes y un imperceptible sudor frío le humedeció la frente, el cuello, las manos, y hasta sintió un hormigueo sutil en el vientre, como si una helada mano de muerto se lo acariciase.

—¡Benalcázar! —pensó. ¡El Prócer Benalcázar! ¿No se estaría vengando de él por haber violado el secreto de su siglo y llevar en venta las recién adquiridas cartas que eran ya causa de encandilamiento (¡tenía que ser así!) del astuto y ostentoso doctor Leyva?

Cuando el avión, tras bruscos resoplidos y palpitaciones, estremecimientos y cabeceos dignos de mejor

causa, se hubo lanzado hacia el espacio, el señor de Olazábal, apretadito al asiento por la implacable correa —que llamaban *seat belt*— dirigió la mirada a través de la ventanilla, hacia afuera, le pareció distinguir entonces, entre el motor izquierdo y la extremidad del ala del mismo lado, una sombra, que luego se esfumó entre las nubes, como tragada por ellas. ¡Benalcázar!, exclamó sin poderse contener. Menos mal que, en ese preciso instante, el avión dio un salto, hizo una cabriola y todos los pasajeros se pusieron tan pálidos que no hubo oportunidad para aclaraciones ni declaraciones.

El señor de Olazábal inició en sus adentros una frenética conversación con el Prócer.

Éste había realizado hazañas increíbles, pero la posteridad se encarnizaba con sus éxitos como si hubiesen sido derrotas. —¿Qué culpa tienes de haber triunfado? —le preguntó Olazábal. Y Benalcázar, brincando de una nube a la otra, y de allí al ala, respondió:

—No me culpes, hijo, de lo que los hombres me enrostran. Esos historiadores, tus colegas, son estúpidos, envidiosos y sin alma. Figúrate, Manuel, que han llegado a atribuirme que yo sería la supuesta causa del fracaso de Sanmillán. Tú sabes que no fue así. Tú lo sabes; porque tú eres la única persona que conoce todas mis cartas verdaderas y sabes cómo he reaccionado frente a los chismes de que me hicieron víctima hasta mis fieles secretarios. Yo no fui, ¡qué digo! yo no soy lo que ellos se imaginan.

Yo jugué al juego del amor y de la muerte, y gané.
 (“¿A quién le he oído esto? —pensó el de Olazábal, hombre leído, sin duda—. Reconozco esta monserga, pero ¿a quién se la he oído?”)

—A José Eustasio Rivera, hombre, por si no recuperas la memoria —exclamó Benalcázar—. ¿No sabes que yo sigo viviendo y que por eso me interesa tanto que tú me defiendas y reivindiques, y demuestres que siempre fui un hombre honrado, pero pobre? Como te decía, cuando nos encontramos con Sanmillán él estaba muy seguro de que me haría la *pasada* y que yo me quedaría, como dicen los de ahora, “con los crespos hechos”. Pues no me los quedé así. Lo previne todo; me adelanté a él y, entonces, sí, le ofrecí que anduviéramos juntos para repartirnos el poder sobre esta tierra y hacerla feliz. El muy tonto no aceptó: tenía el vicio de la honradez y de la gula. ¡Habrás visto!

Benalcázar aparecía y desaparecía entre las nubes. De pronto dio un volantín y no sé cómo cayó dentro de la cabina. Se acercó al señor de Olazábal, que sudaba más frío que antes, y adelantando la mano...

El pasaje se volvió todo hacia el asiento del señor de Olazábal. Éste, despertando de improviso de su pesadilla, se dio cuenta de que tenía la garganta seca como si hubiera gritado mucho, que estaba aferrado a su vecina, la cual le sacudía gentilmente; que se había quedado dormido, que sudaba a chorros; que...

Balbuceando las excusas que pudo, se acomodó

de nuevo en su lugar, y corrió la cortinilla de la ventana para no mirar más hacia afuera. Benalcázar estaba bien muerto; no podría regresar nunca. Olazábal dirigió una mirada hacia donde había dejado la maleta del secreto, y, como la viese allí, se pasó la mano por la frente, y reanudó sus cavilaciones.

Al día siguiente, el señor de Olazábal llegaba semi de incógnito a Trapalópolis. Hizo lo que debía hacer, durmió y, hacia las once de la mañana, se dirigió al Jockey Club.

La vida es de una refinada crueldad. Nadie, ni el más canalla, puede jamás igualarla en perfidia. Al menos, cuando el señor de Olazábal, al girar por casualidad el botón de una radio en la peluquería del Club, oyó que se le entraba por los oídos, como un torrente, la voz del doctor Leyva, se referió a algo increíble, algo inimaginable. ¿Qué era aquello? La voz del doctor Leyva no era sólo su voz, sino la de Benalcázar. La radio transmitía las declaraciones del ilustre académico, anunciando *urbi et orbi* un descubrimiento que él —sí, él— acababa de llevar a cabo; el de las cartas del Prócer Benalcázar.

Olazábal pegó un salto. ¡Era el colmo! Ahora se explicaba el silencio. No quiso escuchar más. Le bastaba lo que había oído. Helo aquí:

“Señores y señoras: Es un privilegio para mí dirigirme a tan vasto e inteligente auditorio, y darle una feliz noticia. Una noticia que va a remover los cimientos mismos de nuestra cultura. Me refiero al

descubrimiento que acaba de hacer la Academia, que me honro en presidir, el descubrimiento de una magnífica colección de cartas inéditas del Prócer Benalcázar, a propósito de nuestro Prócer Sanmillán. En ella se destruyen muchos mitos históricos y se nos da una nueva lección de civismo. Ha hecho, pues, bien, la Academia —de cuya presidencia me honro, lo repito—, en votar una suma considerable: cien mil pesos, para adquirir tesoro tan estupendo, que pone de relieve la verdad histórica y a la vez las excelsas cualidades de un hombre a quien debemos imitar todos. Los documentos referidos, en cuya negociación ha tenido ocasional actividad el doctor Manuel de Olazábal, distinguido *amateur* de la Historia, han venido a corroborar las investigaciones e hipótesis que la Academia, por mi conducto, tenía ya avanzadas. Ha sido así como . . .”

—¿De dónde estará hablando el muy pillo? —bramó el de Olazábal—. ¡Con que la Academia ha “descubierto” los papeles y no yo . . .! ¡Con que cien mil en vez de cuarenta mil . . .! ¡Por eso no me escribió palabra! ¡Qué tal si no vengo . . .! ¡Dios mío, gracias por haberme iluminado!

Voló desalado calle abajo, el dueño de la verdad sobre el Prócer Benalcázar. El bastón que por lo común le servía de leve y elegante apoyo, o más bien de adorno, se le adelantaba en inevitable ansia de descargarse sobre algún lomo culpable. Tras él, halado por su vara, iba Olazábal, todavía desconcertado. Empero, cuando llamó a la puerta de la amplia casa de

la calle Ostende en que habitaba el doctor Leyva, el bastón se había tranquilizado y el señor de Olazábal lucía su muy bien ensayada y enigmática sonrisa de loro, sobre cuya eficacia estaba absolutamente seguro.

Fue una sorpresa anonadante para el doctor Leyva la inesperada visita del señor de Olazábal. Palideció al tender la mano al visitante, pero, hombres pulidos ambos, no hubo reproches ni explicaciones, sino que, de lleno y por lo llano, entraron a debatir el asunto que los reunía, como si ninguno conociera lo que de veras pasaba en sus respectivos redaños.

El señor de Olazábal abrió la conversación explicando de algún modo su regreso a Trapalópolis sin aviso previo. El doctor Leyva, que no había dejado de darse cuenta de cómo a su visitante se le iban y venían los colores y hasta se le crispaba un poco la mano sobre el brazo del sillón, prefirió abordar de inmediato el tema:

—Mi estimado don Manuel, recién me tiene usted en la posibilidad de escribirle, cosa que iba a hacer mañana, acerca del asunto de los documentos ésos de... ¿cómo se llama?... del Prócer don Juan... no, don José Juan... tampoco... ¡Ah!, ¡sí!, don Manuel Benalcázar, que usted me envió. Efectivamente, nos han interesado mucho y he decidido presentarlos al público tal vez usando la radio. Las condiciones de compra que usted propone han sido aceptadas. Hemos subido algo el precio en atención a los efectivos méritos del hallazgo... no recuerdo

a cuánto, pero algo es... de suerte que bien podremos empezar ahora la tarea final. ¿Qué le parece, don Manuel?

El de Olazábal se lo quedó mirando de hito en hito. Luego, sacando hielo del fuego, sonrió lo más exquisitamente que pudo y comenzó a contar al doctor Leyva las impresiones de ese su primer viaje en aeroplano.

XXII. HOSANNA, FILIO DAVID

Don Manuel de Olazábal había publicado, según sabemos, dos volúmenes sobre temas de estricta erudición. En verdad, no se distinguía por su perspicacia; sí, por su tenacidad. Le gustaba "agotar la materia", según decía. Su orgullo era plagar de numeritos, indicativos de citas de pie de página, sus textos históricos. Mas esa que fuera su característica cuando joven, había desaparecido con los años, a causa de las muchas ocupaciones de tipo social que le agobiaban. Ser persona importante tiene su precio: a veces, la propia alma. No había llegado a tanto, ni sentíase Fausto de ninguna Margarita, pero había sacrificado, sin duda, mucho más de lo pensado a su afán de resaltar en la vida pública. De modo que ahora que le salía al paso una gran oportunidad de orden cultural, se encontraba fuera de forma, sin entrenamiento, urgido de alguien que le ayudara a cargar la cruz de aquella victoria un poco tardía. Para ser concisos diremos que don Manuel de Olazábal necesitaba un prologuista de paciencia y renombre, no muy caro en sus exigencias pecuniarias, y un coordinador de originales, que le reuniera los materiales con que él, firmante del libro, podría enmarcar y realizar los sensacionales documentos del Prócer Benalcázar. Para tales menesteres, lo mejor tal vez sería consultar con el resbaloso colega Leyva, per-

donándole sus trapisonderías. Decidió hacerlo así.

El doctor Leyva profesaba en la Universidad de Trapalópolis la Cátedra de Historia, y allí tenía como colega a un ex sacerdote muy dado a los latines y las compulsas bibliográficas. El neo-seglar no parecía padecer vicios mayores, ni amaba la riqueza, apenas la comodidad y la fama. El doctor Leyva maduró su escogitamiento y habló de ello con el de Olazábal; autorizó éste las gestiones y gastos, y, así, pudo el venerable presidente de la Academia citar a su despacho —mucho roble en los muebles, no poco cedro en las paredes, mucho cuero en los sillones—, al profesor Reynaldo Campos, quien acudió a la casa del doctor Leyva solícito y hasta orgulloso del llamado.

Reynaldo Campos tenía una figura al parecer achaparrada por lo gordo, aunque de no haber pesado 195 sino 170 libras, habría sido esbelto y alto como una palmera. Las grasas se le habían acumulado en papada, vientre y caderas; la gula le había alargado el belfo; el mucho leer le achicó los ojos; no se sabe qué le hizo volar los cabellos; de suerte que, a los sesenta, don Reynaldo había recuperado el aire sacerdotal que le habría sido más adecuado de haberse mantenido dentro de los votos prestados en su juventud y también dentro de la sotana que por tal motivo cubrió sus entonces esbeltos miembros de aprendiz de santo.

Había publicado una media docena de libros sobre temas del siglo XVI, siempre en elogio de la Monarquía y sus representantes; censuraba por sistema a

indios y criollos, plebe y aristocracia. Por cierto que las guerras de la Independencia le causaban asco. Los próceres le parecían bandoleros, por lo que, lejos de elogiarlos, solía vejarlos a la primera oportunidad que se le presentaba.

El doctor Leyva sabía todo esto, pero estaba seguro de la acuciosidad con que Campos procedía en sus buscas históricas. Por tanto prefirió, después de un corto rodeo, ir directamente al grano y plantearle el quid del asunto, con ahorro de palabras y abundancia de promesas.

El profesor Campos escuchó contrito cuanto le dijo el doctor Leyva. Sabía que la influencia de éste era decisiva en lo tocante a su carrera universitaria y, a la vez, encontraba deleitoso que se juntaran el interés académico con el financiero, ya que, ni corto ni perezoso, el doctor Leyva había procedido a desplegar ante los abotagados ojos de su colega el abanico de las "posibilidades mediatas e inmediatas" que significaba el colaborar con el señor de Olazábal.

—Doctor Leyva, usted no necesita pedirme nada —dijo Campos, apenas hubo oído la primera parte de los rodeos del ilustre académico—; usted no necesita pedir; usted ordena. Conozco efectivamente los méritos literarios del señor de Olazábal, si bien, usted me perdone, doctor, aquí entre nosotros, de nada le valdrían si no contara con el poderoso respaldo de usted. Él es un escudriñador afortunado, pero, le vuelvo a pedir perdón, carece de sentido filosófico. No podría atar cabos, a pesar de haberlos *descubierto*

(subrayó la palabra con notoria malicia). Si usted confía en mí para dar a esos apuntes tan valiosos, claro, una cierta coherencia y presentación técnica, me tiene a su disposición. Además dispondríamos de los auxilios de un ayudante mío, el bachiller Gómez Trejo, muy ducho en eso de encontrar papeles y tejer correlaciones. ¡Oh, no le quepa duda de que si usted lo decide así, podremos agregar algo a la obra que tan merecidamente ha elogiado usted, aunque sobrándose —discúlpeme de nuevo— sobrándose en bondad!

No fue muy largo el regateo. El doctor Leyva explicó al profesor Campos los alcances de su propuesta, el precio que se le pagaría, el rumbo del prólogo que debía escribir, la doctrina dentro de la cual se enmarcarían los documentos, todo, en fin, y pormenorizadamente. Pero el señor Campos había sido un viejo... no, era un viejo perro de biblioteca. Tenía conocimiento e intuición. Algo le daba en las narices que aquello no era del todo ortodoxo.

—Mire usted, doctor Leyva —dijo—, hasta donde yo he podido compulsar la documentación sobre el Prócer Benalcázar y sus compañeros, me parece inverosímil el tono de las cartas que ha *encontrado* el señor de Olazábal. No es posible que un hombre cambie tanto de ideas y estilo de un día para otro o de un siglo para otro. Y hasta me parece que ha cambiado un poquitín de letra. Perdóneme usted —agregó apresuradamente, al advertir un gesto de protesta e ira en el doctor Leyva—, perdóneme usted

la suspicacia de veterano; estoy casi seguro de que es reflejo de un vicio de confianza que me ha aquejado desde joven. Pero le quiero hablar con entera franqueza. Lo que hace maravilloso el descubrimiento del señor de Olazábal, tan brillantemente descrito y propalado por usted, es eso precisamente: el cambio insólito, brusco, radical del Prócer en las cartas por él halladas en relación con el grueso de su correspondencia y de sus decretos, órdenes y proclamas a lo largo de toda su inmensa obra. Es ése el *quid* de la cuestión. Y, si usted me confía la tarea de prologarla y deja en mis manos la de complementarla, mediante los servicios del bachiller Gómez Trejo, haremos una obra espléndida, pues podremos demostrar las excelencias de nuestro amado general Sanmillán.

Había un rebrillo brujo en los espejuelos del profesor Campos, lo cual no pasó inadvertido para el doctor Leyva. Los ojillos del primero se entrecebraban con voluptuosidad pecaminosa. Para cortar el embarazo, el doctor Leyva pasó a otro punto:

—Yo sé que este trabajo es pesado y de responsabilidad. Por tanto discúlpeme, profesor Campos, que le hable de cosas tan prosaicas; necesita usted una remuneración adecuada. Estimo que podríamos dividir ésta en dos partes: una por la dirección, las iniciativas y el prólogo de usted; otra por el trabajo de acarreamiento y coordinación del bachiller Gómez Trejo.

El profesor Campos hizo una venia asentidora a plenitud. El doctor Leyva, autorizado por ella, es-

bozó una sonrisa cortés y, afirmándose los lentes sobre la nariz borbónica, siguió diciendo:

—No estoy autorizado por el señor de Olazábal para hacer ninguna propuesta formal, pero estimo que, dadas nuestras relaciones, no tendrá inconveniente de fiarse de mi cálculo y otorgarme la facultad de decidir. ¿Qué le parecería si dijéramos unos cinco mil pesos por sus honorarios y dos mil al bachiller, supuesto que él también actúe de mecanógrafo suyo?

Le salió el pícaro al profesor Campos. Comprendía que podía ajustar; y que ahí iba a surgir un secreto del que ni siquiera el doctor Leyva estaba enterado y que acaso era desconocido por el propio Olazábal. Su olfato adiestrado en cien cacerías de inéditas celebridades a quienes él convirtió en famas éditas, le indicaba que ahí estaba la presa. No sabía en dónde, pero la tenía a su alcance con sólo levantar una punta del dedo. Fingió meditar, se rascó la nariz y dijo:

—Si se tratara de usted, doctor, el trabajo sería gratis, por lo mucho que le debo. Pero el señor de Olazábal es para mí un cliente desconocido, y mi auxiliar, el bachiller, es un hombre a quien se debe tener muy contento. Él no se satisfaría con menos de cinco mil pesos, y yo, por razones de jerarquía, no podría recibir igual que él. Por eso, me permitiría sugerirle una leve variante en su desde luego, por otros conceptos, generosa oferta.

Un hombre de tanta experiencia como el doctor Leyva no podía echar en saco roto las indirectas alusiones de Campos. Además, se le sabía aventurero

y centavero. Por otra parte, era indudable su pericia, tanto como su diligencia. Si se comprometía, haría en un mes y a conciencia, lo que otros tardarían un año en realizar.

—Le repito, profesor Campos, que estoy ofreciendo lo ajeno sin autorización, pero, dadas las circunstancias de que le he hablado, y la generosidad de Olazábal, creo que podríamos llegar a un acuerdo así: ocho mil para usted y cuatro mil para su ayudante. ¿Qué le parece?

Todavía se mostró reticente el señor Campos. Volvió a rascarse la nariz, hasta ponérsela un poco más roja. Acabó cediendo:

—A usted no le puedo decir que no: pero, si fuera el señor de Olazábal quien me lo dijera, no me apeaba de cinco y doce, por lo menos... En fin, usted lo ha dicho; cuatro y ocho. Dígame cuándo cobraré la mitad adelantada para empezar en seguida.

—Ahora mismo: le giraré un cheque global por seis mil, a cuenta de otro tanto, y usted me firma un recibo a nombre de usted, y otro provisional por el bachiller, con cargo de canjear este último por el que firme su ayudante. Ya le pediré a mi amigo don Manuel que me reembolse lo gastado. La cuestión es empezar ahora. ¿No ve que se acerca el centenario de Sanmillán? Necesitamos aumentar aún más su gloria... Y esas cartas de Benalcázar son un prodigio de oportunidad para lograrlo...

De esta suerte quedaron ligados al diabólico enredo de doña Casilda y Carlitos, amén de Felipe Ma-

drid, el señor de Olazábal y el doctor Leyva, ahora el profesor Campos y el bachiller Gómez Trejo. Desde la eternidad, el Prócer Benalcázar agradecería al ilustre señor de Mederos el servicio que prestaba a su prestigio y más aún al de Sanmillán.

Gloria a dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad. Hosanna.

La junta Campos-Gómez se puso de inmediato a la obra. El señor de Olazábal quedó maravillado de la asiduidad, tesón, conocimiento y perspicacia que derramaban los dos. Lo primero que hicieron fue, desde luego, copiar los documentos del Prócer y someterlos a un encarnizado examen de lupa y trasluz. Durante eso, el profesor Campos solía menear la cabeza con cierta malicia. El bachiller, un lince de veras, radiojeaba al profesor Campos y seguía su tarea, pero, apenas le era dado disfrutar de un minuto, se lanzaba sobre los documentos y los acribillaba a miradotas y registraciones. Era lo que los mexicanos llaman un "esculcamiento" a fondo.

La obra avanzaba a paso de carga. El señor de Olazábal tuvo pronto en su poder numerosas fichas y proyectos de redacción, esquemas de capítulos, paralelos, sugerencias y notas, que le permitirían emprender la redacción de la obra con muchas ventajas.

El profesor Campos era evidentemente un indiscutible *connoisseur* de la historia, y el bachiller tenía una memoria privilegiada y se sabía al dedillo los puntos estratégicos de la bibliografía siempre al al-

cance de la mano.

Una tarde, mientras en el escritorio del de Olazábal discutían los dos proveedores de materiales, surgió una pequeña discrepancia entre ambos. Gómez Trejo, un tanto enfadado, pronunció una frase peligrosa:

—Vea, profesor Campos, aquí nos deben de pagar el doble porque lo que estamos haciendo no es una investigación sino una invención.

Arrugó el ceño el profesor Campos y miró de arriba abajo al atrevido auxiliar:

—No lo entiendo, bachiller, ¿qué invención es ésta?

—Quizá me he excedido, pero lo que quiero decirle es que no se me cocina del todo este cambio tan brusco y radical del Prócer Benalcázar. Él era hombre de ideas muy firmes y no se rectificaba nunca. Era vanidoso. ¿No cree usted que este cambio, *si existió*, debió obedecer a razones que sería tan importante descubrir como lo ha sido descubrir los propios documentos?

—No lo entiendo ni jota, bachiller. Creo que usted ha dormido mal... o ha bebido demasiado esta tarde...

Ciertamente, el bachiller Gómez Trejo tenía fama de algo borrachín. A eso debió el no haber terminado sus estudios ni haber pasado de secuaz, él que pudo ser principal.

Le escoció, pues, la indirecta, y se limitó a balbucir:

—No he bebido nada... pero... usted tiene ra-

zón. Después de todo, a nosotros nos pagan por servir, aunque muy poco. Como sea, le ruego, profesor Campos, que considere que yo necesito los cinco mil pesos redondos, sin considerar el piquito de adelanto...

El señor Campos abrió tamaños ojazos, lleno de estupor, al oír propuesta tan desembarazada. Algo debió bullirle, sin embargo, en sus adentros, cuando sin inmutarse mucho respondió:

—¡Bueno, bueno, veremos, veremos..! Lo primero es terminar la obra y quedar bien... ¡Después ya se verá..!

Tal como lo previera el doctor Leyva, la pareja de acarreadores históricos trabajó con ardor de minero en una veta de oro. Antes de seis meses, el señor de Olazábal disponía de todos los materiales necesarios, más el prólogo, que era verdadero itinerario mental. Como, a medida que recibía indicaciones y papeletas, había ido adelantando la redacción de su informe, no pasaron cuatro meses sin que el texto estuviera listo para la imprenta, y así, al cumplirse trece meses de feliz encuentro entre el doctor Leyva y el profesor Campos, con la adición perpendicular del bachiller Gómez Trejo, hallóse en los escaparates de las librerías, oliente a tinta fresca, un grueso volumen titulado así:

"Manuel de Olazábal (De la Academia de la Historia de Trapalandia, correspondiente de la de Caragua, etc.): SANMILLÁN Y BENALCÁZAR. Documentos inéditos y revelaciones inesperadas sobre una amistad

trascendental. Prólogo del Profesor Reynaldo Campos."

El bachiller Gómez Trejo fue invitado, como era natural, a la ceremonia de la venta del primer ejemplar, pero se abstuvo de concurrir.

Cuando el profesor Campos fue a entregarle los complementarios dos mil pesos, no los cinco mil que él esperaba, Gómez Trejo estalló en ciega furia:

—Tras de falsario, mezquino, y, además, ni siquiera me mencionan, como si yo no hubiera hecho nada. ¡Como que hay Dios, que me las pagarán. . . !

El profesor Campos le dio un amistoso golpe en el hombro y le aconsejó paternalmente:

—¡Tratos son tratos, Gomecito! Usted pretendía más, pero nadie le aceptó esa pretensión. Hay que saber vivir. Yo le recomendaré al doctor Leyva, que siempre tiene trabajitos como éste. La próxima vez no dejarán de citar su nombre: en eso tiene usted toda la razón. Pero si no hubiera sido por mí. . .

El bachiller Gómez Trejo traspasó el umbral de la insignificancia, lleno de rencor y de envidia.

A plena luz, a pleno aire, a plena gloria, el autor, el ilustre don Manuel de Olazábal, respaldado por el prestigio intangible del doctor Leyva, recibía aplausos y congratulaciones. Hablaban de concederle el Premio Nacional de Historia. Era una triple consagración: de Olazábal, de Sanmillán y de la Patria. . .

Carlitos, que no se había resignado a quedarse en Lima y había solicitado y obtenido un modesto empleo en Trapalandia, fue especialmente invitado

a la ceremonia, a aquella especie de *vernissage* bibliográfico.

Esa noche escribió a su tía Casilda una carta llena de ironías y zalemas.

Casilda no la llegó a recibir: había muerto pocos días antes.

De la verdad sobre las revelaciones del Prócer Benalcázar iban quedando ya sólo dos testigos: Corpancho y Carlitos —y, algo enterado, Felipe Madrid—. Don Manuel de Olazábal podía respirar tranquilo, pues nadie sabría de qué manera habían sido aderezadas las famosas cartas proceriles. Nadie, nadie sin duda. . .

¡Así lo había querido Dios!

¿Dios o el diablo?

De sólo pensar lo último, un frío estremecimiento sobrecogió a Carlitos, ignorante aún del solitario deceso de la lejana y amada tía Casilda.

XXIII. MEMENTO POR DOÑA CASILDA

La muerte de doña Casilda sobrepasa los límites de los sucesos ordinarios referidos a lo largo de estas páginas. No fue un fallecimiento cualquiera: fue la desaparición de un símbolo, la paradójica derrota de la Inmortalidad a manos de la muerte. Porque doña Casilda (cuya aterrida infancia, envidiosa de los privilegios de doña Carmen de Venado, fue como un tenaz y doloroso adiestramiento para la vida) resumía en su persona y en sus actos la más vasta y profunda experiencia que los siglos acordaron a un ser humano. Había logrado coronar su carrera —llamémosla así— empinándose sobre todos los prejuicios imaginables. Su morena seducción dio al traste con los melindres, atavíos, humos y pajas de la aristocrática doña Carmencita de Venado, y, al propio tiempo, tumbaron rendido sobre el pavés a don Fernando de Mederos, tan fino, tan acicalado, tan talentudo y tan escurridizo, tan conquistador y tan redicho. Pudo, además, con la ayuda de las convocadas ánimas de importantes varones, corregir los errores de su señor. Se midió (venciéndolo) con el espíritu entrometido y lenguaraz del celeberrimo Prócer Benalcázar, creador de naciones, y derribó con eficacísima zancadilla a Carlitos, al terrible Carlitos, especie de reptil, león, cisne y lechuzón, que se mofó

de hombres tan eminentes como el propio don Fernando y sus ponderados y sabios amigos espiritistas. Además, y por último, supo doña Casilda calar de inmediato al señor de Olazábal, y, metiéndose en el propio terreno en que parecía invencible, le obligó a aceptar como real lo que acaso fuese mera finojería del canallita del sobrino, el Carlitos de los mil menjunjes terrenos y ultraterrenos en que ahora se debatían los protagonistas de esta historia hasta aquí aparentemente fantástica, aunque susceptible de ser sometida, sin riesgo y en cualquier momento, al rigor de la comprobación más exhaustiva.

Doña Casilda se quejaba, desde su choque verbal con Corpancho agravado por la intempestiva ausencia de Carlitos, se quejaba de extraños embelecocos y mortificaciones. Le era difícil, si posible, precisar los síntomas exactos de sus males que, a menudo, se le antojaban a ella misma imaginarios. Pero el hecho es que dormía poco, mal y a sobresaltos; que se le había ahuyentado el apetito y que (y eso le despertaba terribles reminiscencias ligadas con la memoria de doña Carmencita) le iba resultando cada vez más grato el sabor de los alcoholes, sobre todo, el del whisky. ¡Ah, eso sí, pisquera ella, no! ¡Whiskera, sí, lo que significaba, al menos, un peldaño más alto que las atroces costumbres de la finada señora marquesa de Venado de Mederos!

Doña Casilda desmejoraba día a día. La tez, de suave color de canela, se le fue volviendo olivácea y cetrina. Los ojos se le achicaron, bajo unos pár-

pados fofos, ya nada seductores. Se le descolgó la jeta, antes carnosa incitación al beso. Crecióle la barriga. Al menos, conservó el busto erecto y cierto trapío al caminar. No era mucho, pero algo era. El doctor Hinojosa, que la visitaba con frecuencia, trataba de dar con la raíz de aquellas perturbaciones. Una vez halló a su paciente como delirando, pero no: estaba despierta y hablando sola de cosas viejas de don Fernando, a quien invocaba con irreparable amor. El doctor Hinojosa, antiguo amigo del famoso erudito, empezó a sospechar oscuramente que algo inexpresable, algo secreto, algo decisivo había llenado y llenaba el envoltorio carnal de doña Casilda, apretándola como entre un puño, con acerbas pesadillas. No era remordimiento; era simple y llana soledad. Doña Casilda —¡quién lo creyera!— había estado verdaderamente enamorada de don Fernando, y, a través de él, un poco del Prócer Benalcázar. En varias oportunidades, sorprendió al doctor Hinojosa oírla hablar de ambos como si fuesen coetáneos y parientes próximos. Pensó que, al cabo de los años, por un espejismo muy natural, volvían a la mente de su amiga pretéritas imágenes avivadas por la nostalgia, el abandono y aquella creciente melancolía que tanto preocupaba a hijos, familiares y visitantes.

Todo habría seguido así, si no ocurre lo tan largamente esperado. Una mañana los diarios de Lima publicaron en su sección cablegráfica la noticia de que ya estaba a punto de aparecer el libro del señor de Olazábal sobre los documentos del Prócer Benal-

cázar, y se lanzaron a elaborar encendidos elogios al autor, al doctor Leyva y hasta al prologuista señor Campos.

Ese día, doña Casilda no quiso ver a nadie. Se encerró en un fiero mutismo. Puso ante sus ojos el retrato de don Fernando "el retrato de pie", pintado al óleo por su amigo Lozano, y cayó en una cavilación interminable. Sólo la negra Jacinta, su vieja ama, se atrevió a interrumpirla. La llamó para anunciar que la mesa estaba puesta y el almuerzo servido. Como doña Casilda no respondiera, la negra se acercó muy oronda bobaliconeando y, creyéndola dormida, la sacudió suavemente de un brazo. Con tremenda sorpresa para la sirvienta, doña Casilda se dejó mecer como un trapo y, deslizándose inerte, con los ojos vidriados ya, un hilo de saliva sanguinolenta pegado a ambos lados de la boca. Estaba muerta. La negra lanzó un grito y salió a espantarperros, pidiendo auxilio a pulmón herido.

"Ruptura de la aorta" sentenció el doctor Hinojosa, al emitir el certificado de defunción. "Felizmente no sufrió nada: fue instantáneo." "Derrame cerebral", opinó el doctor Michelena, que fue llamado de urgencia, pero no firmó papel alguno.

A Carlitos le escribieron refiriéndole que el entierro fue sencillo y la concurrencia escasa. También le informaron de que se había gastado en ello dos mil trescientos soles. "¡Cómo han subido las cosas: hasta los entierros!", comentaba la prima Juana en su carta de condolencia. El señor de Olazábal recibió

la noticia dentro de un sobre sin dirección de remitente ni firma de nadie, conteniendo sólo el recorte el periódico con la "defunción" respectiva.

"Doña Casilda —decía una nota familiar que recibió Carlitos— se nos fue cuando nadie lo esperaba; la hemos enterrado en el mausoleo de los Mederos, junto a don Fernando y doña Carmencita a quienes Dios guarde."

Carlitos habría vestido de luto si no hubiera estado entonces tan activo y entusiasta con la publicación del famoso libro, su mejor hechura, su criatura al fin y al cabo. Con todo, se comunicó con el señor de Olazábal para darle la triste nueva: el flamante "descubridor" de los documentos del Prócer Benalcázar se limitó a decirle, muy pensativo y solemne, como quien descubre la quinta dimensión:

—Mi sentido pésame, don Carlos, doña Casilda era una señora excepcional. Pero todos tenemos que morir un día. —Y añadió, con los ojos cerrados, puesta la diestra sobre el corazón y el tono muy aceitado y filosófico—: "*Tout passe, tout casse et tout lasse, mon ami.*"

—Sí, *mon ami* —coreó humildemente Carlitos con un hilo de voz y se marchó por donde había entrado.

Fue el único epitafio sobre la memoria venerada de la dignísima señora. No se conmovieron los cielos, ni tan siquiera el Prócer Benalcázar. Ni Carlitos, ni Madrid, ni Corpancho, ni Olazábal. Todo siguió su curso como estaba escrito. *Regina peccatorum: ora pro nobis.*

XXIV. ESE TAL CORPANCHO

Es hora de recapitular lo que el Prócer Benalcázar anunció desde su tumba, a través de los toques, tablitas, mesas y de los gruñidos y exabruptos de Carlitos. La forma y manera como alteró el curso entero de la historia de su patria y el Continente, su personalidad y la no menos ilustre del famoso Sanmillán, es algo digno de novela. Pero, antes de apelar a las póstumas aclaraciones ya mencionadas, conviene presentar los hechos que dieron lugar a tal aclaramiento.

Allá por los primeros años del siglo XIX, dijimos, habían ocurrido importantes pronunciamientos en diversos países con el fin de proclamar la independencia de cada uno de ellos y de América. Un puñado de heroicos y acantados capitanes encabezó el rito plural de aquellas insurgencias. Los más notorios fueron, según se sabe, Benalcázar y Sanmillán.

Benalcázar había nacido en Orolandia, en hogar linajudo y opulento, aunque tal vez (según arguían incorregibles malas lenguas, siempre mentirosas), enturbiado por africanas mezcolanzas, a causa de la irrefrenable pasión que el padre del Prócer sentía por las mulatas y zambitas. Diz que en cuanto columbraba unas caderas de hamaca y vientrecillo de hule, el buen señor se ponía rijoso y enarcaba las cejas cual macho cabrío al olor de tentadora grupa

caprina. Benalcázar se había criado en la mayor mollicie, lo que aumentaba el mérito de su hazaña al sobreponerse a toda blandura y dar el grito de liberación. Empezó la guerra a sangre y fuego, a sabiendas de lo mucho malo que le esperaba.

Sanmillán había nacido en una provincia remota, lejos de Trapalópolis, capital de Trapalandia: no tenía grifos, ni columnas, ni estrellas en sus cuarteles. Le caracterizaba una tozudez de comerciante. Estaba lleno de pequeñas y múltiples virtudes adversas a los teatrales heroísmos. Su padre había sido militar; su madre, señora de casa enjalbegada, esto es, blanco por dentro y fuera, como debe ser. Su incorporación a la guerra emancipadora fue el producto de un largo proceso de convencimiento, de terca persuasión.

La vida tiene caprichos insondables. Ello es que, a partir de 1815, la campaña se volvió crudelísima. Los sucesos de Europa habían agravado los de América. Inesperadas mesnadas venían a reforzar guarniciones hasta ayer desguarnecidas. Los criollos se batían a sable, lanza, honda y trabuco. No por eso era peor su suerte. Al cabo de cierto número de años y batallas, la fortuna parecía decidida. No tardó en definirse abiertamente. La victoria se puso al lado de los patriotas, como se llamaba a los insurrectos. Desde Orolandia, Benalcázar venía empujando a los españoles hacia el Sur. Desde Trapalandia, Sanmillán arrojaba a los chapetones hacia el Norte. Quedó, al cabo de incontables reencuentros y guerrillas, una

zona intermedia de indecisa propiedad. Dependía de quien llegase antes. Los dos cuchillos afilaban sus hojas para cortar, como si fuese el primero o el último nudo que ataba —frase de un empinado discurso encomiástico— “de la América el pie”.

“Mas sucedió que un día” —se nos viene a la memoria el madrigal de Luis G. Urbina—, sucedió que al fin llegó el desenlace, es decir, el día de dedicarse a cortar o no. Benalcázar se dio maña para acortar distancias y acortar fechas, importándole un bledo montes, valles, mares, ríos, lagos y, sobre todo, gentes. Utilizó hombres, mujeres, niños, viejos, adolescentes, jamonas, militares, civiles, frailes, ateos, todo lo que pudo prestarle ayuda. Se acercó raudo y certero, arma en ristre, al núcleo más codiciado.

Sanmillán no le iba en zaga en cuanto a objetivos y propósitos. Desde luego, la diferencia de procedimientos señalaba otras variantes. Sanmillán hizo lo suyo a su modo y eficazmente. Por su parte se acercó también al anhelado centro de operaciones adversarias. Fue entonces cuando surgieron las intrigas separatistas y las interpretaciones maliciosas. Como no era posible evitar la conjunción o encuentro de ambos astros, se procuró que se dieran una cita cautelosa en una casona de dos pisos, cuyas paredes de quincha y adobe dejaban filtrar, de trecho en trecho, los rayos del sol. Hablaron largamente y a solas. Hora tras hora se estuvieron sin que nadie escuchase ni un murmullo. Se despidieron emocionados y cordiales.

Cada uno de los secretarios y ayudantes inventó su propia versión del coloquio entre los próceres, a la medida de su propia mezquindad o grandeza. Creían necesario explicar el resultado visible de la plática. Ese resultado fue que Sanmillán, con majestad incontrastable, abandonara el campo a Benalcázar, el cual no titubeó en asumir el papel estelar, como dicen los circunatófilos, aplicándoles previamente, el cauterio de su espada redentora, invencible tormento de monarquías, terrible cilicio de libertarios.

Circularon pues cien versiones antojadizas acerca de tan decisivo encuentro, cartas privadas, conversaciones, chismes. Así durante cien años. Don Fernando de Mederos, como sabemos, había dispuesto de un considerable número de testimonios al respecto, si bien los mejor calibrados y novedosos fueron los que detentaba el ratonil Venancio Corpancho, saqueador de archivos. Ya sabemos que en vista de ciertas interpolaciones, vacíos y enmendaturas de los textos originales, Carlitos había invocado a los espíritus próceres, no siempre bien dispuestos a cambiar confidencias con los mortales, y obtuvo que el Prócer Benalcázar, el terrible y sapiente Benalcázar, accediera a revisar, desde ultratumba, sus documentos de este mundo, al extremo de que, merced a sus dictados y sugerencias, comunicados mediante tablas y mesitas mágicas, se hizo imperioso alterar a fondo el texto de varias supuestas cartas suyas, las mismas que eran ahora presa y oriflama de don Manuel de Olazábal, feliz adquiriente de tan *sui generis* docu-

mentos, orgulloso descubridor de una verdad histórica, cuyo secreto final pertenecía tan sólo a las capacidades histriónicas suasorias de Carlitos García, el invencible.

Dichas cartas, proclamas y documentos, todo rectificado por el invocado y accesible espíritu de Benalcázar, puntual a las invocaciones de Carlitos, bajo la inspiración de don Fernando, demostraban la estupenda grandeza de alma de parte de Sanmillán. Resultaba de ello que Benalcázar se declaraba moralmente vencido por el desprendimiento de su rival, de donde no se podría dudar que la verdadera causa de la desgracia de Sanmillán, fallecido en el destierro después de muchos años de tormentos espirituales, había sido la necesidad estratégica o la ambición de Benalcázar. La historia debía ser reescrita para explicar el trascendental episodio. Es lo que había llevado a cabo el de Olazábal, con los materiales elaborados por Carlitos, completados por el señor Gómez Trejo, bajo el patrocinio del doctor Leyva y con el erudito prólogo y académica ayuda del profesor Campos: todo un zodiaco de sapientes.

No bien empezó a circular el libro surgieron apasionadas y contradictorias glosas. Una de éstas llegó a manos de Corpancho. Alarmado de que nada le hubiesen contado sus compinches, escribió inmediatamente a doña Casilda exigiendo su parte en las pingües ganancias. Como doña Casilda había muerto, la carta se perdió de alguna manera. Naturalmente, Corpancho se sintió desairado; lleno de ira,

en represalia, decidió revelar toda la verdad sin repujos ni atenuantes.

No lo hizo. La almohada suele dar mejores consejos. De éstos resultaba preferible otro procedimiento: en vez de tomarse justicia por su mano, lo que habría sido imprudente y feo, Corpancho se dirigió al doctor Víctor Luna, presidente de la Academia de Numismática de Orolandia, haciéndole ver que las cartas de Benalcázar podían ser falsas, por cuanto los rasgos caligráficos no coincidían exactamente con los usuales en otros documentos del Prócer; por cuanto los sentimientos que le adjudicaban a éste chocaban con la imagen que de él brindaba la historia oficial, y por cuanto la rúbrica de Benalcázar en todos los documentos "inéditos" insertos en el libro del de Olazábal, era exacta, lo que desentonaba con la habitual nerviosidad y vehemencia del Prócer, cuyas rúbricas jamás fueron idénticas.

Como Corpancho conocía al dedillo los resortes y trucos usados por Carlitos, y tenía copia del texto original de los documentos de don Fernando y los suyos propios, se hallaba en condiciones incomparables para señalar los yerros de la ultramundana superchería. En su carta al doctor Luna, Corpancho agregó, por si las moscas, que en caso de que el señor Luna lo deseara, él, Corpancho, podría suministrarle otros datos, si bien, agregaba, "la verdad entera es un secreto que nadie podría violar, pues se lo llevó a la tumba un grande e ilustre amigo mío, cuyo patronímico no revelaré jamás, por no

turbar la paz de su sepulcro" (aplausos prolongados en el Averno).

El doctor Víctor Luna leyó la segunda carta de Corpancho con mayor interés que la primera. El asunto le tentaba. Coronaría así su larga carrera de benalcazarólatra consumado. Mordiéndose nerviosamente los labios, se hundió en una larga meditación.

Era el doctor Víctor Luna un caballero grave y entero: tendría unos cincuenta años; pálido de tez, callado, nervioso y preciso. Desde joven le había perseguido, como un fantasma, la sombra de Benalcázar. Por patriotismo, primero; por egolatría, después; por amor a la historia, en fin, había conseguido ligarse de tal suerte a la vida y la memoria del Prócer, que ya no se concebía al uno sin el otro. Eran un matrimonio espiritual completo.

Desde muy joven, en el afán proselitista de reunir más y más admiradores de Benalcázar, en cuyo nombre y en cuyas hazañas veía el fundamento de todas las grandezas de Orolandia, se había entregado, sin comedimiento ni regateos, a reunir la mayor cantidad de documentos acerca del glorioso personaje. Presidía sus esfuerzos la vigorosa idea de enaltecer a su héroe, y de arrancar de actos sin duda geniales y eminentes la médula misma de su patria. El doctor Luna, pues, estaba en la flor de sus eruditeos, dispuesto a jugarse como por una bella dama vida y hacienda por don José Manuel Benalcázar, a quien suprimió el primer nombre, el de pila, para otorgarle nomás el título con que lo invistió la historia: El

Prócer. A propósito de nombre de pila, fue día de imborrable recordación aquel en que, después de inauditas buscas y rebuscas, logró el doctor Luna identificar, en un patio trasero de la casona en que la señora de Benalcázar diera a luz al Prócer, un artefacto de mármol que, poco a poco, a medida que lo limpiaba del polvo y mugre, fue tomando la esferoidal forma de una pileta, lo que fue confirmado cuando, en un muladar adyacente, se halló el pedestal también ebúrneo que correspondía al mármoleo recipiente. Así quedó reconstruida, y muy airosa, la pila bautismal de los Benalcázar.

El doctor Luna, dueño de una mansión de tres patios, en el tercero de los cuales levantaba su verde promesa una especie de templete de madera, adornado con perfumadas madreselvas, utilizó sus propios dineros para realizar viajes doquier que hubiese noticias de una simple firma, de un billete o de una carta del Prócer. Y así, a lo largo de veinte años de místico benalcazarismo cabalgante, consiguió lo que otros no pudieron: reconstruir la vida y milagros de su ídolo. A seguida, recibió, sin pedirlo, un alto puesto oficial, y pudo disponer de tiempo, dinero y apoyo para culminar sus pesquisas, de que resultaría tremendo mamotreto que, una vez impreso, proliferó en veinticinco volúmenes editados por cuenta del Gobierno de Orolandia.

La casa del doctor Luna, alegrada por las risas de dos hijas apuestas, se convirtió en algo así como el santuario de Clío rediviva acriollada. Allí iban en

pos de la suprema verdad, alentadora de los más empinados ideales nacionalistas, hombres y mujeres más o menos doctos, provenientes del país o del extranjero, en el afán de acercarse a sombra tan querida e ilustre como la del Prócer. El doctor Luna adquirió relieve ultranacional, debido, desde luego, al Prócer, por donde el doctor Luna se convirtió en algo así como un descendiente honorario del héroe, y pudo dispensar mercedes en forma de datos e informaciones decisivos, todo ello relacionado con el más entrañable pilar de la Patria.

Corpancho sabía esto al dedillo, como que había utilizado su amistad epistolar con el doctor Luna para obtener copias y datos que le permitieron completar la valiosa colección documentaria que le condujo a asociarse con don Fernando de Mederos en la empresa de dar a luz todo lo referente al aporte genial de Benalcázar a la fundación de nuevas repúblicas. Corpancho sabía a conciencia que, en punto a Benalcázar, el doctor Luna era algo peor que un Cancerbero, y no permitiría tizne que ensombreciera o alterara el perfil de la nariz del Prócer. Por eso, a la noticia leída en la prensa de que la obra del de Olazábal se había publicado sin que Corpancho recibiera ninguna respuesta de doña Casilda, la que (nosotros lo sabemos, pero él no) había muerto, sintió que hervía en el hondón de sus pasiones la más avasalladora de todas, la del despecho y, sin medir consecuencia, resuelto a castigar y sólo a eso, y dando por descontado que en ninguna parte halla-

ría justicia, resolvió escribir una carta muy amañada al doctor Luna, llamando su atención sobre los documentos de Olazábal, y sugiriendo, sin expresar nada concreto, cuán útil sería para la legión de admiradores del Prócer escuchar o leer algún dictamen del doctor Luna acerca del inesperado cambio de actitud y opinión del Prócer para con el general Sanmillán, ya que de ello podrían inferirse inesperadas orientaciones para la historia del Nuevo Mundo, "y muy en especial —transcribimos textualmente el párrafo pertinente— para la historia de la famosa entrevista en que el egregio Benalcázar y el célebre Sanmillán tomaron resoluciones de que no se apartarían ya, lo que determinó sesgos definitivos en la estructura de nuestras patrias" (punto y acápite).

El dardo estaba bien dirigido. Corpancho se refociló al releerlo, antes de meterlo en un sobre, que lacró y confió a la segunda sección del "Registered Mail" del Main Post Office de Nueva York.

Al descender de la amplia y alta escalinata del inmenso correo neyorquino, Corpancho tenía alas en los pies. Luego se detuvo con fruición a olisquear unos *hot dogs* que asaban en la esquina de la octava con la 34; se llevó la mano derecha al bolsillo inferior del chaleco —un chaleco anacrónico de terciopelo con vueltas de seda— y pidió, por primera vez, rompiendo su clásica dieta hispanizante:

—*Please, one hot dog and root beer.*

El mozo no le comprendió, pero como no vendía otra cosa y estaba a exabruptos en todos los idiomas,

se apresuró a envolver en un trozo de papel un cacho de oviforme, dentro del cual hervía aún la mueca rojiza de una salchicha muy poco clásica.

Corpancho la devoró desesperadamente. Y se alejó dando saltitos, no sin asegurarse de que el boleto de la carta certificada yacía a buen recaudo en el bolsillo superior izquierdo de su historiado chaleco de terciopelo, etc.

La suerte estaba echada. La sagrada fama de don Fernando y la suya serían vengadas contra aquellos advenedizos e inescrupulosos mercachifles de glorias, mediante la indudable reacción reivindicatoria del doctor Víctor Luna, incontestable albacea espiritual del Prócer Benalcázar.

XXV. "LOS ÚLTIMOS SERÁN LOS PRIMEROS..."

Apenas llegó a sus afiladas manos el ejemplar del libro de Olazábal, el doctor Víctor Luna, mentor de los historiadores de Orolandia, canceló todos sus compromisos para darse por entero a la tarea de leer, primero, y escudriñar después, con ojo de halcón, página por página, línea por línea, aquel bullado y sensacional mamotreto. Los ojos del doctor Luna enrojecían de rabia como los de una ardilla, al toparse con ciertas afirmaciones tendenciosas. Carraspeaba de impaciencia. Llegaba a lanzar rugidos. Tenía las cejas curvas y juntas; la boca alargada del esfuerzo por no proferir palabrotas. No pudo contener varios "carajo". En vano le llamaban con mimo sus adorables hijas a fin de que se diera un rato de reposo:

—Por favor, déjenme tranquilo. Este libro de mierda me está enfermando, pero sería peor si no lo termino pronto: me moriría.

Las niñas, conocedoras de los ardores lectureros y benalcazaristas de su padre, se le acercaban con dulzura, y ora le obligaban a mordisquear un trozo de pollo, ora a ingerir un café, ora a anegarse de leche, ora a saborear un dulce de camote y canela, especialidad de la casa. Don Víctor continuaba su gruñir, su tragar y su leer y su carajear, todo de un

golpe.

Cuatro días empleó en concluir el librote y en preñar sus pulcros márgenes de hórridos garabatos. Al cabo, condescendió a sentarse a la mesa, comer regularmente y dormir una noche completa, mas al despuntar el alba, llamó a su secretario y le dio este encargo tajante:

—Cite a sesión a la Academia de Numismática e Historia para pasado mañana, y ahora mismo mándeme dos taquígrafas de las mejores.

—¿De las mejores? ¿En qué sentido, doctor?

—¡Que sepan trabajar, pendejo, taquimecanógrafas!

—¡Ave María, qué palabra! —comentó el rábula.

Fueron cuarenta y ocho horas de renovada tensión. Las infelices estenógrafas afilaban y reafilaban sus lápices, ruborizaban las yemas de sus dedos sobre el teclado, se limpiaban el sudor, se reacomodaban los cabellos sin tener tiempo para cambiar comentarios entre sí. Dos horas antes de que empezara la convocada sesión de la Academia, el doctor Luna, sudoroso y acezante como un atleta al final de su hazaña, se dio el gusto de trazar su rúbrica al pie del informe de treinta páginas a espacio cerrado, de las que resultaba definitivamente invalidada la tesis del señor de Olazábal y severamente cuestionada la autenticidad de las "inéditas" cartas del Prócer Benalcázar, o sea, vulnerada la gloria del general Sanmillán.

La sesión fue laboriosa: a ratos, enardecida. El doctor Luna desarrolló ante sus admirados colegas

una serie de argumentos demostrativos de la supuesta superchería contenida en el volumen del señor de Olazábal, amén de las excesivas sutilezas del prólogo del profesor Campos.

—Si ustedes examinan, señores, los rasgos caligráficos de las cinco firmas del Prócer aquí impresas calizando estos cinco documentos, verán que son apócrifas. Como todos sabemos, el Prócer era hombre impetuoso, vehemente, inestable, de arrebatos somáticos. No hay una sola firma suya, fíjense bien, señores, no hay una sola en mil setecientos documentos aquí a la vista que sea igual a la otra. En un mismo día firmaba de modos diversos. Pero, aquí, en estas cinco cartas “inéditas”, correspondientes a años tan diferentes, las firmas son no solamente iguales, sino idénticas: Sí, i-dén-ti-cas. Vamos a probarlo. Cójase este documento, el número Uno, y póngase sobre el número Dos, de suerte que calcen las firmas, y veremos que son exactamente iguales. Apliquemos abajo el documento número Tres, y la firma, vean ustedes al trasluz, es exactamente igual a la de los números Uno y Dos. Hagamos lo mismo con la carta número Cuatro y con la Cinco. Todas las letras, una por una, la inclinación de los perfiles, el grosor de los rasgos terminales, etc., todo es idéntico. Ello prueba algo muy grave: que han sido hechas por una misma mano, sin variantes nerviosas, en la misma fecha, o sea que quien ha firmado estas cartas no es Benalcázar, *sino alguien que aprendió a dibujar una de sus firmas*. Repitémoslo: *dibujar una de sus fir-*

mas, y la ha aplicado en todos los documentos mediante el procedimiento del calco.

Un largo y profundo ¡Oh! de asombro llenó la sala.

—Ahora, señores, en cuanto al contenido: Observemos que la denominación que da aquí al Capitán Coronado es distinta a la que le da en once cartas de otras fechas; que el empleo de los verbos no corresponde al de sus demás epístolas; que usa el pronombre “cuyo” que jamás manejó, y que echa mano a vocablos de nuestros días como “glauco”, propio de la era modernista.

Nadie respiraba en la sala. El doctor Luna hablaba como poseído. Dos horas duró su alegato. Desmenuzó los elementos psicológicos, sociales, geográficos, grafológicos, etc., de las cartas del señor de Olazábal, y acabó con una proposición concreta:

—Señores: propongo que la Academia, en vista de lo demostrado, declare apócrifos estos documentos, y denuncie el delito de lesa historia cometido por el autor de este libro, así como por sus cómplices y encubridores.

Hubo una breve pausa. Enseguida estalló una salva de aplausos. Sin embargo, para proceder con mayor conocimiento y seguridad, se nombró una comisión informante, integrada por tres paleógrafos, dos calígrafos, dos grafólogos, un archivero y cuatro historiadores especializados en Benalcázar. Los comisionados juraron “por Dios y por la Patria” decir “la verdad, toda la verdad y sólo la verdad”. Empezaron

al punto su trascendental tarea. Una semana después, el dictamen de la comisión, recogiendo las conclusiones del doctor Luna, reiteraba el calificativo de apócrifos contra dichos documentos, y proponía lanzar a todo viento un folleto ilustrado con los pormenores de los análisis grafológicos, históricos y químicos llevados a cabo por la ilustre Comisión.

Proposición aprobada. El folleto apareció semanas después. Fue distribuido por avión, a pesar del alto costo del franqueo. Un dispendio más en aras de la patria.

Trasladémonos a Trapalandia.

El doctor Leyva se hallaba esa mañana plácidamente repantigado en un sillón frailerero. Hacía en Trapalópolis un calor no de cuarenta grados centígrados, sino de cien mil diablos enfurecidos. El camarero acercó a su señor la bandeja de guarnecida plata sobre la que la correspondencia diaria esperaba la caricia de la mano del doctor. Sobre las cartas se veía un paquete: era un libro. El doctor Leyva pidió unas tijeras y cortó voluptuosamente (como quien viola un cigarro puro para fumarlo mejor) el cordel del paquete. Abrió la empaquetadura como si pelara un plátano; del envoltorio extrajo entre el pulgar y el índice, el flaco lomo de un folleto cuyo título le causó tal sobresalto que, si no hubiera sido por la cadenilla de oro que los sujetaba al cuello, se le hubieran caído los anteojos. Leyó: "LOS DOCUMENTOS DEL PRÓCER BENALCÁZAR PUBLICADOS EN TRAPA-

LANDIA SON UNA GROSERA SUPERCHERÍA HISTÓRICA. PRUEBAS FEHACIENTES DE LA CRIMINAL FALSIFICACIÓN, *por la Academia de Numismática e Historia de Orolandia.*”

El doctor Leyva sintió que perdía el piso. Todo le dio vueltas. Se pasó la lengua por los secos labios y se dejó caer contra el espaldar del butacón. Por largos minutos quedó como en suspenso. Luego trató de leer. Al cabo de media hora de nerviosas idas y venidas por las páginas, hizo retintinear la campanilla de servicio:

—Mi coche, pronto. Voy a salir. Llamen por teléfono al señor de Olazábal y díganle que me espere, que voy en su busca al instante, que no se mueva, ¡ya... pronto, carajo!

Había dicho una mala palabra. ¡Qué horror!

El doctor Leyva encontró al señor de Olazábal frenético, acoquinando a un jovenzuelo de rostro cínico, sobre quien llovían tremendas preguntas:

—Señor García, esto es muy grave. Me puede costar mi reputación y mi carrera. Usted está obligado a terciar en este punto y expresar la verdad, toda la verdad, usted garantizó la autenticidad. Usted... Usted...

Carlitos —no era otro “el señor García” de la tremenda escena— trataba de zafarse de tan peligroso compromiso:

—Pero, señor de Olazábal ¿quién soy yo para meterme en un debate de sabios? Yo lo único que sé es que los documentos pertenecían a la colección de

don Fernando Mederos, y que éste era un hombre respetable, erudito y sagaz. Los hemos vendido por necesidad. Su virtuosa viuda quedó sin nada, y, ahora, ni siquiera goza de esta vida, pues ha fallecido en la mayor modestia.

—No me cuente pendejadas, señor García. Lo que usted debe hacer es demostrar que los documentos son auténticos, y que yo los he adquirido a buen precio y de buena fe. Y usted se ha llenado de plata.

Contraviniendo sus corteses maneras, el señor de Olazábal pegó un fiero puñetazo sobre la mesa. Carlitos cerró los ojos como si hubiera caído sobre él.

En ese instante, Germán anunció muy compuesto:

—Señor, ha llegado el señor doctor Leyva. ¿Puedo hacerle pasar al salón?

—Hazlo pasar aquí, Germán, pero ¡pronto. . .!

El doctor Leyva entró con paso gentil, muy contenido de ademanes. Parecía un corredor en la partida.

En seguida se dio cuenta de la situación.

—Por lo que veo, ya usted recibió el infame folletuelo de Luna.

—Infame o no el folleto, doctor Leyva, el hecho es que en ello va mi reputación. Yo le pedí a usted su dictamen y el de su Academia y me lo dieron favorable. Usted tiene también comprometida su reputación en este enredo.

—Por partes, por partes, señor de Olazábal —arguyó altivo el doctor Leyva—. Yo me he limitado, digo, nosotros nos hemos limitado a opinar sobre

los documentos que usted nos trajo, porque usted, sí, usted, es persona digna de nuestra confianza. No sabemos nada más. Quizás este señor. . .

Carlitos dijo varias veces que no con la cabeza, ya que no podía ni mover los labios. Estaba asustado. Dentro de sí invocaba a la poderosa ánima del señor de Mederos y a la astuta de doña Casilda, pero nadie acudía a sus desesperadas invocaciones. No había tablitas, ni mesas que valieran.

Pasada la primera impresión, el nervioso cóncave resolvió llamar al profesor Campos. De un momento a otro estallaría la bomba publicitaria, y era preciso tener dispuesto todo el aparato de defensa y retruque.

Los cuatro señores (en el término se incluye por mera extensión a Carlitos) se encerraron en ardua conferencia hasta muy alta la madrugada. Se despidieron sin mucha cortesía. Un viento helado les hacía tiritar, aunque, en realidad, aquel hielo y aquel viento sólo existían para ellos. Para el resto de la ciudad era una espantosa noche de verano en plena canícula. Ardía el asfalto de las calles, desprendían humo. El cielo era como una lámina de plomo. No lucía un lucero.

Pasaron cuatro interminables días. Al comenzar el quinto, Carlitos llegó hecho una tromba a casa del señor de Olazábal. Llevaba en la diestra un periódico arrugado. Apenas pudo detenerle Germán. Carlitos se lanzó hacia la alcoba del señor de Olazábal, murmurando: "Nos han vendido, nos han vendido",

y añadió en el colmo de la ira: "¡carajo!"

¿Qué ocurría para perturbar de tal modo a hombre tan imperturbable como Carlitos García? El diario contenía la terrible respuesta.

El periodista Gómez Trejo, como se recordará, había quedado un tanto burlado en sus expectativas crematísticas.

El profesor Campos había usado de los servicios de Gómez Trejo para reunir materiales que prestasen ayuda al señor de Olazábal y al propio Campos, con el objeto de presentar un sólido frente "intelectual" de defensa de sus audaces hipótesis acerca de las verdaderas relaciones entre el Prócer Benalcázar y el general Sanmillán. Gómez Trejo era periodista, al par que erudito historiador. Si había llegado a lo primero es porque perdió las esperanzas de sobresalir en lo segundo, y porque la disciplina magisterial imponía deberes y abstenciones que el periodismo, lejos de exigir, repelía, con lo que le dejaba libertad para actuar a su real y bohemio gusto. Gómez Trejo habría sido un magnífico investigador amén de que gozaba de insólita facilidad de expositor, mas el salario de maestro o catedrático no bastaba a sus urgencias cotidianas y, por otra parte, las limitaciones éticas del catedrático o el maestro eran excesivamente severas para sus aspiraciones de mundano. Todo lo cual había concluido por determinar su actual función como periodista de escándalos, o sea un "tipo de cuidado".

Cuando recibió el encargo del profesor Campos,

maestro de Historia, y tuvo un fugaz y único contacto con el señor de Olazábal, algo raro le pegó en las narices que le hizo pensar: "aquí hay gato encerrado". No era nada concreto; era algo abstracto, sutil, etéreo, vagaroso, como el perfume, pero tan real como él. Por eso no tardó en hacer su primera finta: exigir que le condonaran el adelanto de dos mil pesos, recibidos en el acto mismo de comprometerse a su tarea auxiliar y, por lo tanto, pidió le pagaran redondamente el todo, los cinco pactados, haciendo caso omiso de aquellos dos mil de aperitivo.

El profesor Campos se los había negado. Un sondeo que Gómez Trejo intentó ante el grave doctor Leyva, le resultó fallido. No se atrevió a insistir ante el propio señor de Olazábal, para quien virtualmente era, al menos, un desconocido. Se aprestó pues a desvelar el secreto; no sabía dónde ni cómo se cerraba en todo ello, pero (sin duda; su olfato nunca le engañaba) existía irremediablemente.

Cuando hubo leído la feroz arremetida de la Academia de Orolandia formada por el doctor Luna, Gómez Trejo, abriendo los ojos como platos, exclamó frotándose las manos: "he aquí el *quid*, y, por lo tanto ha sonado mi hora".

El suelto periodístico que Carlitos García corrió a mostrar al señor de Olazábal era el detestable primer fruto de las malévolas cavilaciones de Gómez Trejo, el plumario. Decía inocentemente así:

"SOBRE UN AFFAIRE HISTÓRICO-LITERARIO. Con relación al folleto denigratorio de algunas de nuestras

más altas autoridades históricas y, sobre todo, de la inmarcesible gloria del general Sanmillán, publicado por la Academia de Orolandia, podemos informar a nuestros lectores que se ha abierto una investigación exhaustiva, dirigida por el doctor Raúl Leyva, Presidente de nuestra Academia de la Historia, investigación a la que serán convocados todos los comprendidos en el debatido volumen sobre las relaciones entre el Prócer orolandés Benalcázar y nuestro héroe, el ínclito general Sanmillán, así como también algunas personas cuyos nombres no figuran en el proceso, entre ellos un periodista muy aficionado a las cosas del pasado, cuya participación y la de otros profanos en el bullano asunto, podría haber sido fundamental.”

—¿Qué le parece, señor? —exclamó Carlitos—; ésta es la ruina; ¡Gómez Trejo hablará!

El señor de Olazábal, señoril, empinado, lívido, ausente de toda intriga, seguro de su informante, con plena fe en sus hallazgos, miró de arriba abajo a Carlitos y preguntó altanero:

—¿Ruina de quién, señor García? ¿Pretende usted que esos infundios tengan alguna base? ¿No me proporcionó usted mismo los documentos del señor de Mederos? ¿Es que este señor no era una gloria de su patria? ¿Es que no constituyen una verdadera revelación las cartas del Prócer Benalcázar? ¿Es que no existe en el mundo la envidia, y se extiende hasta ultratumba, como en el caso de Benalcázar y Sanmillán, nuestro amado héroe? ¡Señor García, señor

García!, me hace usted pensar muy mal de usted, y, la verdad, prefiero no mencionar esos pensamientos, pues no son nada encomiásticos para su persona... ni para la del señor Mederos ¡Váyase tranquilo, señor García, don Carlos —suavizó sonriendo—, váyase tranquilo, don Carlos, o mejor, perdone usted, bebamos una copa y brindemos por el triunfo de la verdad histórica y la derrota de los malvados que utilizan la calumnia y la infamia contra quienes defendemos la justicia!

Carlitos no se atrevió a negarse a beber, ni a insistir en su miedo. Sudaba frío. Con mano temblorosa empuñó la copa que ya le alcanzaba el ceremonioso Germán, y se la bebió casi de un trago. Se despidió a trompicones y salió como un celaje a ahogar en su irreparable soledad la tremenda congoja que le corroía el alma —o lo que se llamara tal.

Don Manuel de Olazábal le vio partir con una despectiva sonrisa de triunfo. Dirigiéndose a Germán exclamó:

—¡Esta gente, esta gente! ¡Tiemblan ante las canallerías de los periodistas como si no tuviesen otro tesoro que lo que la prensa diga de ellos! ¡Bah! ¡Pelagatos! —y pidiéndose perdón a sí mismo, agregó—: ¡Pobre gente! —Y apuró hasta las heces el dorado jerez de su copa.

XXVI. EL ÁSPID

Todo el Continente (el Continente erudito, ¡eh!) seguía con apasionado interés la polémica alzada en torno de la autenticidad de las cartas atribuidas al Prócer Benalcázar. Los trapalandeses, porque de ello dependía el mayor esplendor de la persona y hazañas de su egregio general Sanmillán; los orolandeses, porque también de ellos se derivaría la indiscutible superioridad como estratega y político de su Prócer Benalcázar. El orgullo de dos naciones se vinculaba al dilucidamiento de si eran auténticos o no los documentos publicados por el señor de Olazábal, con prólogo del profesor Campos, y recomendación explícita del académico doctor Raúl Leyva. Si eran apócrifos ganaba Benalcázar, es decir Orolandia, patria del Prócer; si eran auténticos, ganaba Sanmillán, y, por tanto, Trapalandia, su patria. Era un duelo a muerte, que ponía en peligro el Panamericanismo. La solidaridad continental, entonces aún no codificada, se resquebrajaba ante la pasión desatada en derredor de tan espinoso y tardío problema.

En medio de aquella tormenta, el señor de Olazábal mantenía su augusta serenidad, basada en la certeza de que nada impuro podía emanar de su caletre ni de sus manos. Sin embargo, no era tanta la paz del profesor Campos, que había descubierto en los papeles de su prologado incongruencias delatadoras de

algo raro. Su olfato de viejo perro cazador de archivería le indicaba, sin saber por qué, algo de pecaminoso, si no delictivo, en la actitud de Carlitos, en cierta sincronización inadmisibles de los documentos principales; en la terca regularidad de la firma de Bernalcázar; en el súbito cambio de éste con respecto a Sanmillán; en ciertos giros sintácticos un poco heterodoxos; sí, algo le hacía sospechar la presencia de un elemento perturbador, erróneo, o al menos inseguro y requiriente de comprobación. Desde luego, otra persona que participaba de tales inquietudes, aunque por causa distinta, era el bachiller Gómez Trejo, quien en virtud de su afición de pescador de escándalos, su finura de sabueso periodístico y su desvergüenza cínicamente exhibida, estaba convencido de que alguien había inventado algo, y, aunque se inclinaba a pensar bien del de Olazábal y —por no conocerlo— confiaba en la mansedumbre de Carlitos, creía en la culpabilidad de Campos y en el encubrimiento del hinchado doctor Leyva. La lectura del denunciador opúsculo del orolandés doctor Luna fue para él un rayo de luz tan fulminante que, en seguida, acuñó una frase definitiva: “O cinco mil pesos más, ahora mismo, o canto.” Era su declaratoria de guerra santa; o libertad o muerte. Ni más ni menos, sí señor.

Adoptada esta línea de conducta, Gómez Trejo se apresuró a llamar a la puerta del profesor Campos, munido de su inveterada desfachatez.

El profesor Campos —ya lo sabemos— había sido

fraile antes que catedrático. Conservaba los hábitos físicos y morales de su primera encarnación monástica. Solía levantarse muy temprano; prepararse él mismo el desayuno; murmurar con los criados; llevar siempre, a guisar de breviario, un libro cualquiera; dar vuelta a los pulgares, el uno sobre el otro; recogerse como un gato, y sonreír con cierta socarrona beatitud ante las quejas y protestas de los demás. Pero aquel día, apenas hubo escuchado las primeras palabras de Gómez Trejo, su hasta ayer mandado discípulo, cambió de color y se quedó inmóvil, perplejo, recogido como serpiente al influjo del fakir o como gallina obnubilada por una víbora. Fue una larga conversata. A través de la ventana se les podía ver manoteando con vehemencia. Hasta se dejaban oír roncros estertores y maldiciones. La entrevista de ambos historiadores mercenarios resultaba más secreta y misteriosa que la sostenida entre Bernalcázar y Sanmillán. Sólo, al despedirse, ya de pie en el umbral, se pudo oír que Gómez Trejo decía lo siguiente:

—Usted, mi amigo Campos, será todo lo sabio que desee y muy mi ex profesor, pero usted sabe tan bien como yo que en esos documentos no todo huele a honestidad, y que el doctor Luna ha puesto, si no el dedo en la llaga, sí muy cerca de ésta. A mí no me engañan ni usted, ni Leyva, ni Olazábal. ¿Por qué, si no, me contrataron a ese precio? Pues ahora exijo, ya no los cinco completos, sino cinco mil más. ¡Con que, o me dan diez mil, o canto!

—No tiene usted nada que cantar —arguyó furioso el profesor Campos, acercándose a su visitante con gesto de amenaza—. ¡Nada que cantar! ¿Oyó?, como no sea una canción de esas que les gusta a sus amigotes, un vulgar tango arrabalero... por ejemplo: *Ladrillo está en la cárcel*.

—El que va a cantar *El tango del viudo* va a ser su "Paganini", el de Olazábal ése; a usted le va a quedar el consuelo de acompañarlo con su desafinado bandoneón de sacristán jubilado.

Habían llegado al punto en que o se arroja un plato a la cabeza o se saluda con altivez. Gómez Trejo no hizo ni lo uno ni lo otro. Tiró un portazo para ponerse a mejor recaudo de las potenciales iras del profesor Campos, y se dirigió velozmente, cometiendo el delito de llamar un taxi, a la redacción de su periódico. No se le veía amargado ni triste. Sonreía con cierto aire mefistofélico. Hasta se le oyó murmurar:

—Si no me dan los de aquí, me darán los de allá. La cuestión es que alguien pague... y pagará.
¡Salomónica expectativa!

Crónica era un diario de muchas historias. Lo había fundado un portugués de dudosos antecedentes. Unos decían que era un filántropo, otros que un asaltabancos, todos que un audaz. Nadie le negaba al fundador, el señor Narciso Buendía, sus condiciones de ingenio, táctico desprendimiento y mucho sentido periodístico. De una hoja de cinco mil ejem-

plares había hecho un rotativo con tres ediciones cotidianas de doce páginas cada una y alrededor de medio millón de ejemplares diarios. En medio de las inmundicias de que se le acusaba, nadie le negaba una virtud: ser enemigo de todo abuso de poder, y combatirlo con denuedo.

La edición más vendida era la segunda, que se especializaba en crímenes, carreras y relatos escandalosos. Fue en ella donde Gómez Trejo publicó, poco después de su borrascosa entrevista con el señor Campos, una larga información titulada: "*Hombre honrado niégase a encubrir delito contra fe pública. DOCUMENTOS HISTÓRICOS SON FALSOS. GROSERIA SUPERCHERÍA SEUDO-CIENTÍFICA EN AGRAVIO DE DOS PRÓCERES.*" Abajo, en letra negra, pero más pequeña, decía: "*Sensacionales revelaciones del historiador Gómez Trejo, coautor del libro de Manuel de Olazábal.*"

Sería necio negar el ingenio derrochado por Gómez Trejo en su sabroso relato.

Escuchemos algunos párrafos, ya que no podríamos abusar del tiempo del lector, transcribiéndolo en su integridad:

"No bien empezó a circular en nuestra capital el insidioso folleto editado en la capital de la República de Orolandia, sobre unas alegadas cartas inéditas del Prócer Benalcázar, a propósito de sus conversaciones de 1834 con el general Sanmillán, y sabida la audaz teoría que dicho folleto formula contra eminentes hombres de letras trapalandeses,

nos hemos apresurado a visitar al señor Gómez Trejo, conocido periodista e historiador, quien, según supimos, había tenido algún grado de relación con tan famoso asunto.

“El señor Gómez Trejo, hombre de prensa al fin, nos recibió con su característica amabilidad y se pres-
tó gentilmente a nuestro interrogatorio. . .

“...Efectivamente, yo he colaborado en la obra del señor de Olazábal, pero no fue directamente, pues no tengo el gusto de conocerle en persona sino a través del eminente profesor Campos, quien me propuso hacerlo. . . También intervino el doctor Raúl Leyva, de cuya autoridad no se puede dudar. Aunque él no me habló nada concreto al respecto, me pareció advertir en su actitud alguna duda, que ahora se ve cuán justificada era.

“Desde el primer instante comprendi que algo malo había encerrado ahí. Creo que el señor Olazábal no tenía noción de ello y que estaba así como obnubilado o engañado por sus socios.

“Rectifico: socios del señor de Olazábal, no, sino entre ellos, los colaboradores. . . A mí me ofrecieron diez mil pesos por acarrear materiales que permitieran hacer pasar por buenos los documentos evidentemente apócrifos que han publicado como auténticos.

“No me pagaron sino dos mil, de suerte que añadieron a la falsificación, la burla.

“—No, yo no estaba seguro de la falsificación, pero sospechaba alguna tergiversación o interpola-

ción interesada del señor de Olazábal para sacar dinero.

“Con la publicidad hecha por el doctor Luna, de Orolandia, la cuestión queda resuelta. El público ha sido víctima de una colosal estafa, la Historia sufre las consecuencias dolorosas e indebidas de tal situación. . . Estoy dispuesto a prestar mi testimonio en cualquier instancia.”

Ningún periódico, fuera de *Crónica*, acogió las acusaciones de Gómez Trejo; era bastante.

Cuando Germán, solemne como siempre, llevó los diarios matinales a su patrón, éste creyó descubrir un brillo extraño en los ojos de su ayuda de cámara, tanto que le preguntó mirándole de hito en hito:

—¿Pasa algo malo, Germán? ¿Se ha muerto algún conocido?

—No, señor, no ha muerto nadie. . . que conozcamos. Los muertos de hoy son ordinarios.

—Entonces ¿qué ha pasado?

—Señor, bueno. . . nada. . . es decir. . . no me atrevería a decirlo. . . pero. . . no sé si es una idea. . .

—Acaba, hombre, acaba, al grano.

—Si el señor lee *Crónica* podrá ver si estoy equivocado. . .

Don Manuel de Olazábal tendió la pulcra mano hacia Germán y desplegó la primera página del diario. No había nada. Noticias sobre las relaciones ruso germanas, sobre el plan del nuevo gabinete presidido por el doctor Ustáriz, sobre las declara-

ciones del general Weygand asegurando la solidez de la línea Maginot, sobre las elecciones en Checoslovaquia, una protesta de los desterrados del Perú contra la dictadura de su país y otra de los republicanos españoles, un discurso de Hitler. . .

—¿Será esto? —inquirió el de Olazábal. . . pero Germán ya se había retirado. Volvió la página y, al llegar a la tercera, en gruesos caracteres, a tres columnas, le saltó a la vista el infortunado titular: "DOCUMENTOS HISTÓRICOS SON FALSOS. GROSERA SUPERCHERÍA. . ." El corazón le dio un brinco. ¿Sería aquello? Se acomodó entre los almohadones, se ajustó mejor los espejuelos y empezó a leer.

Cuando concluyó tenía la nariz afilada y transparente, los labios apretados y blancos, la mano convulsa.

Perdida toda su prosopopeya, no demoró un segundo en coger el teléfono y llamar a grandes voces al doctor Leyva. Germán, que había vuelto por la bandeja, asistía inquieto al inesperado drama. El señor de Olazábal, olvidando toda su cortesía, fue directamente al grano:

—¿Ha leído usted *Crónica*, señor doctor Leyva? ¿Ha leído lo que dice ese tal Gómez Trejo? ¿Es verdad que ustedes lo contrataron por diez mil pesos? ¿Por qué no se los han cancelado? ¿Qué clase de servicios ha prestado, fuera de proporcionarme copias de los documentos que yo mismo había señalado y de los que el señor Campos agregó? ¿Qué hay entre Campos y el *escroc* ese? ¿Por qué. . .?

Desde el otro extremo del hilo telefónico, el doctor Leyva trataba de moderar a su interlocutor.

—Doctor Olazábal, doctor Olazábal, escuche usted... Escúcheme... yo sé de esto tanto como usted, excepto que la cifra de diez mil es inexacta: se le ofrecieron cinco mil por su ayuda material, y él quiso que se le aumentase a siete u ocho, sin razón alguna. En cuanto a la autenticidad de los documentos, no dudo de ella. Mañana convocaré a la Academia para que emita un dictamen al respecto. Tenga usted calma, nadie duda de la honradez de usted.

—Pero, si no dudan de mi honradez, ¡recoño!
—prorrumpió el de Olazábal lejos ya de toda moderación, rojo de furia—, nadie duda de que soy un idiota. Y esto es peor. Dígame usted con toda franqueza... ¿Es posible que haya alguna mistificación en sus documentos? ¿Por qué no lo advirtieron usted y su academia? ¿Cómo pudo Campos, que tiene fama de experto, dejar que pasara esa superchería, si la versión es cierta?

—Escúcheme usted, don Manuel... —intentaba hacerse oír el doctor Leyva.

—Yo no quiero escuchar sino una cosa, doctor Leyva... ¿Cree usted o no que el periodista tiene razón? ¿Cree usted que el patriotismo de campanario, no la verdad, es lo que guía al doctor Luna? Vamos, eso es lo que yo quiero oír. Y nada más que eso. Nada más. Lo otro sobra. Sobra. ¿Oye? Sobra.

—Pues, verá usted...

—Contésteme... ¿Cree o no?

—Definitivamente no, don Manuel. Sus cartas son auténticas. No me cabe duda.

Hubo una pequeña pausa. El señor de Olazábal, pálido y trémulo, se pasó una mano por la frente, cubierta de un sudor frío y viscoso. Alcanzó a decir por el fono, con voz muy débil:

—Muchas gracias, doctor Leyva, es lo que quería saber. Espero que usted lo repita en público. Lo exigen su honor, el mío el del general Sanmillán, y el de la patria...

No pudo añadir palabra. Exhaló un quejido y se derrumbó como herido en mitad del pecho, sin ninguna teatralidad, solo, absolutamente solo. Germán acudió después.

El doctor Leyva cumplió a medias con su palabra. No él, sino el secretario de la Academia, publicaba al siguiente día un breve comunicado diciendo:

“Con relación a las insólitas afirmaciones atribuidas por un periodista de *Crónica* a don M. Gómez Trejo referentes a la obra publicada, con anuencia de esta Academia, por don Manuel de Olazábal sobre unos documentos inéditos del Prócer Benalcázar que afectan a nuestro héroe al general Sanmillán, estoy autorizado por la Presidencia de la Institución para declarar que la exactitud de los aspectos personales de dichas afirmaciones del señor Gómez Trejo no afectan en lo absoluto a la auten-

ticidad de los documentos mencionados; y, en cuanto al folleto que sobre el mismo asunto ha puesto en circulación el doctor Víctor Luna, presidente de la Academia Numismática de Orolandia, nuestra Institución se encuentra en la actualidad estudiándolo a fin de emitir su dictamen al respecto, teniendo en cuenta sólo la condición académica que ostenta el doctor Luna.”

Apenas leyó el comunicado, Carlitos se precipitó corriendo, desalado, cambiando de vehículos públicos como quien cambia de postas, hacia la casa del señor de Olazábal. Quería ser el primero en darle la noticia aunque lo despertara a deshora, pues apenas eran las siete de la mañana y el distinguido escritor solía abrir los ojos pasadas las nueve.

Le llamó la atención al llegar a la casa de los Olazábal que el portón estuviera entreabierto y que hubieran estacionados varios automóviles en hilera, entre ellos el del doctor Leyva. Tocó el timbre con cierta oscura expectativa. Hubo de repetir tres veces la llamada. Acudió entonces el propio Germán, a quien no correspondían funciones de portero. Aunque Carlitos estaba habituado a la desabrida cara de malas pulgas del criado, esa mañana le pareció extraordinariamente pálido, severo y, lo inesperado, un poco dulce:

—Pase usted, señor García, pase usted —le dijo Germán bajando la voz.

—Deseo ver al señor de Olazábal, le traigo una buena noticia, digo, pensaba ser el primero, pero

veo que otros se me han adelantado.

—Señor García —le interrumpió Germán con voz casi inaudible—, temo que efectivamente haya llegado usted un poco tarde. Vea usted, señor García, vea usted. . . mi patrón, el señor de Olazábal, falleció a medianoche de un ataque cerebral. ¡Fue fulminante! ¡No pudimos hacer nada, nada! Ese maldito periodista lo mató. Ha sido un verdadero asesinato. Un asesinato. Perdone usted, señor García, pase usted, pase.

Carlitos no pudo moverse. “Ha sido un verdadero asesinato” había dicho Germán. “Un verdadero asesinato.” Y ¿quién sino él, Carlitos, era pues el asesino?

A punto de desvanecerse, titubeante, se asió de un balaustre de la escalinata, y en seguida, apenas recuperado, ante el asombro de Germán, dio marcha atrás, se disculpó como pudo y salió tropezándose con las paredes, como un borracho, sin rumbo, hecho un guiñapo.

XXVII. ¡VIVA TENDONE!

¿Ganó alguien algo de tan emponzoñadas contiendas históricas y periodísticas? ¿Creció la gloria de Benalcázar porque le negaron autenticidad a sus ciertas, atribuidas o compartidas cartas? ¿Tuvo alguna ventaja el general Sanmillán de que se le creyera menos afortunado de lo que empezaba a aparecer como consecuencia de las discutidas epístolas? ¿Decreció por causa de su informe aprobatorio el prestigio del doctor Leyva? ¿Aumentó el del doctor Luna, en razón de su arremetida contra Olazábal? ¿Se hizo más robusta la verdad histórica?

No, nadie, nadie, absolutamente nadie sacó la más ligera ventaja. Porque hasta la verdad histórica quedó a peor traer, ya que, como los polemizantes ignoran los pormenores que nosotros conocemos, cayó la duda más negra (como una losa funeraria, según tropo tomado de una poesía juvenil de don Fernando) sobre toda indagación histórica.

En el áspero camino de aquellas pintorescas rebuscas habían quedado tendidos —fúnebres hitos— doña Carmencita, don Fernando, doña Casilda, el señor de Olazábal, a los cuales se unió un día cualquiera del invierno neoyorquino, a consecuencia de un resfrío mal cuidado, el cadáver del anticuario Venancio Corpancho. El tiempo había galopado devastadoramente sobre los hombros de tales atletas,

sin dejar saludables experiencias. Así, el doctor Luna, empeñado en sacar de nuevo a luz sus lucubraciones sobre las famosas cartas, había tratado de publicarlas por segunda vez en la mismísima ciudad capital del Prócer Sanmillán, en la gentil y mediterránea Trapalópolis, con el insensato propósito de confirmar así la inmovible razón de su teoría. Fue allí, en Trapalópolis, donde se produjo la postrera catástrofe en torno de Benalcázar y sus discutidas proposiciones.

No es que hubiera corrido excesivo tiempo, sino que como la segunda guerra mundial se hallaba en pleno desarrollo y sobrevenían sucesos tan inesperados y vertiginosos, parecía como si hubiese transcurrido un siglo. ¡Así es de relativo el valor del tiempo y de frágil y quebradiza la cronología, uno de "los ojos de la Historia" . . . ! Pero . . .

Debemos aquí echar un cuarto a espadas sobre los sucesos contemporáneos. De tal suerte daremos respetabilidad a nuestro relato.

Estábamos entre 1939 y 1942.

Las rápidas victorias de Hitler sobre las democracias aliadas, en alas de su *blitzkrieg*, tenían bajo su férula a Francia, Dinamarca, Noruega, Polonia, un trozo de Rusia, parte del África Septentrional, Checoeslovaquia, Yugoslavia, Rumania. El brillo de la *swastika* era tal que nadie, salvo un ciego, hubiera osado negar su imperio. Naturalmente, los gobernantes de otros países sufrían el contagio de los pro-

pósitos nacistas. En América surgían facciones totalitarias y gobernantes de la misma ralea. Fomentaban revoluciones facistas. Milicias regimentadas reemplazaban a los ejércitos. Medio mundo andaba de uniforme, por una y otra razón. El reino de las camisas alcanzaba su cenit: camisas azules, verdes, pardas, negras, doradas. No pudo escaparse a la regla del tiempo Trapalandia, donde, de pronto, saltando sobre la tradicional coexistencia de los dos partidos clásicos, surgió un movimiento político militarizado que se apoderó, primero de un Ministerio y luego de la Presidencia de la República, estableciendo un estado corporativo en el que precisamente faltaban las corporaciones, mas no la intención de valerse de ellas o de su sombra.

El jefe de aquel movimiento se llamaba José Santos Tendone, oficial de alta graduación, quien había pasado largo periodo de adiestramiento en la Alemania Nazi, aprendiendo las exquisitas técnicas policiales de la Gestapo y adoctrinándose en ciertos principios tácticos de Herr Goebels y Herr Rosenberg. Para empezar, había suscitado una intensa literatura nacionalista, en elogio de cierto tirano que ochenta años atrás había domeñado sin piedad ni ahorro de sangre a sus compatriotas. Además, a fin de coronar aquel templo del nacionalismo *a fortiori*, Tendone alentaba subrepticamente una violenta literatura antijudaica, cuyos capitostes aparecían como sus principales colaboradores y consejeros. Por otra parte, consciente de que la gran falla de los llama-

dos partidos tradicionales consistía en haber descuidado los aspectos sociales de la política, desató una vigorosa y acelerada campaña de alza de salarios, aunque los precios subieron el doble, con lo que tenía encandilados a los obreros, más permeables a una paga alta que al derrumbe del poder adquisitivo en salario, a causa de la vertiginosa y vertical elevación del precio de las cosas. La política obrera de Tendone se resumía en unas cuantas luminosas consignas: "¿Por qué se preocupan del valor del dólar, si ninguno de ustedes, correligionarios, ha visto jamás un dólar?" "Lo importante es que por tu trabajo recibas más salario, aunque las cosas que compres suban mucho más que tu salario" "Aumenta la paga como tres aunque el precio de las cosas aumentó como siete". Hubo al respecto un episodio aleccionante: viñateros de Tupinambá fueron notificados de que debían pagar un impuesto 50% más alto que el que pagaban antes. Protestaron. El Führer Tendone les mandó decir que el remedio estaba en sus manos: que mezclaran 100% más de agua con su vino, y entonces no sólo absorberían de hecho el mayor impuesto, sino que obtendrían 50% más de ganancia. Desde luego así se hizo; en Tupinambá hubo menos ebrios y mayor consumo de vino.

Tendone era un hombre parlero, fácil, vivaz y vividor. Le encantaba posar ante los fotógrafos, correr en motocicleta, vestirse de *boy scout*, exhibirse con muchachitas veinteañeras, pronunciar discursos de dos horas o más: todos los atributos de un dic-

tador a lo Hitler, cuya oratoria se medía por la duración y la agresividad, sin preocuparse de las consecuencias.

El *affaire* Olazábal - Luna llegó, como era de suponer, a los oídos de Tendone. Aunque él sentía un profundo desprecio hacia la inteligencia, le pareció que si esta "inteligencia" podía ser caracterizada con ese lávalotodo que se llama "nacionalismo" las cosas cambiarían. Ni corto ni perezoso, calibrando bien lo que la memoria de Sanmillán significaba para el pueblo trapalandés, decidió convertirse de la noche a la mañana en el campeón de Sanmillán, en el sanmillanista por excelencia, y, como resultado, en antibenalcazarista encarnizado, o sea, en cerrado adversario de todo cuanto afirmaban el doctor Luna y sus secuaces, por bien probado que estuviese.

El primer acto de la ofensiva de Tendone consistió en retener la ya mencionada edición que el doctor Luna había mandado hacer de su folleto contra Olazábal, en una imprenta de Trapalandia. Vanas fueron las quejas y protestas diplomáticas: "Se trata de un asunto de dignidad nacional —explicó el canciller de Tendone—: todo lo que se refiera a Sanmillán se refiere a la Patria; por consiguiente, el folleto del doctor Luna, por ser sanmillanófobo, es antinacional y cae bajo las sanciones del título V, capítulo VIII, sección segunda, artículos 762 a 769 del Código Penal."

La edición fue retenida, decíamos. Para hacerlo con refinada astucia, la policía de Tendone esperó

que el doctor Luna hubiese pagado a la imprenta el precio convenido.

El segundo acto fue más eficaz. Tendone, apoyado por su Ministro de Educación, que lo era el reputado psicólogo de Turín y Guatemala, doctor Lamberto Tedeschi Rivas, expidió un decreto supremo, concebido en los siguientes términos:

“El Presidente de la República; *Considerando:* Que el General Sanmillán es la más pura gloria nacional; que a él le correspondió el mérito de haber creado nuestra República; que el Prócer Benalcázar resalta en el cielo de las luminarias americanas como el del adalid que más se acerca a la grandeza del señor Sanmillán; que las cartas de Benalcázar acerca de su conversación con el glorioso Sanmillán constituyen una prueba irrefutable de la amplitud de espíritu y anchura de miras de ambos paladines; que la autenticidad de esas cartas debe ser y es un artículo de fe continental que todo buen americano debe profesar como un dogma; y, teniendo en cuenta que de la unidad de los próceres se deriva la unidad de las Naciones, que el valor de esos próceres está íntimamente ligado a la intangibilidad de sus actos y vidas; que la expresión certera de estas vidas y actos es la documentación original que de tales personajes emana; que, dentro del actual estado de cosas, es más urgente que nunca contribuir a la unidad del continente, mediante la unidad de sus próceres funda-

dores y lo solvencia de los documentos emanados de ellos.— *DECRETA: Artículo primero:* Los documentos firmados por el Prócer Benalcázar y recogidos por el ciudadano Manuel de Olazábal en su libro "*Sanmillán y Benalcázar, Documentos inéditos...*" son rigurosamente auténticos.— *Artículo segundo:* Todo el que produzca, haga circular especies orales o escritas contra esta autenticidad, será posible de prisión en segundo grado o multa equivalente a no menos de dos mil pesos.— *Artículo tercero:* Queda prohibida la impresión, venta, reparto o exhibición de cualquier libro, folleto, artículo o impreso que discuta la autenticidad que aquí queda proclamada como intangible.— *Artículo cuarto:* Las Academias de Historia de la Lengua, de Numismática, de Geografía, de la República, y las escuelas y universidades, ordenarán que miembros de sus respectivas corporaciones dicten ciclos de conferencias durante la semana que comienza el próximo 15 de agosto, analizando constructivamente y elogiando patrióticamente el gesto y las palabras del Prócer Benalcázar y del General Sanmillán, de conformidad con los documentos cuya autenticidad queda oficialmente proclamada por el presente Decreto que será convertido en Ley, apenas se reuna la próxima Legislatura Ordinaria.

Dado en la Casa de Gobierno, el 10. de julio de 1944.

(firma) *Tendone*

(refrendado) *Tedeschi Rivas*

El doctor Leyva, Presidente de la Academia de Numismática, secreto inspirador de aquel decreto *sui generis*, respiró con alivio al leerlo en la prensa. Inmediatamente llamó por teléfono al profesor Campos. Le dijo lacónicamente:

—¡Hecho!

El profesor respondió con igual tono espartano: —Entendido. Procedo.

Diez minutos después, vibraba el teléfono del departamento de Gómez Trejo. Este, medio adormilado aún, oyó a través del alambre la voz del profesor Campos, de su maestro Campos, de su amigo Campos, que le decía:

—Lea la prensa de esta mañana, Gomecillo... Y olvídense de mi nombre. Los recibos que me mandó, dígame usted, ¿se los devuelvo o los rompo? Espero sus propuestas.

Carlos García no llamó a nadie. No tenía a quién llamar: Sonrió tristemente a una estampa que siempre llevaba consigo en su cartera, que era la de don Fernando de Mederos.

No hizo ningún comentario. Germán, que había quedado cesante, se encontró días después con Carlitos en la esquina del Bulevar 21 de Julio:

—Señor García, ¿vio usted qué tarde llega la justicia? Mi patrón no habría muerto si hubiese podido asistir a este acto de reparación.

—Así es, Germán, así es —dijo Carlitos. Y recordando a un poeta peruano, coetáneo del señor de Mederos, soltó un espantoso suspiro y recitó con

aire ausente, los ojos perdidos en la lejanía:

Los bienes y las glorias de la vida

O nunca vienen o nos llegan tarde...

—¡Qué profunda verdad! comentó Germán haciendo una venia.

Un vendedor de diarios pregonaba en la esquina: "*Crónica* de hoy, con las sensacionales revelaciones del arquero Díaz sobre el tongo del domingo... Importantes sucesos..."

Germán y Carlitos se despidieron, echando a andar hacia rumbos opuestos.

Una vez en su habitación, Carlitos, realmente desasegado, se dio a fumar y fumar, lo que sólo hacía en momentos de absoluto desconcierto. Desde hacía meses, el ex médium de Benalcázar había dado en repasar su existencia, en un apresurado y sin embargo tardío balance de culpas, pecados, defectos y hasta delitos. Habían sido tan duras las últimas semanas, que Carlitos sentía que se le estaba formando eso que el señor de Olazábal solía mencionar, refiriéndose a las personas inferiores: "un complejo". Sí, eso debía ser, porque había perdido todo el desembarazo de antes, un mucho de su apetito, se le paralizaba el pensamiento en temas determinados y no acertaba a librarse de la desagradable tertulia de ciertos espectros que le resultaba impía: don Fernando, doña Carmencita, doña Casilda, don Manuel de Olazábal, Corpancho. Había algo muchísimo peor para él; tomaban cuerpo, como seres de la vida ordinaria, a quien hubiese tratado cotidiana-

mente, el Prócer Benalcázar y el general Sanmillán con sus respectivos Estados Mayores. Toda aquella cohorte desfilaba por su imaginación y azotaba sus vigiliás desterrándole el sueño. En algunas ocasiones, empujando por el afán de exonerarse de tales enemigos, apeló a su antigua mesita de espiritista: más si algo le llegaba ahora de ultratumba no eran sino palabrotas, cuyo origen no acertaba a determinar, pero cuyo significado era demasiado evidente y vejatorio.

La más piadosa de tales voces aludía a su honra y a la de sus antepasados. ¡Pesadilla inaguantable! ¡Castigo inmerecido, expiación inmisericorde! En la soledad de su cuarto, repasaba ahora la historia entera de sus perrerías. ¿Cómo se le ocurrió eso de invocar el alma de los Próceres? ¿Cómo fue posible que le tomaran en serio hombres tan importantes como don Fernando y su cofradía? ¿Es que le creyeron de veras o es que encontraron ingenioso el ardid y provechosos sus frutos? En última instancia ¿es que acaso no acudieron realmente a las citas de su mesita Benalcázar y sus tenientes? ¿Quién había engañado a quién? ¿Carlitos a don Fernando? ¿Benalcázar a Carlitos? ¿Don Fernando a Carlitos? ¿Quién y cuál de ellos engañó al de Olazábal? ¿Don Fernando a través de Carlitos? ¿Carlitos a través de doña Casilda? ¿O el Prócer Benalcázar a través de todos sus empresarios de aquende la tierra?

Abandonado, a oscuras, solo, Carlitos tenía los ojos como platos, abiertos al misterio, ávidos de una

respuesta. Se hubiera mesado los cabellos de haberlos tenido largos, pero una impertinente calvicie habíale segado toda posibilidad de mesamiento capilar; eso aumentaba su desesperación. Pensó por un segundo en dirigirse a un periódico y confesar públicamente su pecado. Le detuvo el miedo y, además, el pensamiento de que ello habría sido inútil, puesto que su mentira se había convertido en intangible verdad por decreto inapelable. Se vio declarando ante un Juez, preso, en las cárceles de Tendone, que según decían era poco devotas y tenían aditamentos especiales como la picana eléctrica, los ratones, las trompadas, etc. Se le pusieron las carnes de gallina. No, no; la suerte estaba echada. No se puede resucitar a los muertos ni deshacer tan fácilmente un mito.

Esa frase, o algo así, la había oído en labios de don Fernando, cuando niño. ¡Qué sabio señor aquél, y qué bien sabía aderezar sus empresas! Dios lo tuviera en su regazo. Doña Casilda era muy distinta. Mujer bravía y astuta, de fuerte carácter y ambición larguísima. No como aquel austero de Olazábal, hombre pulcro si los hubo.

¡Mala suerte, mala suerte! Carlitos no podía conciliar el sueño. Miró el reloj: las cuatro de la mañana. Era inútil esforzarse, ya no dormiría. Más le valiera salir a la calle y meterse en algún cafetucho nocturno hasta que amaneciera. Mientras se vestía alcanzó a dialogar rápidamente con la impertinente sombra de don Fernando, la más terca de todas. "Yo

no creí que aquella broma siguiera adelante. De haberlo pensado, no la hubiese hecho. Quizás. Pero ahora, se lo juro, don Fernando, ahora ya no podría afirmar si fue en broma o en serio. Hace tantos años que hemos vivido juntos el Prócer y yo, he copiado tantísimas veces su pensamiento, he sido por tan innumeradas ocasiones su vocero y representante sobre la tierra, que no sé, no sé. . . .”

Ya estaba listo. Como la madrugada era muy fría, se puso una chompa de lana bajo el saco, y agregó, encima de todo, un gabán grueso, que tenía guardado desde que cruzó la cordillera. Abrió la puerta; se detuvo en el umbral. Era un cielo de estaño. La humedad, como un vaho, se le metió de rondón por las narices y boca, produciéndole escalofríos. Con paso indeciso, echó a andar hacia la esquina. Al llegar le salió al paso un cartelón enorme, sobre el que se destacaba el perfil aguileño y teatral del líder Tendone. La luz del farol le daba de lleno. Tenía un gesto dramático, aunque algo de irónico jugueteaba al borde de sus labios. Carlitos se paró para leer la inscripción del cartel. Decía:

“Tendone cumple. . . .”

“Tendone dice la verdad. . . .”

“Tendone lo garantiza con su vida. . . .”

“¡Viva Tendone! ¡Viva el Salvador de Trapalandia. . . !”

“¡Una nueva Trapalandia, para todos los trapalandeses!”

No lo pudo evitar: a pesar de la helada brisa de la madrugada, Carlitos se quitó el sombrero, y a riesgo de recibir un calamorrazo de cualquier transeúnte o vecino hostil, se unió a las letras del cartel con las cuerdas de su garganta. Presa de irreprimible agradecimiento, pegó un grito, un tremendo grito cuya estridencia le dejó paralizado:

—*¡Tendone sólo dice la verdad! ¡Viva Tendone! ¡Viva Tendone!*

A pesar de la insistente y múltiple queja de los vecinos, naturalmente el policía no le llevó preso.

Por largo rato siguió repitiendo el eco:

¡Viva Tendone!

Después se apagó, como el día, como la esperanza, como el amor, como la vida, como los muertos.

INDICE

I: Don Fernando	7
II: Doña Carmencita	14
III: La boda de don Fernando y doña Carmencita	20
IV: Coloquio de doña Ciudad y doña Tierra	29
V: Casilda, la triunfadora	39
VI: Mi amigo Juan de Dios	47
VII: "A broken pledge"	56
VIII: Sic transit gloria mundi	64
IX: Beatitud	71
X: Así se escribe la historia	78
XI: Complicaciones	86
XII: Dramatis personae	95
XIII: El hombre propone	102
XIV: Traición	111
XV: El plan de Carlitos	116
XVI: Ave César	121
XVII: Hortus clausus	128
XVIII: El gran Houdini en acción	138
XIX: Histórica correspondencia	149
XX: Pasión y fuga de Corpancho	159
XXI: El hijo pródigo	169

XXII: Hossana, filio David	178
XXIII: Memento por doña Casilda	190
XXIV: Ese tal Corpancho	195
XXV: "Los últimos serán los primeros..."	206
XXVI: El áspid	218
XXVII: ¡Viva Tendone!	230

IMPRESO Y HECHO EN MÉXICO
PRINTED AND MADE IN MEXICO

En los talleres de

Edimex, S. A.

Calle 3-9

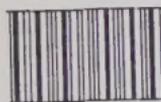
Naucalpan, Estado de México

Edición de 4,000 ejemplares

y sobrantes para reposición

18 de febrero 1977

PQ8497. S245P4 1977



a39001



004163161b

El pecado de Olazábal

Luis Alberto Sánchez

En la sátira que hace esta novela de la sociedad criolla limeña, están retratadas con fidelidad varias de las constantes históricas de una clase que, por detentar el poder económico, se cree la única y fiel depositaria de los valores latinoamericanos. Tesón, arribismo, apariencias, falta de escrúpulos, inocencia y lealtad, virtudes y defectos al fin de un grupo de personas que se ven reflejados en sus propios fantasmas con la total seguridad de que sus obras alcanzan una dimensión universal que la realidad y la verdad no les permite lograr.

Luis Alberto Sánchez nació en Lima en 1900. Su obra ha sido esencialmente la del estudioso de su sociedad, su cultura y su continente, y la del hombre entregado a sus ideas. Es autor de, entre otros muchos libros, *Historia de la literatura peruana*, *Historia general de América*, *Escritores representativos de América*, *La universidad no es una isla*. *El pecado de Olazábal* es una incursión aislada del autor en el terreno de la novela.